

IKORAD



Revista digital de literatura fantástica y de Ciencia ficción

Julio - Septiembre 2013

No 14

**Menciones
Oscar Hurtado 2013
ESPECIAL
PLÁSTICA FANTÁSTICA
HANNA CHOMENRO
Crónica Behique 2013**



EDITORIAL

Les presentamos **Korad 14**, correspondiente al trimestre julio-agosto-septiembre del 2013. **Korad** es la revista que persigue aglutinar la narrativa fantástica cubana en su sentido más amplio, incluyendo la ciencia ficción, la fantasía heroica, el terror fantástico y la poesía especulativa, entre otros. Pero Korad también divulga ensayos, crónicas, críticas y reseñas. Nuestra sección **Plástica Fantástica** cuenta con artista plástica e ilustradora cubana Hanna Chomenko, que accedió gentilmente a colaborar con nuestra revista. También aparecen en este número, de la mano de Sheila Padrón, la crónica de lo que aconteció en el Evento Behique 2013, celebrado en La Habana los días 2 y 3 de agosto. En la parte teórica les ofrecemos el ensayo sobre la manga como producto cultural global del francés Jean-Marie Bouissou, traducido por Reinaldo Acosta especialmente para **Korad**. En la parte narrativa contamos con los premios del concurso Mabuya 2013 y el resto de las menciones de nuestro concurso Oscar Hurtado 2013. La sección de humor ofrece el cuento **Kassaye**, de uno de los más importantes humoristas cubanos: Eduardo del Llano. Incluimos también un relato del autor español José Luis Carrasco. Por último, encontrarán las acostumbradas reseñas de libros y concursos. Esperamos que la disfruten. Si bien uno de los principales propósitos de **Korad** es divulgar la obra de los autores cubanos del género, nuestra revista está abierta a recibir colaboraciones de creadores de otros países. Las mismas nos las pueden hacer llegar a través de nuestra dirección de email donde serán atendidas por nuestro comité editorial.

Consejo editorial

Editor: Raúl Aguiar

Co-Editores: Elaine Vilar Madruga, Jeffrey López y Carlos A. Duarte

Corrección: Zullín Elejalde Macías y Victoria Isabel Pérez Plana y Sunay Rodríguez Andrade

Colaboradores: Claudio del Castillo, Daína Chaviano, Rinaldo Acosta, Yoss

Diseño y composición: Raúl Aguiar

Sección Poesía: Elaine Vilar Madruga

Ilustración de portada: Hanna Chomenko

Ilustración de contraportada: Hanna Chomenko

Ilustraciones de interior: Guillermo Vidal, Hanna Chomenko, Raúl Aguiar, Rolando Tallés Suárez

Proyecto Editorial sin fines de lucro, patrocinado por el Taller de Fantasía y CF Espacio Abierto y el Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Los artículos y cuentos publicados en **Korad** expresan exclusivamente la opinión de los autores.

Redacción y Administración: Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. 5ta. ave, No. 2002, entre 20 y 22, Playa, Ciudad Habana, Cuba. CP 11300 Telef: 206 53 66

e-mail: revistakorad@yahoo.com

Korad está disponible ahora en el blog de la escritora cubana [Dána Chaviano](#). Allí podrán descargar versiones de mayor calidad que las que enviamos por email.

Indice:

Editorial/2

Crónica del Behique 2013. Sheila Padrón Morales / 4

Resultados del Concurso Mabuya 2013 / 7

Last. Dennis Mourdoch (cuento) / 9

En el pueblo hay un zombie. Luis Pacheco Granado (cuento) / 13

La madre. Nelson Pérez Espinosa (cuento) / 14

Los gumanuks lo tocan todo, cantan y se balancean. Claudio del Castillo Pérez (cuento) / 16

Trabajo nocturno. Alejandro Martín Rojas (cuento) / 22

Sección Poesía Fantástica:

Multiverso. Mariana Enriqueta Pérez / 29

Dualidad 1. Lilia Aurora Machado Coello / 30

¿Por qué el manga ha devenido un producto cultural global? Jean-Marie Bouissou (ensayo) / 31

Sección Plástica Fantástica: Hanna Chomenko /40

Ascensión. José Luis Carrasco (cuento) / 42

Sección Humor: *Kassaye.* Eduardo del Llano (cuento) / 46

Sección Clásicos: La ciencia ficción pierde a uno de sus grandes / 49

El túnel por debajo del mundo / Frederik Pohl (cuento) / 53

Reseñas: Sol Negro II de Michel Encinosa Fu / 70

Concursos y convocatorias: / Juventud Técnica 2013 / La Casa Tomada / La cueva del Lobo / 71



Crónica del BEHIQUE 2013

Gran Evento Cultural de Fantasía y
Ciencia Ficción

6ta edición dedicado a la ciencia-ficción
Post-apocalíptica.

Por Sheila Padrón Morales

Fotos Williams Suárez y Gonzalo Morán

Llegó la 6ta edición del Evento BEHIQUE, un evento cultural cubano de frecuencia anual que persigue divulgar la literatura y el arte fantástico (fantasía y ciencia ficción) cubano e internacional. Organizado por el Proyecto Cultural **DiALFa**, con sede en el Centro Hispano-Americano de Cultura, este evento es muy esperado por los jóvenes que asisten mensualmente a las actividades realizadas por dicho proyecto en la Biblioteca Pública Rubén Martínez Villena.

Dedicada esta edición a la ciencia-ficción post apocalíptica, BEHIQUE 2013 tuvo lugar los días 2 y 3 de agosto en el Centro Hispano-Americano. El programa incluyó variadas actividades, ya habituales en este espacio: conferencias, paneles, reconocimiento a personalidades, premiación del Concurso Mabuya en las categorías de cuento, historieta e ilustración, un encuentro de conocimientos, una exposición de artes plásticas y manualidades, y hasta un desfile de disfraces. El evento constituyó un espacio donde se reunieron lectores, escritores, y artistas amantes de la ciencia-ficción cubana.



La primera jornada se inició el viernes en la tarde con las palabras de apertura: un agradecimiento al Centro Hispano-Americano por el auspicio y la sinopsis de las actividades propuestas, además de la inauguración de la exposición de artes plásticas y manualidades, con piezas de disímiles técnicas (cerámica fría, barro, madera, plastilina, muñequería, bordados, papel maché, *papercraft*, tarro trabajado, etc) que recrean ambientes y personajes fantásticos, todas realizadas por jóvenes artistas. En la presentación se hizo un llamamiento para la votación por el premio de la popularidad del Concurso Mabuya. También acompañó la tarde la editorial Arte y Literatura con una muestra y venta de libros sobre el género fantástico.

Una introducción a la ciencia ficción post apocalíptica fue ofrecida por esta servidora, quien abordó en su conferencia los temas: raíces de la idea del Apocalipsis, mitología y realidad; importancia de la ciencia ficción como crítica social, y de advertencia de los pasos que da la humanidad; los diferentes escenarios apocalípticos con sus ejemplos en la literatura y el cine.

Seguidamente se abrió espacio a los invitados especiales de la tarde, al director Tomás Piard y parte del equipo de realización de la película cubana **Los desastres de la guerra**. Este filme simbólico, de corte futurista y post apocalíptico, inusual en las producciones cubanas, narra las vicisitudes de un grupo de sobrevivientes luego de una guerra nuclear. Piard comentó las motivaciones que lo llevaron a realizar la película «algo que pudiera acontecer de continuar el mundo transitando por las constantes guerras de despojo que hoy están ocurriendo en el planeta». El equipo presente, algunos actores y realizadores, comentaron de la puesta en escena y de sus experiencias en la realización. El evento cerró el viernes con la proyección de la película.

La segunda jornada de BEHIQUE 2013 prosiguió al día siguiente, en la mañana del sábado 3 de agosto, con tres conferencias. La primera ofrecida por Jeffrey López Dueñas, escritor y coordinador del Taller Espacio Abierto,

Ucronías en la Ciencia Ficción: Historias alternativas a la realidad, donde se describió y ejemplificó este género literario de la ciencia ficción que especula acerca de realidades alternativas ficticias, o mundos paralelos, en los cuales los hechos históricos se han desarrollado de diferente forma a como los conocemos.

Uno de los tópicos más esperados por los jóvenes amantes del anime fue la segunda ponencia titulada **Apocalipsis Japonés: Anime y Manga Apocalíptico y Post Apocalíptico** ofrecida Ernesto Rodríguez López, coordinador del Proyecto ANK, quien presentó, en una extensa e interesante conferencia, las diferentes películas y animados japoneses que tratan el género.

No podía faltar la ciencia ficción cubana en este coloquio de la mañana por lo que el conocido y multipremiado escritor José Miguel Sánchez, más conocido por todos como Yoss, hizo una disertación sobre **Los relatos post-apocalípticos en la ciencia ficción cubana**, analizando los diferentes autores que han tocado la temática como: Miguel Collazo con **El Viaje**, Ángel Arango con **El arco iris del mono**, Agustín De Rojas Anido con **Espiral**, F.Mond con **Holocausto 2084**, el propio Yoss con **Los pecios y los naufragos**, Elaine Vilar Madruga con **Al límite de los olivos**, Erick J. Mota Pérez con **Habana Underguater**, y la franquicia **Metro 2033** del ruso Dmitry Glukhovsky, de la mano de Yoss, entre otros autores.



Luego de una tregua necesaria para el almuerzo, la tarde fue el marco propicio para el conversatorio **Sucesos y novedades en Cuba y el mundo sobre el género fantástico**. El panel, integrado por los escritores Michel Encinosa, Adriana Zamora (editores de Letras Cubanas), Yoss, Leonardo Gala, y el director del Informativo Estronia, Gonzalo Morán, tuvo el objetivo de brindar una actualización del panorama actual de la ciencia ficción específicamente en cuanto a publicaciones.

Yoss y Michel Encinosa dialogaron acerca de los libros cubanos del género publicados en la pasada feria del libro, y dieron un adelanto de las publicaciones venideras de la Editorial Gente Nueva y Letras Cubanas, muchas con la temática de la fantasía heroica y los dragones. También señalaron el juego de rol de fantasía que están preparando, único de su tipo en el país cuando se logre publicar. Adriana Zamora comentó sobre la política editorial y la importancia de aprovechar las convocatorias de recepción de trabajos. Leonardo Gala hizo alusión a las antologías digitales, y a otras creaciones como el animado **Juan Quintín**, que se está produciendo en el ICAIC, que tiene un componente fantástico. Sin dejar de mencionar el anuario de ciencia ficción cubana llamado **Anticiparte** y el trabajo de sus editores. Por la parte internacional, el amigo Gonzalo Morán presentó un resumen de los premios extranjeros de ciencia ficción: Nébula, HUGO, Premio Mundial de Fantasía, Premio Locus de Fantasía y Ciencia Ficción de los años 2011 y 2012. No faltaron sus comentarios de la famosa serie **Juego de Tronos**, la cual batió récords en esta temporada y fue nominada a varios premios de televisión.

En un intermedio, el público asistente fue sorprendido por la muestra de disfraces organizada por el Proyecto Hikari Guild y Habana Cosplay. Posteriormente, se pasó a otorgar el Reconocimiento BEHIQUE 2013 a creadores cubanos que han aportado al fantástico cubano. En primer lugar, se le hizo un reconocimiento a la escritora Daína Chaviano por su labor en la divulgación del género y ser la escritora cubana de ciencia ficción más conocida, entre otros méritos con que cuenta en su quehacer.

El segundo reconocimiento fue para el Grupo de Creación Espiral (2004-2008), el trabajo realizado por el grupo en años anteriores (la organización de talleres literarios, eventos como **El Concilio de Lorien**, **Ansible** y **El Arco de Korad**, exposiciones, muestras de disfraces, concursos literarios como el **Arena**, festivales de Juegos de Rol, y la realización del e-zine **Disparo en Red**) constituye un aporte ejemplar al desarrollo del movimiento fantástico cubano, con marcadas influencias en escritores, grupos y proyectos posteriores.

Seguidamente se dio paso al momento más esperado por todos, la premiación del Concurso Mabuya en las categorías de cuento, historieta e ilustración, organizado por el Proyecto DiALFa. En esta edición los jurados de cada categoría fueron: en cuento, Sigrid Victoria Dueñas, Claudio del Castillo, y Williams Suárez Fundora; en historieta, Saroal González Peñalver,



Williams Suárez Fundora y Larissa Jiménez Ramírez; y en ilustración, el afamado escritor, dibujante y diseñador, Rafael Morante.

Para finalizar el evento, y sin tiempo para más, se realizó un breve encuentro de conocimientos dirigido a los fans y público espectador, con crucigrama, preguntas sobre cómics, cine y animados.

Así llegó a su término la sexta edición de BEHIQUE. Esperamos que los asistentes hayan disfrutado de este espacio donde se encuentran y se promueven la ciencia ficción y la fantasía cubanas; intercambiado entre amigos, y sobre todo, conocido el quehacer de jóvenes escritores, creadores y grupos.

Hasta el próximo BEHIQUE.



Sheila Padrón Morales (La Habana, 1979) Lic. Bioquímica. Msc. en Biotecnología. Trabaja en el Centro de Ingeniería Genética y Biotecnología de La Habana. Promotora del género fantástico. Coordinadora General del Proyecto DiALFa-Hermes. Integrante de la dirección del desaparecido Proyecto Cultural Onírica. Funda en el 2007 el Proyecto Cultural DiALFa-Hermes, desde el cual ha continuado realizando una labor sistemática de promoción y divulgación del género fantástico, con la realización de actividades en la Biblioteca Rubén Martínez Villena, sede del proyecto. Organizadora del evento de fantasía y ciencia-ficción **Behíque** desde el 2008, junto a un grupo importante de colaboradores, activistas, promotores, y escritores. Ha publicado varios artículos sobre el género en las revistas electrónicas **Onírica** y **La voz de Alnader** y **Cuenta Regresiva**. Ha participado con conferencias en los eventos de fantasía y ciencia-ficción: Cubaficción, Ansible, Concilio de Lorien, Espacio Abierto y Behíque.

RESULTADOS DEL CONCURSO MABUYA 2013

En la categoría cuento

Primer lugar compartido

Last. Dennis Mourdoch Morán

En el pueblo hay un Zombie. Luis Pacheco Granado

La Madre. Nelson Pérez Espinosa

Menciones

El ser más poderoso. Abel Guada Azze

Sangre de Dragón. Greta M. Espinosa Viera

¡Mandeio so! Wilson J. Murillo Montero

Mi amigo el inventor. Roger Durañona Vargas

00:01 horas. Malena Salazar Macías (Premio de la Popularidad)

El caso Armand. Ernesto Alejandro Guerra Valdés

Hostal 51. Alexy Dumenigo Águila

Quiero vivir dentro del refrigerador. Ariadna de la Caridad Barcos González

En la categoría ilustración:

Premio de dibujo:

Ana Roxana Díaz Olano, por la obra **Crazy Smash**

Menciones de dibujo:

Róger Sánchez Fiol, por **Barco volador y Goblins**

Raquel Yarine Limonta, por la obra sin título (inspirada en la pintura de Cosme Proenza).

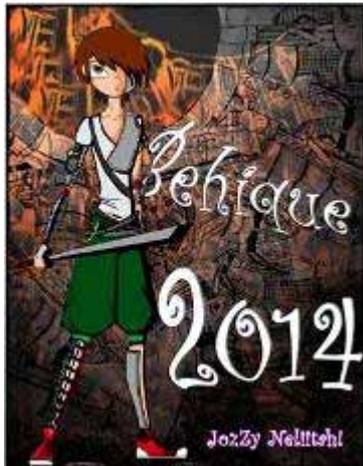


Premio en dibujo digital: Leonor Hernández Martínez, por **Verónica a través del espejo**

Menciones en dibujo digital:

Ariel G. González Oliuval, por **El cazador de pelo rojo**

Larissa Jiménez Ramírez, por **Mini y los Ugli**



Premio en Poster: BEHIQUE 2013 CyberPunk: Lea del Valle Fernández

Mención BEHIQUE 2013 CyberPunk: Larissa Jiménez Ramírez

Premio de la popularidad en la categoría de dibujo: Obra de Nelson Pérez Espinosa



En la categoría Historieta:

Primer premio: Ciclo Infinito

Oswaldo Rolando Guevara Ceballos y Samir Curtiellas González



Mención al Mejor dibujo:

Ciclo Infinito, de Oswaldo Rolando Guevara Ceballos y Samir Curtiellas González

Mención al Mejor Guión:

Error de apreciación, de Haziél A. Seull Suárez

Last

Dennis Mourdoch Morán

Premio concurso Mabuya 2013 de cuento fantástico y CF



Ellos:

—Son cuatro. Están en el sector quince de la estación.

—¿Estás seguro?

—Seguro está el escáner.

—Entonces son cuatro.

—Sí, ya te lo dije ¿les tienes miedo?

—No jodas.

—¡Ja! Les tienes miedo.

—No digas estupideces.

—¿Por qué te tiembla el fusil?... sí, ponlo en sistema autolineante ¡te cagas de miedo!

—¿Quieres hacerlo tú?

—Yo soy el tipo del escáner, el de los sistemas de detección. Soy tú apoyo.

—Sí...ya veo. También le tienes miedo.

—¿Y qué?

—Estás así por el cuerpo que encontramos en el hangar. Has estado actuando muy raro desde aquello. No te culpo. Fue horrible verse muerto.

—No fastidies.

—O es por esa sensación...de que hagas lo hagas todo terminará igual,...porque siempre olvidamos cómo morimos, o más bien, como murieron los que nos precedieron. Y nos dejan esta sensación. ¿Los próximos se sentirán igual?... Si por lo menos tuviésemos nombres.

—¿Para qué?

—Ellos los tienen.

—Ellos son cuatro, nosotros dos. No necesitamos nombres.

—Eso crees... Mejor olvidemos todo. Entraron en rango.

—Te voy a transferir la dirección y aceleración centrípeta del bloque, también la rapidez de variación de la gravedad dentro de la estación.

Nosotros:

—Son dos

—¿Qué vamos a hacer, Eld?

—Matarlos. Son los últimos.

—Y nosotros los últimos indas.

—Sí, somos cuatro, y dentro de poco cinco. ¿No es así, Leme?

—Mira, Mo, tu futuro.

—¿Qué es uno más contra ellos?

—Mo, ellos eran cientos y ahora quedan dos.

—Ayer también eran dos, y antes de ayer.

—Pero cada día los matamos. Cada día, Mo.

—Y al siguiente tenemos que matar dos más. No tenemos descanso. Y tuvimos que abandonar el arnan. Dejarlo en medio de... esto...

Ellos:

—Vienen

—¿Viste los tanques de cultivo en la generatriz? Los que estaban detrás de los nuestros. Había uno como yo. Uno como tú.

—Parece que no puedes dejar de pensar en eso. No te preocupes.

—Me siento gastado. Como si yo fuese el original. Pero no es así. Soy otro clon...

—Enfócate en ellos. Todo está listo. Calculando tácticas de ataque, transfiriendo variantes al fusil.

—... un clon como los de *Star War*.

—Un clásico. En los satélites se podía encontrar lo que fuese. Es una lástima que fueran los primeros en caer.

—Sí, pero nos quedan algunos servidores.

—Pero lo que me gusta es el satélite. Tú sabes, ver los *reality shows* de Isla Peligro.

—Todo eso era montaje.

—Y la sangre y los sesos congelados.

—Montaje.

—No jodas, eso no era montaje... Ya todo está listo, transferí las variantes de ataque.

—Gracias por levantarme el ánimo. Si seguía así, no sé qué hubiese hecho. Empezaremos por el líder.

—La otra vez no funcionó.

—¿Cuál vez exactamente?

—La última.

Nosotros:

—¿Dónde están, Unla?

—Afuera, Eld.

—¿Crees que puedas con ellos? Eres él más rápido.

—Quizás.

—Bien, empezarán conmigo. Mo, cubre a Unla.

—¿Y yo, Eld?

—No puedes participar en esto, Leme. Después volvemos al arnan.

—Allí no tenemos energía.

—Mo, aquí Leme no puede dividirse. Podría morir nuestra esperanza.

—Hace mucho que está muerta, Eld.

—¡No fastidies con eso, Mo!

—¡Nunca debimos dejar Loxa! Era nuestro hogar. Si nos hubiésemos quedado.

—Nos hubiese tragado el Iari ¿Te recuerdo el miedo, Mo? Tanto que nuestros ancestros lo legaron en los pensamientos generacionales...

—Cada día hay menos estrellas.

—Sí, Leme. Iari las devoraba mientras se acercaba.

—Iari nos robará el aire y el agua.

—También eso, Mo. Nuestra atmósfera desapareció y nuestros mares se evaporaron.

—La noche será eterna. El mundo abandonará su forma y su piel se volverá fuego.

—Si, Unla. La noche es eterna. Lo ha sido desde que dejamos nuestro mundo.

Ellos:

—Están discutiendo ¡dispara!

—No.

—Esta es nuestra oportunidad. ¡Dispara!

—Podemos saber el por qué de todo esto.

—¿El por qué? a quién le importa; ellos vinieron y mataron a mucha gente. Vaciaron la estación ¡Y tú quieres saber el por qué!

—Sí, quiero saber. Es ilógico, lo sé, pero así estoy condicionado. Tienes suerte de no estarlo, de que tú proceso haya sufrido un error de en 99,93 de ejecución. Pero no es mi caso. Necesito saber. Recuerda que los primeros clones desentrañaron el lenguaje. Los segundos la sexualidad. Los últimos la energía. Ahora nos toca a nosotros. Acéptalo. Es una oportunidad única. Así los próximos tendrán mayores posibilidades de vencer. Las guerras no se ganan sin sacrificios. Instala los micrófonos.

—Maldita sea. Te escuchaste. Morir para saber un poco más sobre esos hijos de puta ¡Olvídate de los micrófonos! ¡Deja de escuchar y grabar toda la mierda que dicen y dispara!... Nos están atacando... ¡Dispara!... ¡Evádelo! ¡Evádelo!... ¡Fijando blanco!... ¡Cómo puede ser tan rápido!... ¡No, de nuevo no!...

Nosotros:

—Están muertos.

—Unla fue rápido. Apenas lo sentí.

—Leme, volveremos al arnan; allí por lo menos estarás más cómoda... ¿Y bien, Unla?

—Está hecho, Eld.

—¿Cuántos eran?

—Dos.

—Siempre dos.

—Eran los mismos.

—¿A qué te refieres, Unla?

—Eran los mismos, sentí sus rostros. Estaban fríos, pero eran los mismos.

—¿Qué significa eso?

—Son inmortales, Eld.

—¿Inmortales?

—Sí Eld, no mueren.

—Mo, es imposible. Todo muere, incluso nuestro mundo, nuestra estrella. Y se convierte en parte de Iari.

—Ellos se convierten en sí mismos, son inmortales.

—Maldito seas, Mo. Es imposible, lo sabes.

—Entonces ¿qué es?

—No lo sabemos, todo es muy extraño.

—Tienes razón Unla. Mo, volvemos al arnan.

—¿Para qué?

—No fastidies con eso, Mo.

—Eld, solo somos cuatro y ellos son inmortales.



Dennis Mourdoch Morán (Ciudad Habana, 1985) Graduado de Ingeniería Mecánica en el 2009. Graduado del curso de técnicas narrativas del Centro Onelio Jorge Cardoso. Miembro del taller literario **Espacio Abierto**. Obtuvo menciones en la modalidad de cuento de CF en los concursos Oscar Hurtado 2010 y 2011. Premiado en el concurso Oscar Hurtado 2012 en las modalidades de cuento fantástico y ensayo; mención en el concurso Mabuya, 2011. Mención en el concurso Calendario 2012 en la modalidad de CF. En **Korad** hemos publicado sus cuentos **Geotérmico (Korad 2)**, **Los cerros contra los focos (Korad 5)**, **Muñequita Carla (Korad 8)** e **Intérprete de espadas (Korad 9)**. El cuento **Last** fue escrito por Dennis como un ejercicio de diálogos para el taller Espacio Abierto.



En el pueblo hay un Zombie

Luis Pacheco Granado

Premio concurso Mabuya 2013

Así te comentó Maritza, y que sale por la noche. Ayer le cayó atrás a Laura y la pobre tuvo que correr bastante para que no la alcanzara. Tenía que ser con Laura. La más «sabrosa» del pueblo, con ese cuerpazo. Por algo le tienes los cañones apuntando, hasta tú te disfrazarías de muerto vivo con tal de darle una mordida. Pero como eres el policía del pueblo tienes que investigar quién es el gracioso que anda asustando gente.

Claro si no fuera por los tantos DVD de esos que hay por ahí, ya ni ven televisión. Tenías que haberle decomisado el banco de películas al gordo. Todas esas películas de terror, eso le pone mal la cabeza a cualquiera.

Maritza te insiste; fijate que hasta el loco se ha perdido, de seguro el zombi ese se lo comió, sí, porque esos bichos comen gente o pedazos de gente y luego lo que queda de ellos salen caminando como Frankenstein y buscando carne fresca, de seguro que al loco se lo comieron.

Miras a Maritza muy serio, ahora sale lo del loco, pensabas que se iban a demorar en darse cuenta, loco maricón, carajo. Recuerdas que anteayer cuando estabas pescando te dio tremendo dolor de barriga. Ya habías terminado de cagar y te ibas a poner el pantalón cuando el muy maricón te agarró por atrás con la cosa afuera y muy pará que la tenía gritando ¡carne!, ¡carne! Tuviste que aplicar todo lo aprendido en la academia, si no el jodío loco te tiembla. Y como sonó la cabeza contra la piedra y allí quedó, tieso y con el rabo más tieso aún. Te asustaste, imagínate, policía y asesino. Si decías que fue un accidente cómo explicabas lo del rabo, porque no se le bajó ni un centímetro y estaban los técnicos, no eran tan buenos como en la TV pero podían partirte los cojones. Así que miraste bien para todos lados, menos mal que estaban solos, cogiste la piedra con la que se golpeó y se la metiste entre la ropa, buscaste más e hiciste lo mismo, luego lo arrastraste hasta los juncos y el fango y lo hundiste con el pie mientras mirabas para la espesura. Desapareció borboteando como si fuera una braza ardiendo, esperaste que se calmara el agua, no se veía nada, adiós loco de mierda, no te explicas por qué le dio por eso, aunque tú no sabes que en el pueblo te llaman «culo de pistola».

Sí, Maritza, yo estaré atento, eso de seguro que es un gracioso y por el loco no se preocupe, usted sabe que otras veces se ha perdido por ahí y al mes regresa como siempre. Al fin te la quitaste de encima, vaya cosa. Así que un muerto vivo. Ahora recuerdas algo, ese de seguro es Anselmo, una vez te enseñó unas caretas de carnaval que había traído de un viaje y como le gusta hacerse el gracioso cada vez que se emborracha.

Te mira asustado. «Mire jefe, solo era una broma. Me había dado unos tragos y no sabía lo que hacía». Claro que sí sabía, lo que pasa es que estos tipos se creen cosas y cuando se emborrachan, más. Se lo adviertes, si lo vuelve a hacer te lo llevas preso o peor, le vas a dar un tiro por una pata para que de verdad parezca un zombi.

Acabas de solucionar el problema, o crees haberlo solucionado, te sigue preocupando lo del loco, pero eso ya no tiene remedio y a lo mejor nunca sale a flote, además, ¿quién te va a relacionar con él? Decides irte a descansar que esa noche querías hacer unas rondas no vaya a ser que al «zombi» le dé por darse unos tragos.

Te gustaría estar en la cama, la noche está fría, pero el deber es el deber. Ya la gente ni enciende las luces de los portales y con eso del ahorro, ni el alumbrado público. Después la gente se te queja que si los ladrones, pero no es tu culpa. Oyes unos pasos, son unos tacones de mujer. Es Laura, ¿qué hará a esta hora? Decides seguirla para descubrir con quién se va a ver. La muy puta, pero si te diera un chance..., porque está muy buena. Por suerte no te ha visto. Es valiente, por aquí no hay ni casas. No lo puedes crear, de nuevo Anselmo. Debe tener tremenda borrachera porque casi no puede ni caminar. Le vas a dar un buen susto. Sacas la pistola. ¡Párate, maldito zombi! Oyes el grito de Laura y como sale corriendo. De verdad que está fea esa careta, casi ríes, pero cuando lo tienes cerca te das cuenta de que..., no, no puede ser, ese es el loco con la cabeza partía y blanco como la cal. ¡Párate coño!, la pistola te tiembla. ¡Te voy a tirar!, lo oyes murmurar algo, pero ya está casi arriba de ti con las manos estiradas. Aprietas el gatillo y sientes como la bala le penetra pero no se detiene. Vuelves a disparar con él arriba, sus manos se aferran a tu cuello y te muerde arrancándote pedazos de piel, tu sangre le inunda el rostro y él sigue mordiendo mientras repite la misma palabra una y otra vez: carne, carne.



Luis Pacheco Granado (Colorado, Ciego de Ávila, 1960). Ha publicado el libro: **El libro de los niños tristes**. Ediciones Ávila, 2009, Cuba. Cuentos suyos aparecen además en antologías infantiles y en la antología: **Dieta balanceada y otros relatos**, Ed. Ávila. Mención de Honor en el **32 Concurso Palabras sin fronteras 2012** de Argentina, con el cuento **Enigma**. Premio Especial en el Primer Concurso

La Madre

Nelson Pérez Espinosa



Premio concurso Mabuya 2013

La Colina Brumosa es un lugar no del todo espantoso. A pesar de las eternas nubes de vapor que la envuelven, la vida consigue prosperar en ella; en algunos puntos la hierba aún es verde y de cuando en cuando las flores adornan sus grises laderas. La tierra no es mala. Alguien con tiempo y buena mano podría convertir aquel páramo ceniciento en un bonito lugar. Pero la oscura cueva que alberga la montaña es suficiente para blandear el ánimo de cualquier interesado. La cueva y la supuesta criatura que habita en ella. Todos aseguran que allí se esconde el último dragón.

Los ojos de Keira contemplan una última vez el paisaje, grabando en su memoria cada detalle y su mano aprieta con fuerza el puño de la espada. El último dragón. Si las habladurías son ciertas su cabeza vale una fortuna. Keira sabe que no hay que hacer mucho caso a los cuentos de comadres. Ya demasiadas veces se ha topado con que las historias de doncellas devoradas por dragones al final no son más que patrañas inventadas por una madre para ocultar que su hija se fugó con un amante. Pero los troncos carbonizados y el humo pestilente que cubre la montaña le dicen que en esta ocasión vale la pena husmear.

Sus pasos se encaminan hacia la entrada de la gruta, firmes, pero cautelosos. No será ella quien peque de imprudente. Hace años que está en el negocio de cazar bestias y sabe de sobra que de nada sirve la temeridad contra el fuego de un dragón.

Penetra como una sombra en la semipenumbra de la caverna, tan silenciosa como un rayo de luna y dobla un recodo que hace el estrecho túnel.

El pasillo se ensancha de pronto ante ella descubriendo un inmenso salón y sus ojos se abren desmesuradamente mientras se muerde los labios para sofocar un grito involuntario. Los rumores no han mentido: Allí dentro brilla el dorado resplandor de un dragón que duerme.

Keira traza su estrategia en una fracción de segundo y da el primer paso sigilosamente hacia su presa, espada en mano.

Bajo su pie cruje una vieja calavera al ser aplastada.

Y el dragón abre un ojo.

Para cuando Keira atina a maldecir ya sus pies vuelan hacia el dragón. La hoja de su acero brilla con el resplandor de una súbita llamarada y siente el aliento calcinante que busca su carne. Logra hurtar el cuerpo en el último momento y sus ojos centellean con ferocidad mientras da el salto más largo de su vida. Las palabras de su viejo maestro resuenan como un martillazo en su cabeza: «Por los ojos se llega al cerebro».

El impacto contra la cabeza acorazada es como chocar contra la esquina de una torre, pero seis palmos de filoso acero se hunden en el ojo de la criatura hasta la misma empuñadura. El dragón da un devastador alarido que sacude toda la montaña como un terremoto, se revuelve con violencia arrojándola por los aires, escupe torrentes de fuego contra las paredes de la cueva y finalmente se desploma entre estertores agónicos que sacuden las laderas de la colina durante largo rato.

Cuando Keira consigue incorporarse, ya la bestia yace inmóvil y fría en el suelo. Tiene un brazo medio chamuscado, un par de costillas rotas y golpes por todas partes, pero puede decir que ha salido bien librada del asunto. Se acerca renqueando hasta el cadáver para recuperar su espada y cortar la cabeza que exhibirá como trofeo ante el gobernador de la ciudad para cobrar la jugosa recompensa cuando de pronto repara en algo redondo, blanco y del tamaño de un barril que descansa junto a la bestia.

Keira extrae la espada del cuerpo sin vida y la suspende sobre su cabeza lentamente.

Es un huevo. Un huevo de dragón.

Nadie como ella comprende el peligro que representa aquel huevo. No basta con haber matado al dragón; hay que destruir su simiente. Si no lo hace, quien sabe cuántas vidas humanas se cobrará aquella criatura en el futuro antes de que logren cazarla.

La espada desciende como un rayo e impacta contra la dura cáscara del huevo quebrándola. Por segunda vez se alza el acero para terminar con la amenaza, pero no llega a abatirse.

Algo se remueve en el interior del cascarón y ante los ojos asombrados de Keira surge un pequeño dragón dorado del tamaño de un mastín que chilla excitadamente a la vez que la observa con curiosidad.

Keira lo contempla atónita mientras su frente se perla de sudor. Se muerde los ensangrentados labios y levanta aún más la espada contra aquellos ojos que la contemplan llenos de inocencia y ternura y un frío destello enciende sus pupilas.

Está decidida.

Pero su mano tiembla mientras el mortífero acero desciende una última vez.

Sentada en la entrada de la caverna Keira contempla la hermosura que viste las faldas de la Colina Brumosa. Su cabello ha perdido el lustre y su piel se ha bronceado de trabajar la tierra pues el vapor que cubría la montaña se ha disipado hace tiempo y el sol calienta con toda su fuerza haciendo germinar la vida. Ahora la hierba es de un verde jugoso y las flores tapizan las laderas. Decididamente, no es un mal lugar para vivir.

A lo lejos, entre el follaje de los árboles, Keira ve brillar el inconfundible resplandor de una armadura que se acerca y sonríe con cansancio. Otro cazarecompensas sin duda. A su lado descansa su propia armadura, vieja y un poco más abollada, y su espada, con algunas melladuras de más. Keira se incorpora echando mano a su desgastado equipo, pero la mole dorada del tamaño de una vaca que se agita a su lado debajo de una manta chilla acaloradamente interponiendo su cabeza entre la mano de Keira y la espada mientras sus ojos brillan en un mudo reclamo.

—De acuerdo, hombretón —dice Keira mientras palmea el lomo del dragón con una sonrisa—. Este te lo dejo, pero cuidado con estropear mis flores.



Nelson Pérez Espinosa (La Habana, 1982) Escritor, dibujante y pintor autodidacta, es graduado del Curso de Animación Cinematográfica del ICAIC, y ha participado en producciones como **El frijol Viajero**, **Ajiaco de Sueños**, **Edebit** y otras. Tiene en su haber varias exposiciones colectivas, y pertenece al grupo de historietistas asociados a la Vitrina de Valonia. También ha participado en los talleres de creación literaria Espiral y Espacio Abierto, y en los talleres para creadores de historietas, impartidos por Etienne Shreder, historietista Belga; así como el Curso de Humor Gráfico e Historieta impartido por el Instituto Internacional de Periodismo José Martí y la UNEAC. Su historieta **La Rosa Escarlata** apareció en la revista alternativa

de historietas **El Invento**.

LOS GUMANUKS LO TOCAN TODO, CANTAN Y SE BALANCEAN

Claudio Guillermo del Castillo Pérez

Mención Oscar Hurtado 2013 en la categoría cuento de ciencia ficción



La llanura se teñía de grises cuando Chckrit, luego de un breve descanso, se incorporó. Era la hora de volver a casa. Con movimientos que dos millones de años atrás no hubiera podido realizar ejemplar alguno de su especie, cogió el hato de ramas que dejara sobre la hierba y echó a andar.

Caminó un largo trecho por la superficie pedregosa, aún ardiente por el calor diurno. Pero así estaba bien, siempre que las penumbras se enseñorearan. Chckrit aborrecía la luz del sol y el día en general. Si abandonaba su cubil temprano en la mañana era para cazar; principalmente a los gumanuks, animales encorvados y peludos, temerosos de la noche, que solo se aventuraban en aquel mundo hostil cuando el astro rey se hallaba alto en el cielo. Con todo, la suerte no le había sonreído a Chckrit. No encontró rastro de los gumanuks en la llanura, ni en la vecindad de la Colina del Baobab, que era su morada. A la colina misma no se había atrevido a incursionar pues era el territorio de Bzzp y su enjambre.

Sí, eran muy listos los gumanuks: erigían sus domos de barro a la sombra de la Muerte Alada, que no les hacía daño en absoluto. Sin embargo, Chckrit no olvidaba la manera terrible en que había perecido su compañera víctima del aguijón de Bzzp. El potente veneno prácticamente licuó las láminas óseas de su endoesqueleto.

Al llegar al arroyuelo Chckrit abrió sus élitros, desplegó sus alas y un vuelo errático y no exento de dificultades lo llevó a la otra orilla. No muy lejos, en el lindero del Bosque Petrificado, bajo un conglomerado de rocas dispuestas en forma cónica, estaba su hogar.

Todavía Chckrit se sentía molesto por no haber cazado un gumanuk. Pese a que comía cualquier cosa y que, además, en la humedad de su cubil pululaban los hongos, la carne podrida de los gumanuks era su alimento favorito.

Unas huellas cerca de la entrada lo pusieron en alerta. Evitando hacer el menor ruido posible, separó varias ramas del hato y las engarzó en las uñas de tres de sus patas anteriores. Adentro había alguien y allí no solo estaban los hongos, también su cría. La única de la camada que se había librado de Bzzp durante su invasión a la llanura en primavera.

Chckrit irrumpió en su cubil emitiendo chirridos estridentes y medio centenar de gumanuks (pues ellos y nadie más eran los intrusos) lanzaron un grito de espanto. No pocos se desplomaron inconscientes, fulminados por el terror, haciendo gala de un comportamiento en extremo divertido: Era usual que los gumanuks (sobre todo las hembras) actuaran tontamente en presencia de Chckrit, llegando a atropellarse unos a otros aunque él pasara de largo por la Colina del Baobab sin el propósito de agredirlos.

Que no era el caso.

Ahora estaba furioso: los gumanuks habían asolado la colonia de hongos y una hembra cargaba en brazos a su cría.

A un giro impetuoso de sus uñas en “V”, las ramas que esgrimía Chckrit salieron disparadas en violento remolino y desnucaron a un par de ellos, sembrando la confusión; circunstancia que aprovechó para atacar con sus mandíbulas abiertas. Despedazados por la tenaza mortal, los gumanuks quedaban moribundos allí donde Chckrit los soltaba. El que aparentaba ser el líder, una criatura vieja y pelona, golpeó repetidamente sus élitros con una piedra, sin consecuencias. La lucha terminó cuando los gumanuks huyeron en tropel articulando sus patéticos sonidos, llevándose la cría y un número importante de hongos que les ayudaría a mitigar su hambre eterna en el invierno que se avecinaba.

Pero Chckrit había obtenido su victoria: quince gumanuks yacían a su merced, totalmente indefensos. Con sus mandíbulas decapitó a los que aún respiraban y amontonó los cuerpos en un rincón. Allí permanecerían hasta que su piel adquiriera una tonalidad verdosa, indicio cierto de que estaban listos para comer.

Entonces, ocurrió.

Un hondo fragor llegó hasta Chckrit quien, al asomarse al exterior, alcanzó a ver una bola de fuego y humo que escindía el firmamento y caía a una distancia difícil de calcular. Luego oyó un estampido y la tierra tembló bajo sus patas, a lo que siguió la calma. Pero salvo por la inquietud momentánea que experimentó, Chckrit no le dio mayor importancia al incidente. Y quizá en muchos amaneceres no hubiera dejado la protección de su hogar si un rumor en su cerebro no le hubiera indicado que debía escarmentar a los gumanuks. Esta, y todas las veces que los ladrones de crías y hongos desafiaron su hegemonía en la llanura.

Con parsimonia, Chckrit tomó un sendero casi virgen que discurría paralelo al Bosque Petrificado (un tufo agrio impregnado en la hierba revelaba que los fugitivos no se dirigían a la Colina del Baobab), y aunque recordó que por esa dirección había caído la bola de fuego, ni por un instante asoció ambos hechos.

Ya era de noche, por lo que el cazador se sentía confiado. A la luz de una luna llena brincaba con agilidad de roca en roca, sorteaba promontorios de granito, cruzaba lechos secos de antiguos ríos. De tanto en tanto, sobre la marcha, se inclinaba y palpaba el terreno con sus antenas, solo para comprobar que los gumanuks no se habían desviado un ápice de la ruta escogida.

Un efímero aunque torrencial aguacero no impidió que Chckrit se animara a escalar una meseta. Con el auxilio esporádico de sus alas alcanzó en minutos la ladera opuesta y observó el panorama.

Ante él, un valle de arenas amarillas y vegetación precaria se extendía hasta las faldas de la Cordillera Derruida. Pero lo que turbó a Chckrit no fue contemplar el macizo montañoso demolido por un cataclismo ancestral de magnitud inimaginable, sino advertir que en el valle, a dos tiros de rama de la meseta, había un cráter.

Chckrit detestaba las situaciones inesperadas y ésta era una de ellas, sin duda. Él había visitado en su juventud aquellos parajes y podía asegurar que el cráter no estaba ahí con anterioridad. Para colmo, evocaba demasiado los que viera en la vertiente norte de la Cordillera Derruida; un lugar carente de arbustos, gumanuks o enjambres como el de Bzzp... Un lugar que lo enfermaba, un lugar muerto.

Si en este punto Chckrit no renunció a la persecución se debió a que en el interior del cráter, chapoteando en un lodazal de cenizas y material fundido, estaban sus enemigos.

Chckrit descendió al valle, venció la distancia que lo separaba del cráter y, amparado en la prominencia de sus bordes, asomó la cabeza. Los gumanuks se habían agolpado en torno a una roca negra de perfil redondeado.

Parecían excitados.

Los que transportaban los hongos señalaban a donde la Colina del Baobab mordía el horizonte (también la hembra que cargaba en brazos a la cría robada se mostraba impaciente), pero la mayoría de los gumanuks prestaba atención a una grieta, abierta al pie de la roca, que se perdía en las entrañas de la tierra, y cuando el anciano líder se descolgó por ésta con un gruñido, todos lo secundaron sin excepción.

La suave pendiente de un talud de escombros condujo a Chckrit hasta el fondo de la grieta, e inmediatamente las uñas de sus dos patas posteriores perdieron agarre. Sus élitros chocaron contra algo duro y frío. Tarea ardua le resultó voltearse y, ya en pie, guardar el equilibrio en una superficie más resbaladiza que el lecho del arroyuelo.

Se hallaba en un túnel subterráneo; el más extraño que había visto en su vida. Las paredes eran igual de blancas y lisas que el suelo; y el techo, abovedado, lucía idéntico a los que construían los gumanuks para sus domos de barro.

Si un detalle los diferenciaba era que en éste, sujetos por finos juncos, pendían incontables soles en miniatura cuya luz hería sus ojos.

Al adaptarse al exceso de iluminación, Chckrit reparó en que unos saltos más adelante el túnel se bifurcaba. Pero la algarabía de los gumanuks delataba cuál había sido su elección.

Chckrit estaba desorientado. O mejor, perdido. A cada túnel le sucedía una bifurcación, y luego otra, y otra. En un principio había tomado la decisión acertada, regido por la algarabía de los gumanuks, sin embargo, el cuidado que debió poner al andar le hizo rezagarse. Para cuando se le ocurrió usar las antenas, comprobó que habían perdido mucho de su sensibilidad: no distinguían olores aparte del suyo y el de una niebla amarillenta que caía del techo desde que iniciara su periplo y que le provocaba náuseas e irritación en el abdomen.

Ante la imposibilidad de rastrear a los ladrones, los ánimos de venganza de Chckrit comenzaron a extinguirse. Dispuesto a rumiar en su cubil la frustración que lo embargaba, intentó volver sobre sus pasos, pero tampoco pudo captar sus emanaciones previas.

Arremido a una pared, sin mover una articulación, inspeccionó el sitio donde se encontraba. Era evidente que ya había estado ahí: en la pared, uno de los arañazos de colores que por doquier adornaban los túneles correspondía al de esa especie de hoja de trébol negra. Si Chckrit aguzaba los órganos sensoriales de su abdomen percibía del otro lado un crepitar ahogado, similar al de los rayos.

Era el momento de pensar; de pensar y responder una pregunta que hacía rato lo atormentaba: ¿Por qué había un hongo tirado en el suelo justo en cada bifurcación?

Chckrit sabía que los gumanuks estaban al filo de morir por hambre (que se hubieran atrevido a saquear su cubil era una prueba); derrochar un alimento que les había costado sangre no sería lógico. Asimismo, Chckrit no dudaba que los gumanuks eran muy listos, de modo que arribó a una conclusión: Estaban empleando un sistema de señales para no extraviarse. Un sistema que, fuera cual fuese, le reveló al cazador una faceta desconocida del carácter de su presa: su astucia cedía ante su curiosidad. Y es que en su afán por explorar los túneles, los gumanuks habían adoptado una táctica que él podría vulnerar fácilmente recogiendo los hongos. Si no lo había hecho se debía a su inveterada prudencia al enfrentar lo inesperado. A menos que los gumanuks contaran con esto...

Se estaba perdiendo en elucubraciones.

La nueva pregunta a responder era: ¿Cómo descifrar el sistema que le permitiría capturar a quienes lo habían humillado, y que más tarde le sería útil para regresar?

Chckrit fue hasta la bifurcación más cercana y palpó con sus antenas el hongo correspondiente. El delicado aroma lo trasladó a la humedad reconfortante de su hogar, al fango en el que solía dormir, al rincón donde los gumanuks se pudrían para ser comidos... pero más nada. Aquella esencia estática no daba direcciones.

Chasqueó las mandíbulas, disgustado, aunque no se había hecho ilusiones.

Devanándose los sesos Chckrit perdió minutos preciosos. De repente, una idea: los gumanuks, animales incapaces de detectar la fetidez de Najjg hasta que ella les estuviera pulverizando los huesos entre sus anillos, sí discriminaban por su tonalidad y aspecto las flores que debían dejar crecer en la Colina del Baobab para apaciguar los ánimos de Bzzp y que soportara tan grotesca convivencia.

Chckrit creyó vislumbrar una solución al enigma.

Los dos segmentos del hongo que yacía ante él olían prácticamente igual, pero el más oscuro y grueso apuntaba al túnel izquierdo de la bifurcación.

Solo restaba probar. Chckrit no salía de su asombro.

Los hongos lo habían conducido a través de la maraña de túneles al umbral de un recinto libre, por suerte, de la mortificante niebla amarillenta, y cuyas dimensiones excedían las de cualquier gruta en que él hubiera estado. Calculó que doce como él, o dieciocho gumanuks, uno sobre el otro, a duras penas tocarían un techo que se fundía con las paredes para constituir una pieza única, recordando a un huevo de Najjg mordido por la mitad. Pero lo que había llevado a Chckrit a adoptar instintivamente una posición horizontal para minimizar el riesgo de ser descubierto, fue percatarse de lo que hacían los gumanuks.

En rigor, Chckrit no sabía nombrar al más simple de los objetos que tenían en sus manos, de tan ajenos que eran a su experiencia. Podía conjeturar que los habían tomado de unas estructuras semejantes a las celdas de un panal que cubrían las paredes, pues dichas estructuras estaban repletas de ellos. Los gumanuks, ignorantes del peligro, o quizá

olvidados, examinaban los objetos desde cada ángulo posible, los palpaban, los mordían. Si declinaba el interés por el que tenían a su alcance volaban a por otro...

Cuando Chckrit se convenció de que, si no intervenía, el frenesí duraría una eternidad, un gumanuk tocó una protuberancia en el objeto que sostenía y, arrojándolo, dio un paso atrás. Luego estalló en gritos histéricos y todos los gumanuks, y hasta Chckrit, quedaron fascinados con las miles de luciérnagas de luz multicolor que escaparon del objeto, volaron en caótico enjambre por el recinto y se condensaron en escenas del más recóndito significado.

Las imágenes se sucedían apaciblemente, circunstancia que, no obstante, no ayudó a Chckrit a encontrar respuestas para lo que veía: criaturas muy parecidas a los gumanuks (si bien más espigadas, sus caras lampiñas, la piel de sus cuerpos de textura inenarrable) estaban en un valle intramontano, sentadas alrededor de un hato de ramas como las que usaba Chckrit para cazar. Una de las criaturas aproximó algo al hato y a un chasquido le siguió un rugido sofocado y al rugido lo acompañó una lengua de fuego que empezó a lamer las ramas una a una; y Chckrit vio que las demás criaturas distendían sus labios y que sus caras se ponían anchas. Después otra criatura blandió una hoja, pero no como las que mecía la brisa en los helechos de la llanura: era más alargada y refulgía a la luz del sol. Con ella despedazó a un animal que tenía dos agujijones en el cráneo y expuso su carne a las llamas. Y con un brazo extendido invitó a acercarse a Chckrit, que estuvo a un pelo de abandonar su escondite. Pero un repentino parpadeo de las luciérnagas sustituyó estas imágenes por las de un árbol frondoso y verde que se alzaba junto a una cueva de madera situada en el mismo valle, y que provocó admiración en Chckrit por la diversidad en tamaño, color y forma de sus frutos. Al pie del árbol las criaturas (las adultas y las pequeñas, los machos y las hembras), erguidas como solo podía estarlo Chckrit, sus caras más anchas que nunca, se balanceaban tomadas de las manos al compás de unos farfullos que él no podía siquiera reproducir en su mente.

—*Flis nabidá. Flis nabidá...*

Chckrit, aún en estado de semi-hipnosis, observó a los gumanuks. Habían dejado a un lado los objetos, los hongos y su cría, y se balanceaban alrededor del torbellino de luciérnagas, repitiendo a su manera los farfullos de las criaturas.

—*Flis nabidá. Flis nabidá...* —farfullaban y se balanceaban los gumanuks, completamente erguidos.

A Chckrit lo acometió una zozobra inexplicable.

De súbito, se vio con las ramas de caza en las uñas, abalanzándose sobre los gumanuks. Cuando éstos salieron de su éxtasis, él ya estaba en medio del grupo, con la cría a salvo, aferrada a las espinas de una de sus patas. Los gumanuks, horrorizados, recogieron los objetos dispersos y atacaron a Chckrit, que los arrollaba mostrándoles sus élitros, con la cabeza torcida en ángulo brutal, mirándoles con ojos asesinos.

Entonces llegó el dolor. No para los gumanuks; para Chckrit.

Un dolor punzante, ominoso.

Chckrit contrajo las mandíbulas como lo había hecho su compañera cuando Bzzp le clavara su ponzoñoso agujijón. Sus élitros, alas y cuerpo habían sido atravesados por dos hojas brillantes empuñadas por el líder de los gumanuks.

Más sorprendido que irritado, Chckrit dio un par de saltos que lo distanciaron de sus enemigos y emitió su chirrido de batalla. Ahora los gumanuks huirían despavoridos y él se cebaría en los que perdieran el conocimiento... Pero no. Los gumanuks se habían precipitado a las estructuras para empuñar más de aquellas hojas y avanzaban hacia él.

Y por primera vez desde que la muerte alada invadiera la llanura, Chckrit sintió miedo.

Miró al engendro que llamaba su cría. A diferencia del resto de ninfas de la camada, ésta había nacido sin antenas, élitros ni alas, y sus uñas no eran rígidas. Chckrit no podía imaginar cómo se las arreglaría para sobrevivir en el futuro.

En un segundo tomó la decisión. Arrancó la cría de su pata y la lanzó lejos del acceso al túnel que lo devolvería a su hogar. Pero solo el gumanuk hembra corrió al encuentro de la cría y la acogió en su regazo. Los demás siguieron avanzando, y Chckrit retrocediendo, hasta que perdió el equilibrio y con todo su peso cayó de espaldas sobre el objeto del que brotaban las luciérnagas.

Se oyó un crujido de madera que se astilla.

El objeto se había alojado en su interior; cada órgano vital de Chckrit se lo decía. Lo extraño era que, de algún modo, las luciérnagas conseguían volver al recinto a través de su abdomen, en apariencia intacto.

Las luciérnagas, cuya luz había adquirido un matiz rojizo, se arremolinaron como presas de una ráfaga de viento y Chckrit se vio sumergido en escenas divertidas: animales exóticos que andaban en cuatro patas, Bzzp cabía en el cáliz de una flor, los congéneres de Chckrit no eran de mayor tamaño y los hongos... Bueno, los hongos eran ridículos. Nacían de esporas que se desplomaban del cielo, más allá de las montañas que cercaban el valle; y mientras crecían y crecían hasta tocar las nubes, los animales exóticos correteaban espantados sin saber a donde ir, las montañas se deshacían en pedazos, y las criaturas con el poder del rayo abrían grande los ojos y, abrazados, farfullaban una letanía. Solo los gumanuks se mantenían ecuanímenes dentro del rojizo caos y avanzaban, avanzaban hacia Chckrit repitiendo:

—¡Esla guerr! ¡Esla guerr!

Avanzaban, las hojas brillando en lo alto.

—Noiores, krida, noiores, noiores...

Esta vez Chckrit no experimentó dolor. Si acaso la impresión fugaz de estar y no estar.

Una semana después su cuerpo murió por inanición; y su cabeza, que para esa fecha adornaba el baobab de la colina, era mudo testigo de un festín con hongos, miel y las entrañas de Bzzp asadas.

—Son ellos, papá.

—¿Seguro?

—Que sí, que sí —enfaticó el niño, absorto en las holografías—. Todo es verdad: cómo eran nuestros antepasados, a qué se dedicaban, los animales que había, lo de la Guerra...

—No exageran, pues, los guardianes de la historia, no obstante ser una banda de chiquillos engreídos —el hombre hizo una mueca del más profundo desprecio.

—Aquí hay una inscripción —el niño limpió con saliva los fluidos resecaos en la etiqueta que colgaba de la cámara holográfica y leyó con dificultad—: La granja de los... Martínez. La última... Navidad.

—La última —suspiró el hombre, sin comprender bien por qué.

—¿Sabes, papá?, me alegra que algunos de aquellos animales se sobrepusieran al holocausto.

—Un momento, jovencito, ahora hablas por hablar.

—Que no, que no. Si hay uno frente a nosotros.

—¿Dónde?... ¡Atrás!... ¿Por qué no percibo sus ondas térmicas?

—Tranquilo; está muerto. La cámara la extraje de sus entrañas. ¿No te lo dije?

—¿A ti que te parece?

—Debió acceder al complejo domótico antinuclear luego del impacto del meteorito.

—Ya entiendo por qué sacaste un diez en Terminología Arcaica —la fofa anatomía del hombre se hinchó de orgullo. El niño lo guió hasta que su piel rozó el cadáver de Chckrit—. Espeluznante —y se apartó—. A lo que vinimos. ¿Hay tritonio?

—No, papá. Tampoco hay herramientas, ni mecheros, ni obras de arte... Los anaqueles están vacíos.

—¿Ni un gramo de tritonio? —siguió el hombre en sus trece—. ¡Apuesto a que se nos adelantaron los yonquis de la F-28! Con la prole que tienen no dejan miga.

—La Galería F-28 colapsó la semana pasada, papá.

—¿Sí?

—Y la B-17, y las U-5 y U-93...

—Lamentable.

—Y la trama D con su Santuario incluido... —El niño notó que su padre reía por lo bajo—: No tienes remedio.

—Marchémonos de aquí.

—¿Por qué? Estamos en un almacén general y los complejos son extensos. Habrá un área de mantenimiento del reactor...

—Olvidalo; la desvalijé en mis años mozos. Lo que quedaba. Te sugiero que lleves la cámara a nuestro santuario. Para nadie es un secreto que las de allí apenas funcionan de tanto que las han manoseado los guardianes a lo largo de las eras. Con un poco de suerte te acogerán en su seno y podrás entregarte unos años a la dulce vida. Tú y tu pobre padre, claro.

—Papá.

—¿Qué pasa? —rezongó el hombre. El tono de su hijo no auguraba nada bueno.

—Quiero ir al exterior.

—¡No digas bobadas!

—Si otras criaturas pudieron adaptarse a las condiciones más adversas...

—Hijo mío, no en balde nuestros antepasados se recluyeron en estos refugios; no por casualidad hubo un periodo de expansión a Sub-Tierra —volvió a frotarse en el cadáver de Chckrit—: además, si todos los bichos de arriba pintan igual, no durarás un minuto.

—¿No te entusiasma la idea de encontrar personas como nosotros?

—¡Para ti es fácil soñar porque aún estás en el ciclo larval! —barbotó el hombre, exasperado—. Pero me harás otro cuento cuando se desprendan tus brazos y no puedas manipular una cámara holográfica, o tengas que cavar las galerías a dentelladas; otro cuento me harás cuando tus pupilas se agosten y te sea vedado el santuario por tu incapacidad para transmitir al pueblo la historia —de haber tenido con qué, hubiera sujetado la cabeza al niño para mirarlo fijo—: Pequeño, créeme, afuera no hay sitio para la humanidad.

—¿Sabes, papá?, te escucho y voy entendiendo a la profe de biología. Ella sostiene que hemos involucionado por elección, no por selección.

—¿Por elección? ¿Qué loca teoría es esa?

—Y también dice que los refranes son estúpidos y que la curiosidad no necesariamente tiene por qué matar a la larva.

—Me estás liando, hijo. Me estás liando. Con esa profesora ya hablaré yo. Nos vamos.

—Pero papá...

—¡Chsst! ¡Rapidito para el nido! ¿Es que no tienes mareos, ni te escuece la garganta? Ay, ay, ay. Si este condenado aerosol liquida mi fauna estomacal, ¿cómo asimilaré la calcita?

Y el hombre y el niño culebrearon en silencio de vuelta al agujero por el que acababan de salir. A sus espaldas, el reactor entraba en hibernación, los aspersores del biocida dejaron de funcionar y, lentamente, se apagaron las luces.

Ilustración: Guillermo Vidal



Claudio G. del Castillo (Santa Clara, 1976). Es ingeniero en telecomunicaciones y electrónica y trabaja en el aeropuerto internacional de Santa Clara. Miembro del taller **Espacio Abierto**, participa además en el taller **Carlos Loveira** de Santa Clara y es integrante de la Red Mundial de Escritores en Español (REMES). Fue alumno del curso online de relato breve que impartiera el Taller de Escritores de Barcelona en el período junio/agosto de 2009. Entre las numerosas distinciones ganadas se encuentran el I Premio BCN de Relato para Escritores Noveles (España) en 2009; Tercer Premio del Concurso de CF 2009 de la revista Juventud Técnica; Premio en la categoría Fantasía del III Concurso Oscar Hurtado 2011 (Cuba); Premio en el concurso Fantoques, 2013;. Tercer Premio en el III Concurso La cueva del lobo (Venezuela); Segundo Premio en el Concurso de CF 2011 de la revista Juventud Técnica, así como menciones en otros varios concursos Ha publicado relatos en las antologías **Tiempo Cero** (Editorial Abril, 2012) y **Cryptonomikon 4**, mientras que otros textos suyos se han difundido a través de diferentes publicaciones digitales como **Axxón**, **NGC 3660**, **miNatura**, **Tauradk**, **Cosmocápsula**, **Qubit**, **Korad**, **Cuenta regresiva**, **Próxima**, **La cueva del lobo**, **Islida**. Hemos publicado en Korad sus cuentos: **Escenario 0: Valle del Chessick (Korad 4)**, **Crónica de unas vacaciones (Korad 5)**, **Azul (Korad 8)**, **Crónica del XXI (Korad 9)** y **Patrones de Conducta (Korad 11)**.

Trabajo Nocturno

Alejandro Martín Rojas



*“Yo te contaré el verdadero secreto de la magia,
cualquier hijo de puta puede lograrla.”*
Susurro de John Constantine a su creador Alan Moore

La aterrada mente de Clarita negaba con desespero su actual situación. No dejaba de repetirse que todo aquello no podía ser otra cosa que un mal sueño. Pero la pesadilla era singular, una que se tragaba sus gritos, la cegaba en penumbras y la maltrataba como un saco. Todo fue tan rápido. El fuerte dolor en el abdomen en pleno examen de matemáticas. Fue tan agudo que su cuerpo se engarrotó y se desplomó. Sus compañeros de aula tuvieron que cargarla en peso y correr con ella. Sollozando suplicó que avisaran a su madre. Su padre es doctor pero estaba en misión en Venezuela. No recuerda mucho del resto. Sabe que la lograron meter en un almendrón y la llevaron al «Calixto» por su cercanía.

El arco de la entrada de Emergencias del Hospital Universitario General «Calixto García» fue lo último que vio antes que su mundo se congelara y cayera en el abismo de la inconsciencia.

El frío mordió su carne, el olor a antiséptico le rebose los pulmones, y los breves flashazos le mostraban los tubos fluorescentes bañando los sucios azulejos de las paredes con su luz mortecina. Después, se sintió lanzada hacia un vacío de oscuridad donde gritó hasta el agotamiento y solo el silencio le sopló en la cara.

Entonces las tinieblas se rasgaron, y un cúmulo de aterradoras imágenes comenzó a golpear tan fuerte su cabeza que le dieron ganas de vomitar. Estaba siendo sacudida por la violencia de un huracán pero aquella tortura comenzó a disiparse poco a poco.

A pesar del gran aturdimiento, su cuerpo se volvió mucho más ligero, como si flotara. Comenzó a abrir los ojos poco a poco al recuperar el valor y la fuerza. Pero la imagen que tomó forma ante ella la perturbó aún más. Observó su propio reflejo yaciendo dormida en una cama de hospital con su madre al lado, rendida de agotamiento en un sillón de aluminio. Aquello era el inicio de otro capítulo de la pesadilla. Ella no se encontraba frente a un espejo. No se podía mover. Le gritó a su madre pero no la despertó. La fuerte presión que apretó su cuello le hizo

comprender que su pequeño cuerpo no flotaba. Algo la tenía aferrada con fuerza por la garganta y la suspendía en el aire como un pedazo de carne.

—Ahora te portarás como una niña buena y tranquilita y vendrás con nosotros. Tenemos trabajo que hacer

El sonido de aquella voz congeló de miedo a Clarita como el veneno de una serpiente mientras una sombra cubría sus ojos y la hundía de nuevo en la oscuridad.

Abrí los ojos cuando el ruido de los pasajeros me devolvió a la realidad. Me puse a contar las paradas, todavía faltaba una. No estaba dormido. Ni tenía asiento, ni siquiera ya me molestaba en conseguirlo. Me fui acercando a la puerta trasera y traté de relajarme, siempre chequeando los bolsillos y con los oídos atentos a mi alrededor. Dejé que mi mente divagara por lugares y momentos más felices. Pero solo el pensar en el trabajo que me esperaba borraba todo aquello. Los insultos y maldiciones lanzados al chofer hicieron que volviera en sí. Frente a mí se encontraba toda un aula de secundaria tratando de quemar por adelantado sus etapas hormonales. Uno de ellos tenía la cabeza atrapada por la puerta de la guagua. El conductor la había cerrado para evitar que el grupo se colara sin pagar. El joven se estaba ahogando y sus compañeros no reaccionaban. El resto de los pasajeros no se inmutó esperando que el chofer hiciera su trabajo. Me encogí de hombros y agregué al coro otro insulto al chofer. Me abrí paso por el pasillo y proyecté mi codo con toda mi fuerza como un ariete contra el borde de la puerta la que se abrió por el impacto. El joven medio asfixiado cayó sobre mí. El grito de júbilo de sus compañeros me invadió. Revisé al mocoso. Estaba agitado, recuperando el aire perdido, pero aparte del nuevo collar de churre se encontraba bien. Ya había cumplido con mi buena acción del día. Intenté regresar a mi posición inicial, pero descubrí mi puesto ocupado por otro miembro de la tribu juvenil. Este me dedicó una sonrisa inocente y yo lo asesiné con la mirada.

EL P11 reinició su marcha con furia y yo me sujeté del tubo del pasillo tratando de mantener el equilibrio al igual que todo el ganado humano que transportaba. El salvaje frenazo del chofer me hizo perder el balance y aferrarme de nuevo al tubo. Me mordí los labios. Era mi parada. La puerta se abrió y la estampida me expulsó como una vaca más. Cuando mis pies tocaron la acera, mecánicamente hice un rápido chequeo. Mi esmirriada billetera permanecía en el bolsillo delantero. El viejo *blue jean*, no sufrió nuevas marcas de suciedad. Y mi camisa de algodón tampoco se había arrugado mucho.

En otras palabras: éxito. Mi disfraz de persona decente se mantenía intacto.

Me encaminé hacia el acceso lateral del hospital. Antes, me volteé unos instantes para dedicarle una breve mirada a las ruinas del Borrás, hospital infantil transformado en mole inútil esperando silenciosamente durante muchos años una demolición que no llega, tumba de un desafortunado custodio. Se comentó la existencia de un plan para dinamitarlo. En ese caso, aunque el gasto en explosivos lucía improbable, me imaginaba que las detonaciones harían venirse abajo varias manzanas de viviendas cercanas. El Vedado es un municipio codiciado, pero como todos se sostiene sobre piedra desgastada y mal mantenida.

No perdí más tiempo y crucé la entrada. El viejo custodio no me miró. Estaba forzando a un pequeño radio a escupir alguna noticia sobre el juego de los Industriales. Ya conocía el resultado, pero quién era yo para quitarle la ilusión.

La falta de iluminación no me detuvo por lo que avancé rápidamente escuchando mis pasos resonar entre los edificios sombríos de la ciudadela del Calixto García.

Al cruzar el umbral del puesto de guardia, sentí la presión en mi cabeza, el fuerte olor a desinfectante me amargó la garganta. Busqué la sala de espera y me senté en un asiento arrinconado a la pared. Por lo menos el ambiente estaba tranquilo. Solo un par de enfermeros y médicos andaban pausadamente por los pasillos; chequeando historias clínicas. Todos tratando de mantenerse en pie después de días de poco descanso; ansiando graduarse para regresar a sus respectivos países. No digo que no sean buenos en su profesión, pero como estudiantes al fin, no me encontraba dispuesto a servirles de material de estudio. Si hubiera llegado alguien desangrado por una puñalada, algún infartado por exceso de stress o algún travesti con hemorragia por un improvisado con... bueno la situación sería distinta. Y si esa noche era de carnavales, ni hablar.

El fantasma de la tensión y la incertidumbre infectaba el aire. Pero necesitaba tranquilidad para concentrarme en mi trabajo.

Saqué la caneca del bolsillo trasero y me di un trago del menjunje. Para mis adentros, maldije a Yamila por hacer esa cosa cada vez más picante. Me puse los audífonos y activé mi viejo mp3 después de recostarme a la pared. Cerré los ojos tratando de relajarme.

Don't Fear The Reaper de Blue Oyster Cult comenzó a entrar por mis oídos. El *track* duraba tres minutos con cuarenta y seis segundos. Cuando terminara, comenzaría el fiestón. Me dejé llevar por la canción. La presión en mi cabeza aumentó y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Aquellos eran los primeros efectos de la pócima. La canción terminó y abrí los ojos. Ahí estaban ante mí. Empezó el segundo efecto secundario. Yo los veía y ellos a mí. El estómago se me retorció con la primera impresión y por suerte logré contener las arqueadas. Nadie te puede preparar para esto. Agazapados por el suelo, las paredes y el techo, siete *abikus* se arrastraban hacia mí. El ardor verdoso de los ojos y las torcidas quijadas abiertas mostraban su eterno apetito. Espíritus problemáticos que vagan alimentándose del último aliento de los moribundos. Hambrientos siempre; y cuando son fuertes ansían encarnar, introduciéndose en el cuerpo de algún pequeño para obtener comida y bebida. Al lograrlo, hacen que el infante sobreviva a sus hermanos y vive hasta que le provoca una muerte prematura y entonces buscan otra víctima. Son una plaga, imposible de aniquilar, que infecta todos los hospitales del país. Lamentablemente, esa noche no había venido a exterminar esos parásitos. Buscaba algo más grande. Sus rostros, formados por los retorcidos semblantes de sus anteriores presas, emanaban un temor que me alertaba de su presencia. A pesar del miedo, no vacilaron en acercarse más y más. Este era el último inconveniente del brebaje de Yamila. Además de darme la perturbadora doble vista, de subirme la presión y acabar con mi estómago, me convierte en un peligroso foco de atención para todos los seres de la dimensión invisible.

Revolví mis anchos bolsillos. Si dejaba que uno de esos carroñeros se me encimara, lo más que sentiría sería un fuerte dolor de cabeza. Pero siete de ellos me devorarían el espíritu hasta dejarme hecho un vegetal. En ese momento, mi mano izquierda palpó su objetivo. Suspiré de alivio y les sonreí mostrando los dientes. Los *abikus* se detuvieron al instante en que mi mano derecha alzó la campanita de plata. Su temor se hizo mayor. La agité un par de veces. El delicado sonido los hizo aullar y sus cuerpos comenzaron a temblar y a retorcerse de dolor. Chillaban suplicando como cerdos en el matadero. Aquello no me importó, así que la seguí sacudiendo un poco más para mostrarles quien era el cazador esa noche. Un enfermero que cruzaba el pasillo me hizo una seña para que parara. Debí pensar que era un borracho o un demente haciendo escándalo en una sala de espera de terapia intensiva a la una de la madrugada. Le obedecí. En ese momento los *abikus* salieron huyendo despavoridos atravesando las paredes y el techo con sus inmatrimales formas. Uno de los espectros atravesó con violencia al enfermero y siguió su huida volando por el corredor. El muchacho sintió de repente unas náuseas incontrolables y escapó por una puerta.

Descansé por unos segundos, frotando mis sienes con los dedos hasta que obligué a mis piernas a alzar mi humanidad.

Guardé la campanilla e inicié mi recorrido. Deambulé con cuidado por algunos pasillos hasta que por casualidad lo encontré. No esperaba hallarlo tan pronto. La cuerda de gordo y oscuro necroplasma se agitaba en el suelo como una boa. Aquello era brujería fuerte. Un extremo desaparecía subiendo por unas escaleras, el otro seguía por otro corredor.

Seguí por la izquierda hasta que el rastro me llevó al baño de los hombres. Estaba a oscuras pero el hedor de décadas que escapaba por la puerta entreabierta me hizo retroceder un poco. La anchura del cordel ya me revelaba quien se encontraba adentro. Existen dos métodos para enfrentar esta situación llena de expectativa y tensión: actuar con astucia y cautela o guiarse por los instintos y arriesgarse a la estupidez. Un destello metálico en una camilla cerca de mí me hizo inclinar por el segundo. No había tiempo para el primero. En la oscuridad me precipité adentro y abrí de una patada la puerta del tercer sanitario.

—¡Maric...! —gritó sorprendida una enorme sombra que se abalanzó sobre mí navaja en mano.

Le corté el impulso al momento, frenando su cara con el aluminio de la cuña. Con una patada al estómago le saqué el aire y lo volví a sentar en el inodoro. Soltó la cuchilla y otro fulminante golpe de tabor en su sien acabó de noquearlo. Esperé unos segundos sin moverme, tratando de escuchar los pasos de alguien que hubiese oído el grito y también para darle tiempo a mi corazón a recuperar su ritmo.

Al no escuchar nada prendí la linterna del celular y procedí. El gorila llevaba una bata de médico. Se la quité y la indumentaria y los amuletos que ocultaba despejaron mis dudas. Se trataba de un acólito de la Regla del Palo del Monte. Casi un adolescente, blanco y rubio. El primero tan joven (más que yo) con que me tropezaba. Era difícil

creer, por sus marcas y tatuajes, que aquel mocoso fuera un devoto del diabólico Lugombe. Una mierda muy seria, atreverse a jugar con tal poder. Yamila, tenía razón. Como siempre.

Aquel blanquito era el responsable de los Cambios de Vida realizados en varios municipios de la provincia. De esta forma se le robaba la salud y los años de existencia a una persona saludable traspasándoseles al mejor postor. Su clientela era variada; extranjeros, artistas y cuadros importantes. Eскурridizo el muy cabrón. Pero entonces, Yamila, mi psíquica cuentapropista, tuvo otra de sus turbulentas visiones y lo ubicó. Me llamó y aquí vine.

Además de cogerlo por sorpresa tuve mucha suerte. Todo el poder del Mayombero estaba dedicado a controlar su Mgangan. Se me escapó una risa cuando de mi cabeza brotó otra de mis locas y enfermas ideas. Mi mano se adelantó y sacó la caneca, antes de terminar de ponerme la bata de médico. Me quedaba grande.

Ya tenía al amo, solo me faltaba su mascota.

—Tranquila, que ya casi llegamos, preciosa —le seguían susurrando las voces a Clarita, arrastrándola a las tinieblas.

—¡Oye tú, cosa, párate ahí! —el grito desconocido hizo que la oscuridad que la engullía se detuviera.

Migue se acababa de llevar la tercera sorpresa de la noche; no por eso agradable. Había cubierto el otro rastro de la cuerda espectral, pasando de largo entre médicos y angustiados parientes. Subió por una escalera y cruzó por otro corredor que daba a un pabellón. Se detuvo por unos instantes al comprobar que su presa se había enlazado con otro cordel más fino y dorado. Eso significaba que había llegado tarde. Como siempre. Aceleró el paso y no demoró mucho en dar con su objetivo.

Sintió un breve escalofrío y se concentró para mantener quieto el contenido de su estómago. Lamentó el uso del término cosa. No era el adecuado, ni de lejos. Aquello no se trataba de un simple espíritu de otro mundo al servicio del Palero. Su enorme cuerpo se retorció desplazándose como un cangrejo. Su manto harapiento apenas cubría la joroba y sus numerosos brazos y piernas que se tensaban tratando de arrastrar su peso. Una abominación de necroplasma, nacida de la fusión caótica de cinco o más espectros. El engendro se volteó con trabajo y clavó la mirada de tres de sus rostros en el intruso. Seguidamente, otro brazo brotó de su cuerpo y se proyectó como un tentáculo. Migue no pudo reaccionar para hacer una señal de protección y menos evitar que aquella extremidad se le enroscara en el cuello como una serpiente, lo levantara en peso y lo aplastara de espalda contra la pared. Apretó los dientes. El dolor de la columna se le corrió hasta las puntas de los dedos y sus brazos se paralizaron. El ser se le acercó. Le atravesó el pecho con una mano sin dañar su carne hasta agarrarle el corazón y comenzó a manosearlo. El intenso dolor casi lo hace desfallecer y el sabor acre inundó su paladar.

Pero logró resistir y concentrarse en sus reservas de bioenergía mientras tres voces le susurraron:

—¿Quién coño te crees, para atravesarte en nuestra pincha? Nosotros fuimos padres, hijos, hipócritas, oportunistas, asesinos, violadores, viciosos y suicidas. Nos llamaron Pedro, Osmany, Yamisleidys, Yosmel y otros. Nos quedamos atrapados, nos encontraron y nos unieron. Ahora solo somos nosotros. Te devoraremos el alma con papa, pudriremos tu carne y terminaremos nuestro encargo.

—Debes estar bien rechoncho para gastar tu energía en atacar a un ser material —le espetó Migue, al recuperar el aliento con una sonrisa cruel. Gracias al monólogo ya estaba listo. Sus manos se volvieron a mover. Con la izquierda formó «El Signo Mayor» y su mente dirigió su bioenergía hacia esta antes de blandirla. La derecha escaló por su pecho y se aferró con fuerza al objeto que colgaba del cuello. Los dedos, unidos en forma de cuña, dieron un corte limpio en la materia de los brazos del monstruo. Al momento éste lanzó un agudo gemido y se retorció soltando su agarre.

Migue cayó en cuclillas. La garra intrusa había desaparecido. El sello lo había agotado, pero no demoró en descolgarse el saquito y mostrárselo al engendro.

La entidad se encrespó más, soltó un agudo chillido en señal de temor y retrocedió un poco.

—¡No es posible! ¿Cómo le has arrebatado el Nganga a mi señor? No eres un santero, ni brujo del palo del monte ni, ¿quién eres?

—Dímelo tú, muerto sirviente de Palero.

El espectro no se atrevió a discutir.

—A muchas personas le gusta hacerse mutuamente la vida un yogurt. Por acciones o pensamientos. Un lamentable círculo vicioso de la humanidad. Díganos que soy uno de los pocos que se encargan de que los vivos no jodan a los que están en el más allá y viceversa. Y sí, tampoco soy un santo ni hago trabajo voluntario; cobro y si es en CUC mejor. Ustedes tuvieron la desgracia de encontrarse en mi plan de trabajo. Además eres estúpido, al instante de verme debiste darte cuenta que ahora soy tu nuevo chulo.

—¿Y ahora qué harás con nosotros?

—Bueno, hay dos opciones. Me entregas tu encargo con buena voluntad. O cojo tu Nganga, desarmo la esencia que te ata a este mundo por piezas y la riego por todo el hospital. Y ya sabes quiénes se encargarán de volverlas a buscar.

El espectro hizo que los rostros se deformaran en una mueca de disgusto e ironía antes de asentir.

—Aceptaremos una opción intermedia —dijo abriéndose el torso con los dedos de sus manos y pies dejando escapar entre gases de ectoplasma, un haz de luz dorada.

«La había cagado y en grande». Ese fue el único pensamiento que la adolorida cabeza de Adrián podía armar. Notó que yacía acostado en una camilla. Lo habían encontrado. Suerte irónica, que se encontraba en un hospital. El frío metálico alrededor de su muñeca derecha también le informó. «¡Seguro que también encontraron mi navaja! ¡Qué clase de comemierda soy!»». Ese fue su segundo pensamiento.

Solo uno más y tendría suficiente para su salida del país. Había sido descuidado, muy estúpido. ¿Cómo se le pudo ocurrir aquello? Siendo uno de los más jóvenes sin importar su raza en aprender las reglas del Palo Congo y recibir la aprobación de los espíritus elementales Mpungu, los vagabundos Nfuri y los ancestros Bakalu. Pero estos mismos también le pronosticaron un oscuro augurio en su tierra, dos años después de su iniciación. Evitarlo dependía de quien le entregaba su fe al lento y sacrificado camino del iluminado Nzambi. Pero por su parte, los acólitos del tentador sendero del despiadado Lungombe eran conocidos por su temible poder. No demoró en escoger bando ni tampoco en descubrir (sin pensarlo mucho) la necesidad de abandonar el país para evitar tal destino. Puso manos a la obra, fortaleciendo su arte y empleándolo sin escrúpulos para lograr su objetivo.

Más tarde comprobó que entre los trabajos de adivinación y evocación de maldiciones, el conjuro del Cambio de Vida era el más cotizado. Los niños eran más complicados, pero por la pureza de sus almas eran mucho más poderosos y valiosos.

Fue al cementerio y recogió los espíritus vagabundos necesarios para crear su Nganga. Pero se le fue la mano, lo hizo tan poderoso que controlarlo lo dejaba completamente agotado. Después, solo tenía que coordinar bien el momento cuando se debilitaba la salud de su víctima, mediante una maldición que lanzaba y enviaba a su sirviente a completar la transacción.

Fue muy confiado. «¿Quién había sido el hijo de puta que lo había asaltado?».

De repente, un profundo y violento malestar taladró la mente de Adrián. Una enorme fuerza que trataba de ahogarlo y aplastarlo. Desesperado, dejó caer la cabeza a un lado y abrió sus ojos con esfuerzo. Los destellos casi lo cegaron al principio y su estómago se retorció y vomitó. Poco a poco, su vista se fue acostumbrando a la luz y una confusa silueta se formó ante él. El ardor dorado que desprendía dificultaba su identificación. Al instante, una mezcla de ira y miedo retorció sus entrañas, reconoció a su velador. Lo que sostenía en sus brazos no era una linterna encendida sino la esencia espiritual de su presa arrebatada.

Pero lo aterrador era la causa de dicha visión. No usaba los brebajes de la Doble Vista por lo mucho que aturcía. Su cabeza necesitaba estar clara para lanzar el hechizo. A menos que...

Migue no movió los labios. Solo, con la mano libre, sacó del bolsillo el frasco vacío y lo acercó al rostro de Adrián para que lo oliera. Después guardó el recipiente, le sonrió mostrando los dientes y con el dedo índice señaló hacia arriba el techo de placa.

Al momento se alejó antes de contemplar como el pánico deformaba el rostro de Adrián. Apretó el paso e intentó tapar los oídos de Clarita ante el súbito estallido de gritos. A pesar de la excitación, los *abikus* no emitieron el más mínimo sonido, ni siquiera cuando se descolgaron del techo de placa.

Por suerte, en su estado, la niña se mantenía inconsciente pero debían apurarse si querían recuperar el vínculo carnal.

Gracias a los símbolos de San Izrail, con mis antebrazos pude sostener el alma de la pequeña. Corrí como un arrebatado porque el lazo con su cuerpo físico se debilitaba cada vez más. Sonó el celular. Lo ignoré. Seguro que se trataba de Yamila, inoportuna como siempre, chequeando la situación. Después de recorrer el laberinto de escaleras y pasillos logré dar con su cama. En ese momento se despertó y casi se me escapa de las manos por el ataque de pánico que le dio. La abracé con fuerza, recibí su llanto, la arrullé, le acaricié la cabeza y susurré a sus oídos para tranquilizarla.

—Déjame acostarte para que te duermas antes que tu mamá se despierte.

—¿Y el monstruo?

—Ya me deshice de él. Nunca más te hará daño.

—Eres buena persona. ¿Eres un ángel de la guarda?

—Sí, por eso no quiero que tu mamá me descubra contigo. Perdería todos mis poderes mágicos. Vamos a acostarte. Sé niña buena. Cuando te despiertes ya no estarás enferma —le insistí a la niña caprichosa.

Ella accedió y por fin logré colocar con delicadeza su alma en la misma posición que yacía su cuerpo. La unión fue perfecta, sin complicaciones. Se quedó dormida al instante, soñando seguro con cosas mejores.

Seguro que se preguntan ustedes cómo logré calmarla. Pues haciendo lo que todo adulto sabe hacer mejor. Mentir, para endulzarle la pesadilla. Le había quitado un tiburón de encima pero todavía nos encontrábamos en la jungla del océano. Y yo no era un ángel y mucho menos una buena persona.

Cuando salí al exterior me sentía completamente agotado. El húmedo frescor de la madrugada aligeraba mi cuerpo. También había abandonado la pesada bata en uno de los asientos de la sala de espera. Las náuseas se volvieron a apoderar de mí y si no me hubiera sentado en la acera, mi cabeza hubiera dado contra el contén.

Intenté llenar mis pulmones de aire húmedo para tratar de aliviarme. El brebaje acababa de perder sus efectos. La doble vista duraba como mínimo cuarenta y cinco minutos antes de que desapareciera, de manera brusca, la visión del mundo invisible, necesitando tu estómago un lavado obligatorio.

El súbito chillido del celular volvió a azotar mis nervios. Era Yamila, obvio. Mi jefa Psíquica. La que se cree mi mujer o mi madre o ambas. No la ignoré esta vez.

—Si no es porque estás pagando no te cogería la llamada en toda la noche —le dije agregándole a la expresión uno de mis bostezos.

—¡Serás maricón, Miguel Tamayo Petit! No, por desgracia no lo eres. Te he estado llamando toda la noche. ¿Dónde coño has estado?

—Se ve que te preocupas mucho por mí, amor. Tenías razón. He matado el trabajo.

—Déjate de confianza. ¿Y la presa?

—Sana y salva, con su madre. Aunque no lo creas, estás hablando con un profesional. El momentáneo silencio interrumpido por un suspiro me advirtió que se había reservado su opinión.

—¿Y el brujo y su cliente?

—En terapia intensiva. Un Palero, joven y poderoso el muy cabrón. Lo dejé con los internos atendiéndolo por una supuesta trombosis, mientras los *abikus* se daban un festín con él. Parece que su cliente se trataba de un viejo «Cuadro Importante» que ahora depende de la eficiencia de nuestro sistema de salud. Si eso no le es suficiente. ¡Qué pena por él!

—Y me imagino que no pudiste hacer nada para evitar esa situación —percibí un poco de reproche en aquella frase.

—No, el muchacho no puso de su parte. Un psicópata caído de la mata. Recuerda que soy un profesional. No dejo cabos sueltos.

—Sí, no lo dudo. Bueno, pasa cuando puedas por casa a recoger lo tuyo. Son sesenta.

—¡Pero si la recompensa por este desgraciado eran ochenta CUC!

—Lo siento, Miguelito. Eso fue lo que soltó el Consejo Yoruba de Centro Habana que nos contrató. Se disculpan contigo. La cosa está mala.

—Yami, no me jodas ahora con eso.

—¿Y su muerto? —cambió el tema; dejando por concluida la discusión anterior.

—Lo tengo conmigo.

—Eso es bueno. Tráemelo y te pagarán bien por él.

—Lo siento. Este Nganga es muy poderoso e inestable, difícil de controlar. El muchacho casi llevaba un cementerio entero en ese amuleto. Peor que tener plutonio en el bolsillo. Tengo que liberar los espíritus que contiene. Lo enterraré en un bibijagüero, sacrificaré un gallo; los regaré con aguardiente y les ofreceré sahumero de tabaco. Tengo que cumplir con ellos. Les prometí el descanso.

—¡Estás comiendo mierda! ¡No seas bobo! ¿Dónde vas a sacar esas cosas a esta hora de la madrugada?

—Sabes que yo siempre me las arreglo. Además, me estás jodiendo demasiado. Sino cuando vaya a verte te cobraré el resto de mi paga en especies.

—¿Quién c...?! —en ese momento le colgué y apagué el celular. Con aquellas palabras el disgusto le calentará tanto la sangre de la cabeza que la mantendrá despierta hasta el amanecer.

Cogí otra bocanada de aire antes de obligarme a ponerme de pie. Al hacerlo, sentí el oscuro planeta girar bajo mis pies. El frío entumeció mis músculos. Verdad que soy un imbécil. Debí haberme quedado con aquella bata.

Ilustración: Raúl Aguiar



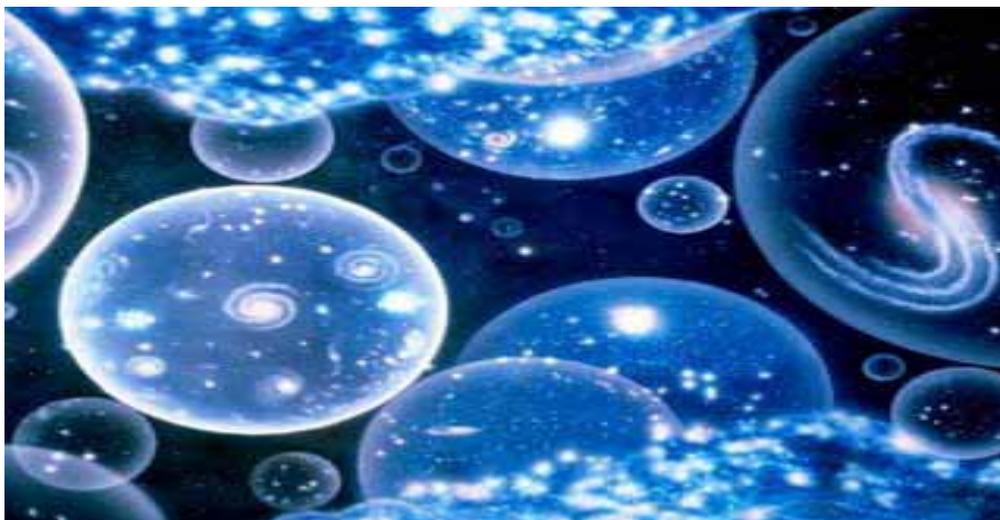
Alejandro Martín Rojas Medina. Licenciado en Contabilidad y Finanzas en la Universidad de Habana. Miembro del Taller de Creación Literaria Espacio Abierto. Obtuvo el Primer lugar en el Concurso Mabuya 2012 de cuento dentro del Evento Behique 2012, así como mención en el V Concurso de Literatura Fantástica Oscar Hurtado 2013 en la categoría de cuento fantástico y horror.

SECCIÓN POESÍA FANTÁSTICA

MENCIONES OSCAR HURTADO 2013 EN POESÍA FANTÁSTICA

MULTIVERSO

Mariana Enriqueta Pérez Pérez



Agota soñar, y tuerzo
el fluir de las burbujas:
la insolencia, las cartujas,
un estéril multiverso;
horcas, señales —no hay cierzo
que demore mis hazañas
por el espacio— y guadañas,
hormigas, un pardo
escombro...
Nadie acaricia mi hombro.
Nadie vive en mis entrañas.

Veo pasar los androides,
vigilan desde sus mundos;
yo ensayo besos profundos
y no son más que asteroides
muertos, giros helicoides
dibujados en la tierra
de una galaxia, que encierra

sombras de color y espuma.
A veces pongo una pluma
sobre nubes.
Una sierra
hace un giro con sus dientes,
que trucidan hueso a hueso
mi armazón y, como yeso,
rompen el muro. Crujientes
van las cuerdas, los torrentes
sanguíneos de anchos dolores.
Arma asesina de olores
—en la luz, en tres amigos—
le ha cerrado los postigos
a mi garganta sin flores.

Hay tres mundos que deprisa
siguen mi ánimo cambiante,
mi paradaja, el instante
de vibrar. Como indivisa

curvatura se desliza
el tiempo-espacio en mi vuelo.
Nada sirve de consuelo
si las tres bocas, renuentes,
se alejan por afluentes
de un insomnio paralelo.

¡Ah! Burbujas, a la mía
similares, ¿dónde están?
Mundos que corriendo van
por la sinuosa herejía
de mis noches, yo sabría
componer sus astrolabios
y navegar por los sabios
canales de triple alma,
si destruyera mi calma
un solo túnel de labios.



Mariana Enriqueta Pérez Pérez (Santa Clara, Villa Clara, 1951). Poeta, narradora, investigadora y promotora cultural. Licenciada en Letras. Perteneció a la UNEAC. Poemarios publicados: **La Nostalgia Domina los Rincones** (1992); **Cierta Llama** (2001); **La desnudez oculta** (2005) y **La flecha inesperada** (2012), todos de la Editorial Capiro. Compiladora de la antología **Búscame en el horizonte**, de Leoncio Yanes (Sed de Belleza, 2008). Textos suyos aparecen en antologías y publicaciones seriadas, impresas y digitales. Ha obtenido premios y menciones en diversos concursos nacionales e internacionales. Miembro del Taller de Creación Literaria Espacio Abierto y del Taller «Carlos Loveira» para la creación de la novela de Villa Clara.

Dualidad I

Lilia Aurora Machado Coello



Soy la sombra inexacta de un desliz
inacabado al filo de la bruma,
donde el éter perpetuo de la espuma
es solsticio de junio en tono gris.
Vivo al umbral del aire que encadena
mis pliegues al conjuro de las horas;
-infinitas cenizas sus demoras
en mi exorcismo ingrávido de arena-.
Muero de eclipse súbito, deshielo
mis párpados abruptos de flagelo
en el hechizo insomne de un segur,
y en sortilegios húmedos al sur
de mi aguja de plata, solo albur
de aquel desgaire ambiguo, de aquel
vuelo
excomulgado en lluvia, en profecía
al trasluz del misterio, vaticinio

estéril que soborna mi dominio,
alucina mi estirpe, me desvía
la silueta en los nervios, y en su envés,
de intersticios profusos.

Ya el temblor
me descose algún bies del estertor
que divaga en la escoba...esa algidez
de mi nostalgia en claves, casi herrumbre.
Sangro un cáliz de asfalto que descama
la ranura del tiempo, -incertidumbre
aterida de embrujos-, y derrama
mudo polvo perenne, quizás lumbre...
en esta dualidad que
me embalsama.



Lilia Aurora Machado (La Habana, 1964), graduada del Instituto Superior Pedagógico Enrique José Varona en la especialidad de Español-Literatura, en la cual ejerció la docencia durante varios años para pasar después a desempeñarse, hasta hoy, como especialista literaria en la Casa de Escritores y Artistas del municipio capitalino de Diez de Octubre. Por su obra poética ha recibido diversos reconocimientos, entre ellos el premio Manuel Cofiño, de Arroyo Naranjo, en 2008; el segundo premio del certamen «El mejor soneto» del municipio del Cotorro, en 2010; en ese mismo año, mención en el concurso literario internacional de poesía de la Universidad de San Buenaventura, Cali, Colombia; y menciones en los años

2009, 2010 y 2011 en el concurso literario Luisa Pérez de Zambrana, de Regla, La Habana. En el XII concurso nacional [Ala Décima 2012](#) recibió el Premio del Grupo Décima al filo por su cuaderno Anne Sexton. Premio en el XV concurso nacional de poesía Regino Pedroso, 2012.

¿Por qué el manga ha devenido un producto cultural global?*

Jean-Marie Bouissou

Traducción del francés: Rinaldo Acosta



Más de una paradoja rodea el éxito creciente del manga a partir de los años 70, y, de modo más general, el de los imaginarios a los que él dio nacimiento y que se han materializado también bajo la forma de *anime*,¹ de series de televisión y de juegos de video. En algunos países occidentales, entre los que aparecen en primera fila Francia, los Estados Unidos e Italia, el manga ha llegado a ser, a comienzos del siglo XXI, un elemento importante de la globalización cultural que acompaña a la modernización económica.

Paradojas

La primera de tales paradojas es que Japón, al contrario de los países occidentales que postulan la universalidad de su cultura y de sus valores y han tratado siempre de difundirlos (aunque sólo fuera a título de coartada para sus ambiciones imperialistas), considera tradicionalmente que su cultura no podría ser compartida por el resto del mundo. Caso tal vez único en el mundo, la religión shintô, por ejemplo, es estrictamente «nacional», y la idea misma de que un extranjero abrace el shintoísmo se le antoja absurda a un japonés.

La segunda paradoja es que el manga, bajo la forma que tomó después de 1945, está impregnado por la experiencia histórica única de Japón. El manga expresa los traumatismos de una nación abierta a la fuerza por los cañones de los «barcos negros» del comodoro norteamericano Matthew Perry en 1853, obligada a modernizarse a marcha forzada y que se apresta para enfrentarse a los imperialistas en una carrera por el poder que desemboca en el holocausto de Hiroshima. Los niños de esta nación que devendrían los mangaka de la primera generación — bauticémoslos la «generación Tezuka»²— vieron sus ciudades arrasadas, sus padres vencidos, su emperador despojado de su divinidad y sus libros escolares arrojados por los vencedores al basurero de la historia junto al sistema de valores al cual servían de vehículo. Después de su derrota, esta nación se reconstruyó al precio de grandes sacrificios, para llegar a ser, en apenas más de veinte años, la segunda potencia económica del mundo

* «Pourquoi le manga est-il devenu un produit culturel global?», un artículo de www.eurozine.com. Publicado por primera vez en *Esprit*, 07/2008.

libre. Japón, sin embargo, no había ganado ni el reconocimiento (los años 80 fueron los del *Japan bashing**), ni las certezas a las que aspiraba, cuando su recobrado orgullo fue brutalmente zarandeado por la larga crisis de los años 90. Este recorrido único, convulsivo y dramático, sobre el que se cierne permanentemente la sombra de la discriminación racial, es radicalmente diferente del de las viejas potencias europeas y del de la joven pero triunfante Norteamérica. Que el imaginario colectivo que ha nutrido haya engendrado una cultura popular capaz hoy día de «alcanzar la universalidad» no deja de sorprender.

Y, sin embargo, en este comienzo del siglo XXI, el Japón se ha convertido en el segundo exportador mundial de bienes culturales. El manga ha conquistado el 45 % del mercado francés de la historieta y *Shônen Jump*³ aparece en versión estadounidense. Considerado por mucho tiempo como un producto destinado a los niños y a los jóvenes menos educados, el manga seduce cada vez más —al menos en Francia— a un público sofisticado de ejecutivos treintañeros. Y eso amerita una explicación.

Breve historia de un *baby-boomer* fan de las historietas

Volvamos al comienzo de los años 70. La generación de los *baby-boomers** franceses, como la de sus homólogos japoneses, leyó historietas durante toda su infancia y adolescencia. Cada semana *Coeurs vaillants* o *Vaillant*⁴ para los escolares, luego *Tintin* y *Spirou* en los años de secundaria, más tarde *Pilote* en el preuniversitario, y después... nada más. En Japón, para los *baby-boomers* que alcanzaban la madurez, la industria del manga inventó sucesivamente el manga para jóvenes, luego para los obreros,⁵ y multiplicó los géneros hasta el infinito (ciencia ficción, horror, deporte, manga histórico, político, informativo⁶). En Francia, al acercarse a la edad adulta mi generación debió conformarse con una historieta que se replegaba sobre una cultura elitista, masculina, a un tiempo intelectual, colegial y más o menos contestataria, fundada sobre el absurdo estafalario de *Concombre masqué*, el delirio verbal de *Achille Talon* y el erotismo helado de *Jodelle* y de *Pravda*,⁷ demasiado sofisticados para tener verdaderamente una clientela de masas. *Charlie Mensuel* sazónaba ese coctel para jóvenes intelectuales con una pizca de *Peanuts*, de *Krazy Kat*, de *Andy Cap* y de dibujantes italianos como Buzzelli y Crepax. Pero la censura francesa, que toleraba para los retoños de la *intelligentsia* el erotismo cerebral y sofisticado de este último, perseguía sin piedad a las criaturas sulfurosas de los *fumetti** populares de Evilpress que hubieran podido poner a soñar al lector masivo: Jungla, Jacula, Isabella y Jolanda de Almaviva estaban prohibidas y relegadas al infierno de la parte de atrás de las tiendas.

Seguí *Pilote* hasta la *terminale** y *Charlie Mensuel* durante la universidad, pero ya hacía mucho que mis hermanas, que me disputaban *Tintin* y *Spirou* cada miércoles durante la escuela primaria, no hallaban serie alguna que respondiera aunque sólo fuera un poco a sus expectativas de muchachas. En el otro extremo del mundo, **Las flores del año 24**⁸ proponían a las japonesas de su edad mangas concebidos y dibujados por mujeres jóvenes para mujeres jóvenes, con una estética específica, una atención a problemas como el embarazo o la violación y una visión femenina de la vida amorosa y sexual. En una sociedad muy machista, donde era difícil para las adolescentes imaginarse en una relación de igual a igual con un muchacho, las dibujantes usaron el subterfugio de las heroínas disfrazadas, a semejanza de la celeberrima «Lady Oscar» de la **Rosa de Versalles**,⁹ o de los amores entre efebos (*shônen ai*) en los que la lectora podía identificarse, a elección, con el afeminado o con el más viril. Cuando las lectoras empezaron a trabajar, los editores inventaron para ellas el manga OL,¹⁰ y cuando se casaron, se les ofreció *ladies comics* con un toque de picante, mezcla de romanticismo de agua de rosas y de *shonen ai* versión adulta para evadirse de su cotidianidad de amas de casa.

Durante este tiempo, las jóvenes francesas habían dejado de leer historietas y, del lado de los muchachos, la subcultura elitista de la generación de *Pilote* se marchitaba a medida que su clientela terminaba la universidad. En los años 80, *Pilote*, *Charlie Mensuel* y *Hara Kiri/Charlie Hebdo* declinaron y abandonaron la escena. Los editores lo apostaban todo en lo adelante al confort de las series atrapa-todo «para jóvenes de 7 a 77 años», de las que **Lucky Luke** y **Astérix** eran las joyas a toda prueba, divertidos ciertamente, pero ni carne ni pescado, más que infantiles pero no verdaderamente adultos, y limitados por su voluntad de ecumenismo transgeneracional al solo género del segundo grado cómico. Quien haya seguido ese recorrido como yo lo he hecho, comprende inmediatamente por qué el manga tiene la vocación de ser un producto global: propone series capaces de despertar

* Literalmente (en ingl.): la «paliza japonesa.» (N. del T.)

* *Baby-boomers*: los nacidos inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, en un período de aumento de la natalidad. (N. del T.)

* *Fumetti*: nombre que reciben las historietas en italiano. (N. del T.)

* Séptimo año de educación escolar en Francia. (N. del T.)

el interés de las clientelas más diversas por la edad, el sexo y los gustos, lo que no saben hacer ni la *bande dessinée* francesa ni los *comics* norteamericanos. ¿Dónde están los dibujantes franceses capaces de hacer volver a la historieta a una sexagenaria, médico reputada, que la abandonó a la edad de *Pilote*? Hoy, la hermana que me disputaba **Tintin** en la adolescencia, se apasiona con *Say Hello to Black Jack*,¹¹ pintura *noir* del medio hospitalario japonés visto por un joven interno. En todo caso, hay aquí una buena base de partida para atacar el mercado mundial.

La fuerza de choque de un producto industrial

Además de esta oferta más diversificada que ninguna otra, el manga dispone de múltiples ventajas frente a la competencia internacional. La domina por la masa de una producción a escala industrial y, por consiguiente, su bajo precio de costo. A mediados de los años 70, cuando la demanda de series de televisión para niños se disparó en Occidente, los episodios de **Goldorak** eran producidos por los estudios japoneses por menos de 3 000 \$ el minuto. El precio era entonces de 5 000 \$ para un episodio de **Tintin** y de 4 000 \$ para una serie norteamericana. Los estudios japoneses producían cuatro veces más episodios que sus homólogos franceses (1 800 al año, contra 450¹²). Disponían además de reservas considerables, pues la televisión japonesa difundía masivamente series de animados infantiles desde 1963, cuando *Tetsuwan Atomu*¹³ abrió el camino. Las cadenas privadas, presentes desde el origen al lado de NHK, la única cadena nacional, eran apoyadas por los anunciantes y no eran objeto de censura alguna. El mercado de televisión era mucho más rico, libre, inventivo y activo en Japón que en Francia, donde los telespectadores estuvieron condenados sólo a las cadenas públicas¹⁴ hasta 1984; en los Estados Unidos todo era privado, pero terriblemente limitado por la autocensura impuesta por el maccarthysmo. El dinero de los anunciantes, la eficacia del modo de producción de los estudios de animación, pero también la libertad creativa dejada a las cadenas explican por qué Japón, en los años 70, estaba listo para invadir el mercado mundial de series de televisión para niños.

Este primer paso de la cultura popular japonesa sobre el mercado occidental fue decisivo en lo que vendría a continuación. Son los jóvenes espectadores franceses que vibraban por **Goldorak** y **Candy Candy** a finales de los años 70 quienes, devenidos adultos, abrieron el mercado francés al manga haciendo un triunfo de la traducción de **Akira**¹⁵ en 1979-1990. Son ellos, hoy día treintañeros instalados en la vida activa, los que constituyen la fracción más sofisticada de los *fans* y los que permiten a los editores franceses, desde hace algunos años, poner en el mercado, para un lector adulto dotado de un alto nivel de educación, series de calidad como el *gekiga*¹⁶ de los años 1950-1960, las series para adultos de Tezuka o las de la nueva generación de mujeres dibujantes que surgió durante los años 1990-2000 y que goza hoy día de un gran éxito en Francia, a juzgar por la cantidad de ellas que son traducidas.¹⁷

Producto industrial barato, el manga es al mismo tiempo un bien de consumo de gran calidad. En ese sentido, el éxito de Shueisha o de Kodansha* en el mercado mundial no es diferente en principio del de Toyota o Sony. He analizado en otra parte¹⁸ las cualidades particulares que hacen del manga un «producto de placer» de una calidad excepcional. Basta decir aquí que el manga satisface mucho mejor que la *bande dessinée* franco-belga y el *comics* norteamericano las seis necesidades psicológicas fundamentales, que son: la voluntad de poder, la necesidad de realización, la necesidad de seguridad, la necesidad de excitación, la necesidad de evasión y la necesidad de distinción, cuya combinación está en la base de la alquimia del placer (aparte del que se deriva de la satisfacción de las necesidades físicas). Esto lo debe tanto a las particularidades de la cultura japonesa, como a la libertad excepcional de que ha disfrutado el manga desde fines de la Segunda Guerra Mundial, a diferencia de la BD* francesa y los *comics* norteamericanos.

Una exhuberancia (casi) libre de censura

Contrariamente a las ideas recibidas, la cultura japonesa es mucho más desenfrenada que la de un Occidente constreñido por el judeo-cristianismo y lo políticamente correcto. Es menos inhibida ante el sexo.¹⁹ La ausencia de religión monoteísta intolerante, la ignorancia de la filosofía cartesiana y la entrada tardía en la modernidad han asegurado la supervivencia en el inconsciente colectivo japonés de una buena dosis de lo irracional, de un pulular de espíritus, de monstruos más o menos joviales o aterradores según los casos, de fantasmas y supersticiones. Una dejadez complaciente, juzgada entre nosotros incorrecta, repugnante incluso, es tolerada entre ellos.²⁰ El gusto por los héroes desgraciados²¹ y las lágrimas es profundo hasta el punto de que incluso los primeros ministros no se avergüenzan, llegada la ocasión, de llorar en público.²² Todo eso se vuelve a encontrar en el manga y hace de él un

* Importantes casas editoras japonesas de manga (la segunda de ellas es la mayor de Japón). (N. del T.)

* BD: abreviatura de *bande dessinée* y acrónimo por el que se conoce a la escuela franco-belga de historietas («la BD franco-belga»). (N. del T.)

producto mucho más «condimentado» que la historieta francesa. El *Titeuf*²³ de los cursos de recreación franceses parece un poco limitado frente a un pilluelo con cola de mono y discípulo de un viejecillo lúbrico, que cabalga en una nube supersónica, se enfrenta, ayudado por un cochinito y un mini-bonzo, a innumerables adversarios, algunos de los cuales usan enormes flatulencias como armas químicas; salva y vuelve a salvar la Tierra y otros planetas, sembrando los cadáveres de los malvados por centenares; ve morir a sus compañeros, muere él también, resucita junto a ellos, muere otra vez, se tutea con Dios y descubre (entre otras cosas) que Él no es gran cosa; también descubre que la frontera entre buenos y malos es muy confusa; se convierte en padre y abuelo sin crecer verdaderamente, y así por el estilo a lo largo de 10 000 páginas. Habrán reconocido la epopeya barroca de *Dragon Ball*,²⁴ campeón en todas las categorías de tirada de manga a escala planetaria. * Este ovni cultural ha horrorizado a los padres y educadores occidentales, pero toca a los niños y los adolescentes del mundo entero en lo más profundo de su imaginario, pues éste no está más refrenado por la herencia racional de la Ilustración —ajena a los jóvenes espíritus de cualquier región del mundo en que vivan— que la creatividad de los *mangaka* japoneses.

Los imaginarios del manga tampoco están refrenados por los editores y las autoridades —al menos, lo son en un grado menor que en Occidente. Se sabe cómo los *comics* norteamericanos fueron emascarados por el Comics Code de 1954. En Francia, la comisión de supervisión y control de las publicaciones destinadas a la infancia y la adolescencia, instaurada por la ley de 1949, aseptica sin piedad el universo del cómic y pone barreras a las importaciones hasta los años 90 antes de sumirse poco a poco en la inacción.²⁵ En Japón, como reacción a los excesos represivos del execrado régimen militarista, las autoridades no osan inmiscuirse en la libertad de expresión, y el hecho de que el manga sea producido por los editores más poderosos incita al gobierno a la



prudencia. Las veleidades de la censura, a partir de los años 60, vienen en primer lugar de las omnipresentes asociaciones de padres y profesores,²⁶ pero sin gran éxito. Un caso emblemático es el de Go Nagai. El creador de *Goldorak* es más conocido en Japón por la muy vulgar, muy sexual y muy iconoclasta *Harenchi gakuen*. Empezada en 1968, esta serie tiene como escenario una «escuela impúdica» (eso es lo que significa el título) donde la ocupación principal de los profesores y chicos, cuando no se están emborrachando, organizando juegos amañados, defecando en los pasillos o exhibiéndose, es levantarle la falda a las muchachas, muchas de las cuales apenas se quejan, y golpearlas como yeso llegado el caso. El gran editor

Shueisha, que publicaba la serie en *Shōnen Jump*, su semanario estrella, desafió durante cuatro años las protestas airadas de las PTA, * sin que las autoridades osaran intervenir. En 1972, Nagai puso fin a la serie: los padres de los alumnos junto a conservadores de toda laya lanzan contra la escuela un ataque con armas pesadas que termina en una masacre general. En Francia o en los Estados Unidos, la serie habría sido estrangulada desde el primer episodio.

El modo de producción del manga favorece estructuralmente esta exhuberancia deliciosa. La prepublicación sistemática de las series en forma de folletín y el control continuo de su popularidad a través de los *dokusha kâdo*²⁷ obliga a los *mangaka* a «adaptarse» al imaginario de sus lectores —especialmente los adolescentes, respecto de los cuales hay que admitir que en todas partes del mundo son más propensos a interesarse en las mil y una maneras de besar y perder su virginidad que en las aventuras de un cargador de menhir * salpicadas de juegos de palabras de segundo grado. Además, la intensa competencia que reina entre los *mangaka* los obliga a una sobrepuja permanente que recuerda la estrategia del *supersize me* de McDonald's, excepto por el hecho de que lo que se le propone al consumidor no es «más papas fritas», sino «más romanticismo», «más acción», «más de grotesco», «más de sobrenatural», «más de sexo», e incluso todo a la vez.



Es cierto que el héroe de *Dragon Ball* se casa y procrea en perfecta conformidad con el orden social tradicional. El de *GTO*,²⁸ un viejo patán con malos modales y un gran corazón, convertido en maestro, se resiste virtuosamente a perder, en los brazos de las estudiantes que se le ofrecen, la virginidad de la que no obstante sueña con desembarazarse. No nos engañemos: ¡el manga es moral! La divisa de *Shonen Jump* es «Amistad, Esfuerzo,

* Este record, sin embargo, parece haber sido superado posteriormente por *One Piece*, cuyos 63 tomos han vendido 270 millones de ejemplares en todo el mundo, frente a 250 millones de ejemplares de *Dragon Ball* (42 tomos). (N. del T.)

* PTA: Parents and Teachers Associations. (N. del T.)

* Alusión a Obélix, personaje de la serie de historietas *Astérix el Galo*. (N. del T.)

Victoria». Pero esos signos son demasiado convencionales como para contrariar realmente al lector. También es cierto, como lo ha mostrado Sharon Kinsella,²⁹ que la tolerancia parece haber disminuido desde los años 80. Todavía poco deseosas de atacar a rostro descubierto la libertad de expresión, las autoridades han subcontratado la vigilancia del «manga dañino» (yûgai manga) a las asociaciones de madres de familia y personas mayores apoyadas discretamente por las autoridades locales.³⁰ De ello han resultado ciertas formas de autocensura de parte de los editores. Lo cual no impide que el manga siga mostrando un buen número de cosas que no se ven jamás en la BD o en los cómics. Y sin que eso —subrayémoslo para uso de los padres y educadores preocupados— haya hecho aumentar jamás la tasa de criminalidad en el Archipiélago.

Escenarios para la juventud posindustrial del mundo (1): *Akira*, o la desilusión dinámica

La habilidad de la estrategia de segmentación del mercado y de maduración del producto llevada adelante por el manga, la eficacia de su modo de producción y el campo libre que deja a un imaginario —principalmente adolescente— que tiene resonancias universales, son explicaciones demasiado limitadas del éxito del manga y de los *media mix* que se le asocian en el mercado cultural global desde finales del siglo XX. Hay que detenerse con más detalle sobre el *timing* de su penetración y sobre los escenarios, los temas y los personajes que han provocado el éxito del manga en el mercado occidental. De este modo, podremos comprender a qué demanda respondía que nuestra cultura popular no estaba satisfaciendo. Por consiguiente, comprenderemos cómo la experiencia histórica única que ha nutrido el imaginario popular japonés de la posguerra y el manga ha podido acceder a lo universal, o, con más precisión, a eso que pasa por «universal» en los países desarrollados llegados al estadio del capitalismo posindustrial y de la «posmodernidad cultural» que le está asociada. Para ello, me propongo aquí analizar brevemente tres temas que me parece que han desempeñado un papel importante en la *success story* mundial del manga a finales del siglo XX y comienzos del XXI: el Apocalipsis, la ciencia y el individuo.



El manga contemporáneo nace en el fuego de Hiroshima, que le ha otorgado eso que Saya Shiraishi ha bautizado como «la Experiencia original».³¹ la historia de un grupo de jóvenes sobrevivientes huérfanos unidos por la amistad y el rechazo a morir, que luchan en un universo posapocalíptico y hacen amanecer el alba de un mundo nuevo. Este escenario traumático se vuelve a encontrar bajo mil y una formas en el manga y la *japanimation*. En su versión primera, como la pusiera en escena Keiji Nakazawa en 1972 en **Gen de Hiroshima**,³² los jóvenes héroes, dotados de un optimismo increíble, luchan con clara conciencia para reconstruir un mundo mejor. Esta versión conoció escaso éxito en el extranjero. El tema del Apocalipsis no despertaba ningún eco en un Occidente que siempre se concebía a sí mismo en control del mundo y que vivía los treinta gloriosos.* A un nivel más profundo, en la cultura judeo-cristiana el Apocalipsis es un asunto de Dios

y, desde ese punto de vista, el hombre nada puede hacer. Todos los intentos de traducir Gen terminaron en fracasos.³³

En los años 80, el género posapocalíptico japonés cambió de espíritu entre las manos de una nueva generación de *mangaka*, la de los *baby-boomers* tardíos (nacidos a mediados de los años 50), que se pudiera bautizar como «generación Ôtomo».³⁴ La experiencia de esa generación difería radicalmente de la precedente. No tenía ninguna experiencia directa de la guerra y sus padres habían hecho todo lo posible para evitar el tema; casi no había visto nada de las grandes luchas sociales y políticas que se habían apagado hacia 1960, y las dificultades de la reconstrucción apenas la habían marcado. Su recuerdo más intenso de adolescencia era el del movimiento de 1968 llevado adelante por sus hermanos mayores: había asistido a su fracaso total³⁵ y a su deriva insensata hacia un terrorismo sangriento y autodestructivo. La «generación Ôtomo» ofreció, pues, una versión muy diferente de la experiencia original a la de la generación de Nakazawa: el universo posapocalíptico está desprovisto de sentido, los héroes vagan en la confusión, las certezas se han evaporado; las fronteras entre el Bien y el Mal se confunden y el fin no promete ningún mundo mejor.

La serie emblemática de esta metamorfosis es *Akira*.³⁶ El joven delincuente Kaneda, pálido reflejo del héroe positivo a la antigua, vaga entre las ruinas de Neo Tokio persiguiendo obstinadamente, en pleno Apocalipsis, fines personales irrisorios a la escala del cataclismo (vengar a sus camaradas masacrados por el mutante Tetsuo, conquistar el amor de Kay). Los grupos son destruidos, a semejanza de la banda de motociclistas de Kaneda, y los lazos de amistad son rotos. Tetsuo, el mutante asesino que pudiera hacer estallar al planeta, no es más que un mocoso infeliz que sueña con volver a acurrucarse entre los brazos de su madre que le ha abandonado —y el

* Los «treinta gloriosos»: las tres décadas de crecimiento económico y aumento del nivel de vida que siguieron al fin de la Segunda Guerra Mundial en Europa y los Estados Unidos. (N. del T.)

inmaduro Kaneda comparte inconscientemente ese sueño en sus relaciones con los personajes femeninos (la joven Kay, su pigmalión Lady Miyako y Chiyoko, la guerrera maternal), todas las cuales resultan ser más lúcidas y más fuertes que él en la prueba. Los esfuerzos organizados para reconstruir lo que se pueda (la comunidad de Lady Miyako) fracasan lamentablemente, el desafío final lanzado a la comunidad internacional por el «Nuevo imperio de Akira» se parece a un capricho de adolescentes y, en la última imagen, la reconstrucción del mundo no es más que un sueño.

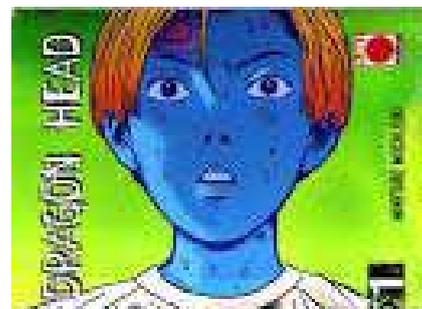


Es *Akira* la que abre el mercado francés al manga. Una de las razones tal vez sea accidental: *Akira* es la primera serie completa propuesta a los antiguos fans de *Goldorak* que se habían convertido en jóvenes adultos y tenían medios para comprar los 13 volúmenes que en la época alcanzaban la bonita suma de 1 274 francos. Pero, en un nivel más profundo, el fin de las ilusiones en *Akira* despertaba ecos profundos en la «generación Goldorak» en Francia. Nacida en la segunda mitad de los años 60, llegaba a la edad adulta en un contexto de desilusiones e incertidumbres. Las utopías estaban muertas: el sueño comunista se había hundido y la presidencia socialista de François Mitterrand (1981-1995), que había traído tantas esperanzas, había decepcionado a todos. Los treinta gloriosos no eran más que un

recuerdo y la mundialización empezaba a causar inquietud en Europa. La *intelligentsia* y los medios estaban encaprichados con la posmodernidad, que significaba el fin de las certidumbres. Un signo de los tiempos: *Pilote* — la última superviviente de la BD de los sesenta-ochenta, contestataria y utópica— cesó de publicarse definitivamente en 1989 en el mismo momento en que Glénat se preparaba para lanzar *Akira* en el mercado francés: los fans de la BD, los *baby-boomers* de los que *Pilote* había sido el emblema, dejaban el lugar a aquellos a quienes los medios habían bautizado la «generación ¡Bah!» (la generación desengañada). *Akira* le daba a esta generación el placer de reencontrar los recuerdos de *Goldorak* y correspondía bien a su estado de espíritu. En Japón el sentimiento de desilusión tenía raíces mucho más profundas y trágicas que el de la «generación ¡Bah!» francesa,³⁷ que desde varios puntos de vista podía parecer un bovarismo de niños mimados.

Pero a la desilusión le esperaba un gran porvenir en Occidente, sobre el fondo de la muerte de las utopías, de la multiplicación de las amenazas inéditas (ambientales, terroristas) y del reequilibrio general del poder a expensas de la vieja Europa. Su puesta en escena por el manga, además de los encantos del exotismo, ofrecía la inmensa ventaja, para los jóvenes adultos, de no ser ni pasatista ni desmoralizante —e incluso paradójicamente dinámica: *Akira* era un torbellino jadeante. Ôtomo disimuló el vacío de sentido y desarticuló la desesperanza mediante una acción de ritmo frenético, la multiplicación de los significados posibles (anti-militarismo, anti-americanismo, religiosidad humanitario-budista, etcétera), que no importa mucho que fueran falsas pistas desde el momento en que cumplieron su función ocupando por turno el espíritu del lector) y la invocación de un batiburrillo *New Age* que mezclaba en desorden una misteriosa otra dimensión, las incógnitas del ADN y un estadio superior que pudiera ser alcanzado por la humanidad. En ese sentido, cabría decir que el éxito de las diversas variantes del género posapocalíptico tal y como ha sido vehiculado por el manga en el mercado occidental no es el logro de una juventud que rechaza ceder a la desesperación, como en *Gen pies descalzos*, sino el de una juventud que quiere distraerse y está determinada a conciliar desilusión y dinamismo.

En el mercado francés, el género posapocalíptico irá —si así puede decirse— de mal en peor, con el éxito de series como *Mother Sarah*,³⁸ seguida de *Dragon Head*,³⁹ convertida en un guión por Ôtomo,* y luego *Dragon Head*,³⁹ *Larme ultime* [*Saikano*]⁴⁰ y *L'École emportée* [*The Drifting Classroom*].⁴¹ En la primera, el sueño mismo de la reconstrucción desaparece, y en las tres restantes, el absurdo del destino y la impotencia de los jóvenes héroes son totales: de ahora en adelante nadie sabe cuáles son las causas del Apocalipsis y es la muerte lo que les espera a todos los protagonistas. Pero el éxito de esas series en Francia no debe llevarnos a pensar que los fans del manga se han sumido en una desesperación sin fondo y que experimentan un placer masoquista en verla reflejada por su género favorito. Más bien es un signo de que se han convertido en aficionados en el sentido pleno del término —del mismo modo que se habla de aficionados a la pintura o a la música—, capaces de apreciar por sí mismos los diversos desarrollos de su género favorito.



* El autor se refiere a *The Legend of Mother Sarah*.

Escenarios para la juventud posindustrial del mundo (2): adiós a *Astroboy*

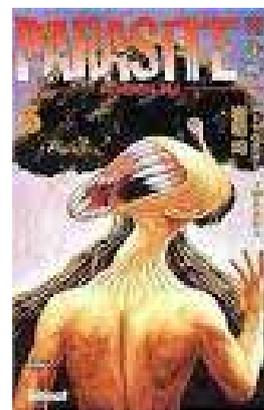
El Apocalipsis no es el único legado de Hiroshima a la memoria colectiva japonesa y, a través de ella, al manga. El fuego nuclear era el hijo de la Ciencia —una ciencia que los Estados Unidos habían dominado mejor que los japoneses y ante la cual todo su coraje había sido inútil. De ahí concluyeron que el único modo de reencontrar su lugar en el mundo era dominar también ellos la ciencia. En la posguerra la ciencia devendría objeto de un verdadero culto en Japón. Después del fracaso de los adultos en la guerra, el futuro estaba en las manos de jóvenes que construirían un porvenir radiante gracias a la ciencia.



Astroboy, de Osamu Tezuka, es la serie más emblemática de esa mentalidad, a la vez que la más célebre de toda la historia del manga.⁴² Nacido en 1952, el pequeño robot con corazón atómico es la encarnación misma de la «juventud científica» cuya misión era construir un mundo de justicia donde Japón ocupara un lugar prominente (Astro viaja a enmendar entuertos a los cuatro puntos cardinales del planeta, incluidos los Estados Unidos). Pero al cabo de medio siglo, el culto de la ciencia sufrió la misma suerte que la utopía de la reconstrucción posapocalíptica. Desde finales de los años 60, y antes que los países occidentales, Japón se enfrenta con dramáticos problemas de contaminación.⁴³ El propio Tezuka está desengañado cuando crea *Black Jack*, veinte años después de

Astroboy: su héroe, un cirujano sin igual, realiza milagros, pero la sociedad lo ha puesto fuera de la ley; puede salvar los cuerpos y a veces las almas, pero la mezquindad, la codicia y la maldad de los hombres sepultaron el porvenir radiante prometido a los jóvenes lectores de *Astroboy*. En los años 90, en el momento en que el manga parte a la conquista del mundo, la ciencia ha devenido mala y peligrosa. Series como *Inugami*⁴⁵ y *Parasite*⁴⁶ (revancha de fuerzas superiores contra la contaminación), *Eternal Sabbath*⁴⁷ (manipulaciones genéticas) o *Eden*⁴⁸ y *20th Century Boys*⁴⁹ (manipulación de virus mortales) describen ahora a la ciencia como la madre de todos los peligros, que amenaza a la humanidad con la muerte o la servidumbre. Esta temática, prácticamente ignorada por la BD francesa al igual que la de la desilusión posapocalíptica, cautiva hoy día a los lectores fuera de Japón. Medio siglo después de Hiroshima, mientras que la amenaza medioambiental y el calentamiento climático devienen temas mediáticos a escala planetaria, el problema de los perjuicios de la ciencia, que Japón había vivido de manera dramática antes que todos los demás países, se ha convertido en el problema de la Humanidad entera.

No obstante, como el posapocalíptico revisitado por Ôtomo, el manga «poscientífico» sabe tratar el tema dramático de la humanidad amenazada de extinción por la contaminación y una ciencia que ha enloquecido, sin caer en la desesperación. Así, en *Inugami*, la reacción de la naturaleza contra la contaminación desencadena un crecimiento explosivo y mortal de la vegetación que casi aniquila a los japoneses. Pero al fusionarse con el «árbol de la vida» que desencadenó el fenómeno, una pareja de adolescentes hace posible la aparición de seres capaces de vivir en el nuevo medio vegetal, que adquiere la apariencia de un edén. Del mismo modo, en *Parasite*, la superespecie caníbal enviada a la Tierra para castigar a la humanidad por haber contaminado el planeta termina por cruzarse con ella. Volvemos a encontrar aquí el batiburrillo ideológico *New Age* (paso de la humanidad hacia otra dimensión, existencia de humanos dotados de un ADN superior y entidades no humanas buenas o malas, el papel de la naturaleza en la eclosión de una nueva espiritualidad, etcétera) que Ôtomo convocaba en los últimos volúmenes de *Akira* para uso de los lectores con déficit de sentido. Poco importa que se trate o no de una simple figura de estilo. Lo esencial es que esta temática está en concordancia con el estado de espíritu de la juventud occidental de finales del siglo XX y comienzos del XXI, ávida de reencantar un mundo abandonado por las certezas de la razón y drenado del sentido con que lo irrigan los «Grandes relatos» utópicos de la modernidad.



Mejor que la BD o los cómics, el universo del manga ha sabido ponerse a tono con la época para responder a esta demanda de nuevo sentido —aun cuando sea estrafalario. En Japón, el pueblo premoderno de los *kami*, los *oni*, los *yokai* y los *yûrei*⁵⁰ fue respetado por los estragos del monoteísmo intolerante que lo diezmó en Occidente, y no fue denigrado sino tardíamente por la modernidad, en la que el archipiélago solo entró hacia mediados del siglo XIX. Por consiguiente, según la expresión de Anne Allison,⁵¹ el Japón contemporáneo ha conservado un

* *Kami*: deidades del shintoísmo. *Yôkai*: monstruos y seres sobrenaturales. *Oni*: son un tipo de *yôkai* del folklore japonés, traducidos como demonios, ogros o trolls. *Yûrei*: fantasmas. (N. del T.)

«inconsciente animista», que impregna particularmente el universo del manga y no necesitaba más que injertarse en las temáticas *New Age*, grandes consumidoras de entidades no humanas. También en este punto, por un viraje paradójico, las especificidades que distinguen más radicalmente a Japón de Occidente (ausencia de monoteísmo, retraso de la modernidad) son precisamente las que le otorgan un lugar de elección en la «nueva universalidad posmoderna» que le hace competencia hoy día a la racionalidad nacida de la Ilustración europea en el siglo XVII. En el manga, ninguna racionalidad se opone a que una pareja de alumnos japoneses de secundaria se fusione con un «árbol de la vida», que un pequeño campesino encuentre yokais en cada esquina de la calle,⁵² que los dioses de una aldea despierten para poner en fuga a los políticos corruptos y los gánsteres que querían contaminarla,⁵³ que un honrado viajero se encuentre en un pueblo donde todo el mundo (incluidas las mujeres decapitadas) se acuesta alegremente con todo el mundo,⁵⁴ y que las inteligencias artificiales se emancipen para vivir su propia vida.⁵⁵ Ese alegre desorden loco no bastará para reencantar el universo vaciado de sentido por el capitalismo posindustrial, pero al menos responde a una demanda latente. Última paradoja: eso hace del manga y de los imaginarios que se le asocian un producto cultural generador de considerables ganancias para dicho capitalismo posindustrial.

NOTAS

¹ Pronúnciese *animé*: películas japonesas de animación. (Esta acotación puede ser válida para la lengua francesa, pero para el oído castellano el vocablo suena más bien como *ánime*, con acento en la primera sílaba —*N. del T.*)

² A Osamu Tezuka (1928–1989), apodado *manga no kamisama* (el dios del manga), se le da crédito —a veces un poco abusivamente— por las principales innovaciones que, desde 1945, han hecho del manga lo que este es hoy día. La aparición de su **La nueva isla del tesoro** (*Shin Takarajima*, 1947) es considerada tradicionalmente como el acta de nacimiento del manga contemporáneo.

³ El más importante de los semanarios de manga. Destinado a los adolescentes, publicaba cerca de 6 millones de ejemplares en su momento de apogeo, a mediados de los años 90.

⁴ El primero en las familias católicas como la mía, el segundo en las familias comunistas.

⁵ *Seinen manga*: manga para los adultos jóvenes (ejemplo **Say Hello to Black Jack**, de Syuho Sato, éd. fr. Glénat, 13 vol.).

Salaryman manga o *shokugyo mono*: manga para los asalariados, sobre todo los cuellos blancos (ejemplo: **Shacho Shima Koseki**, de Kenshi Hirokane).

⁶ *Seiji manga*: manga político (ejemplo: **Sanctuary**, de Ryoichi Ikegami, éd. fr. Kabuto, 12 vol.). *Shakai manga*: manga que trata de los problemas de la sociedad (ejemplo: **Kiitchi !!**, de Hideki Arai, éd. fr. Delcourt, 8 vol.). Manga informativo: *Jôhō o kaisetsu manga* (ejemplo: **Los secretos de la economía japonesa en tiras cómicas**, de Shotaro Ishinomori, éd. fr. Albin Michel, 1989).

⁷ **Le Concombre masqué**: creado en 1965 por Mandryka. **Achille Talon**: creado en 1963 por Greg. **Les Aventures de Jodelle** (1966) y **Pravda la survireuse** (1968) de Guy Pellaert.

⁸ **Las flores del año 24** (el año 24 de la era Shōwa: 1947): Riyoko Ikeda, Yumiko Igarashi y Ryōko Yamagishi (nacidas en 1947), Moto Hagio (nacida en 1949) y Yumiko Oshima (nacida en 1950).

⁹ **La rosa de Versalles**, serie de Riyoko Ikeda, éd. fr. Kana, 3 vol., 2002–2005.

¹⁰ OL: abreviatura de *office ladies* (jóvenes empleadas de oficina).

¹¹ **Say Hello to Black Jack**, serie de Satō Shuho, éd. fr. Glénat, 13 vol., 2004–2006.

¹² Cifras: Anne Baron–Carvais, *la Bande dessinée*, Paris, PUF, coll. «Que sais-je ?», 1985, p. 108.

¹³ De Osamu Tezuka, en francés **Astroboy**. Difundido originalmente por la cadena privada Fuji TV y patrocinado por el gran fabricante de chocolate Meiji.

¹⁴ Una sola hasta 1969, luego dos, luego tres a partir de 1972. Habrá que esperar hasta 1984 para que aparezcan las cadenas privadas.

¹⁵ El primer manga traducido integralmente al francés. Serie posapocalíptica de Katsuhiro Ôtomo éd. fr. Glénat, 13 vol., 1989–1990 (numerosas reediciones).

¹⁶ «Imágenes dramáticas»: historietas destinadas a los adultos, cuyo apogeo tuvo lugar entre 1950 y 1970.

¹⁷ Mari Okazaki, Moyoco Anno, Erica Sakurazawa, Yayoi Ogawa, Kiriko Nananan, Yamaji Ebine, Q–ta Minami

¹⁸ Jean-Marie Bouissou, **Pourquoi nous aimons le manga. Une approche économique du nouveau soft power japonais**, *Cités* n° 27, juillet 2006, pp. 71–84 ; **Japan's growing cultural power. The case of manga in France**, en Jaqueline Berndt (ed.), **Reading Manga from Multiple Perspectives**, Leipzig, Leipzig Universitätverlag, 2006.

¹⁹ Nicholas Bornoff, **Pink Samurai. An Erotic Exploration of Japanese Society**, Londres, Grafton Books, 1991. Joan Sinclair, **Pink Box**, Paris, La Martinière, 2006

²⁰ Hasta los años 60 los japoneses tenían la costumbre de quedarse en ropa interior hasta en los trenes para escapar a la cargada atmósfera del verano. La embriaguez pública no es objeto de la misma reprobación pública que en Occidente, y los pedos y eructos todavía hacen reír en la televisión.

²¹ Sobre este punto, véase Ian Buruma, **A Japanese Mirror. Heroes and Villains of Japanese Culture**, Hardmondsworth, Penguin Books, 1984.

²² Así ocurrió especialmente con Yasuhiro Nakasone (1982–1987), Ryutaro Hashimoto (1996–1998) y Junichiro Koizumi (2001–2005), todos por lo demás con reputación de «hombres fuertes».

- ²³ *Titeuf*, serie de Zep, Glénat, 11 vols., en publicación desde 1993.
- ²⁴ *Dragon Ball*, serie de Akira Toriyama, ed. fr. Glénat, 42 vol., 1993–2000.
- ²⁵ Bernard Joubert, *Dictionnaire des livres et journaux interdits de 1949 à nos jours*, Paris, Cercle de la librairie, 2007.
- ²⁶ PTA (*Parents–Teachers Associations*) pues fueron constituidas durante la ocupación norteamericana.
- ²⁷ Cartas-respuesta insertadas en los semanarios que permiten a los lectores clasificar las series según el orden de preferencia.
- ²⁸ *Great Teacher Onizuka*, serie de Toru Fujisawa, ed. fr. Pika, 25 vols.
- ²⁹ Sharon Kinsella, *Adult Manga. Culture and Power in Contemporary Japanese Society*, Richmond, Curzon Press, 2001.
- ³⁰ J.-M. Bouissou, *Quand les sumos apprennent à danser. La fin du modèle japonais*, Paris, Fayard, 2003, pp. 405–406.
- ³¹ Saya Shiraishi, *Doraemon goes to Asia* en Takashi Shiraishi y Peter Katzenstein (eds), *Network Power. Japan and Asia*, Ithaca (NY), Cornell University Press, 1997.
- ³² En japonés, *Hadashi no Gen (Gen el descalzo. [N. del T.]*), ed. fr. Vertige Graphic, 10 vols. (2003–2007).
- ³³ En los años 80 la tentativa del grupo pacifista norteamericano Project Gen, cuyos voluntarios tradujeron la serie de Nakazawa, abortó después de la publicación de dos volúmenes. Las tentativas llevadas a cabo en Francia por Les Humanoïdes associés (1983) y en Gran Bretaña por Penguin Books (1989) no tuvieron éxito. La traducción finalmente fue llevada a cabo por Vertige Graphic, 10 tt., 2003–2007.
- ³⁴ Nombre del autor de *Akira*.
- ³⁵ Si los miembros franceses de la generación del 68 pueden estimar que aportaron cambios decisivos e inmediatos a la sociedad, el movimiento japonés, aunque mucho más violento y prolongado, casi no cambió nada en el *statu quo*, al menos a corto plazo.
- ³⁶ *Akira*, de Katsuhiro Ôtomo, ed. fr. Glénat. Numerosas ediciones desde 1990; la primera contaba con 13 volúmenes.
- ³⁷ Lo que explica que haya engendrado el fenómeno *otaku*, que por momentos ha adoptado el aspecto de una verdadera patología antes de que la «generación *otaku*» se reconciliara con el mundo a la vuelta del siglo XXI.
- ³⁸ *Mother Sarah*, dibujo de Takumi Nagayasu, ed. fr. Delcourt, 11 vol., 1996–2006.
- ³⁹ *Dragon Head*, serie de Minetaro Mochizuki, ed. fr. Media Système, 9 vol., 1999–2001.
- ⁴⁰ *Larme ultime*, serie de Shin Takahashi, ed. fr. Delcourt, 7 vol., 2003–2004.
- ⁴¹ *L'École emportée*, serie de Kasuo Umezu, ed. fr. Glénat, 6 vol., 2004–2005.
- ⁴² Es lo que se desprende de los conteos efectuados por el autor en 2001–2002 a partir de 16 obras universitarias (enciclopedia, análisis) japoneses, franceses y estadounidenses sobre el manga. *Astroboy* es la serie citada más frecuentemente.
- ⁴³ El caso del envenenamiento por mercurio en la bahía de Minamata fue el que recibió más atención mediática en Occidente, pero no fue el único. Para los detalles, véase J.-M. Bouissou (bajo la dir. de), *Le Japon contemporain*, Paris, Fayard, 2007, pp. 245–246.
- ⁴⁴ Osamu Tezuka, *Black Jack*, ed. fr. Glénat, después Asuka, 17 vol.
- ⁴⁵ *Inugami*, serie de Masaya Hokazone, ed. fr. Delcourt, 14 vol., 2002–2004.
- ⁴⁶ *Parasite*, serie de Itoshi Iwaaki, ed. fr. Glénat, 10 vol., 2002–2004.
- ⁴⁷ *Eternal Sabbath*, serie de Fuyumi Soryo, ed. fr. Glénat, 8 vol., 2004–2005.
- ⁴⁸ Eden, serie de Hiroki Endo, ed. fr. Panini Comics, 15 vol., en publicación desde 2001.
- ⁴⁹ *20th Century Boys*, serie de Naoki Urasawa, ed. fr. Panini Comics, 22 vol., en publicación desde 2002.
- ⁵⁰ Espíritus divinos, demonios, monstruos y fantasmas. Véase: Shigeru Mizuki, *Yokai. Dictionnaire des monstres japonais*, Boulogne–Billancourt, Pika, 2007.
- ⁵¹ Anne Allison, *Millennial Monsters. Japanese Toys and the Global Imagination*, Berkeley, University of California Press, 2006.
- ⁵² Shigeru Mizuki, *NonNonBâ*, Éd. Cornélius, 2007.
- ⁵³ Jinpachi Mori y Kanji Yoshikai, *Tajirakao, l'esprit de mon village*, Delcourt, 4 vol., 2002–2003.
- ⁵⁴ Yoji Fukuyama, *Voyage à Uroshima*, Sakka, 1 vol., 2007.
- ⁵⁵ Shirow Masamune, *Ghost in the Shell*, Glénat, con varias ediciones desde 1996.



JEAN-MARIE BOUISSOU (1950). Profesor e investigador francés. En 1975 fue enviado por el ejército a Japón, como voluntario del servicio nacional activo. Se suponía que debía permanecer allí 24 meses, «en un país —según sus propias palabras— del cual lo ignoraba todo y cuyo inmovilismo conservador miraba con recelo», pero terminó quedándose quince años, al tiempo que «la desconfianza devenía perplejidad y la perplejidad interrogación». Trabajó como profesor en diversas universidades japonesas, entre ellas la de Tokio. Desde 1990 imparte clases y realiza investigaciones en la Fondation Nationale de Sciences Politiques. Especialista en el Japón contemporáneo, es miembro fundador de la Asociación franco-japonesa de ciencias políticas y fundador de la Manga Network. Fruto de su interés por el manga y el papel de la cultura japonesa en la globalización es su

libro **Manga. Historia y universo de la historieta japonesa** (2010)



Anna Chomenko

(**Hanna González Chomenko**) es el nombre artístico de Ania González González, nacida en La Habana, el 29 de marzo del 1973. Se graduó en 1988 de la Escuela Elemental de Artes Plásticas **20 de Octubre** y en 1992 de Academia de Bellas Artes **San Alejandro**. Luego, del 2007 al 2012 cursa la carrera de Licenciatura en Estudios Socioculturales, en la Facultad de

Artes y Letras de la Universidad de La Habana. Su primera exposición colectiva data de 1989, junto a otros alumnos en la Galería San Alejandro. Su primera exposición personal conforma la Tesis de grado, en la misma galería, en 1992. Ilustraciones suyas han sido publicadas por: **Banco de Ideas, Z, La Gaceta, La Revista del Libro y Revolución y Cultura**. Se han publicados una veintena de libros de distintos géneros, con cubiertas e ilustraciones interiores realizadas por la artista, para adultos y niños de diversas edades editados por las editoriales Letras Cubanas y Abril. Fue una de las ilustradoras principales de la antología de ciencia ficción **Tiempo Cero**.

Participó como diseñadora y realizadora en la Feria Internacional de La Habana FiHav'96. Ha escrito artículos críticos para la revista de la editorial **El Mar y La Montaña** de Guantánamo, la revista **Revolución y Cultura, El Caimán Barbudo** y las publicaciones electrónicas cubanas **La Jiribilla y Esquife**. Miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) y miembro de la Unión de Periodistas y Escritores de Cuba (UPEC). Obras suyas se encuentran en países como: Francia, Canadá, Suiza, España, Portugal, Polonia, E.U.A., Uruguay, México, Alemania, Puerto Rico. Colección Latin American Fine Art de Meredith-Kelly Galery, Colección Art America, Panamá. Sus últimas exposiciones en el 2012 fueron la Exposición Personal **El otro tigre**, galería Sede de la revista Bohemia, la Expo Colectiva **Crucigrama**, en la Galería Belkís Ayón, de la Escuela de Arte José A. Díaz Peláez, la Expo Personal **Sombra de ángeles**, Galería Fayad Jamís, Habana del Este, y en el 2013 participó en la Expo Colectiva **Mujeres Artistas**, en la Galería Cara y Cabezas, de San Francisco, California, E.E.U.U. Recibió en 2007 el Primer Premio de Ilustración de la Casa Editora Tablas-Alarcos, y en 2011 el Premio **La Konfronta**, a la mejor ilustración, por la Casa Editora Abril.



Ilustraciones de Hanna Chomenko para la antología de CF **Tiempo cero** y la revista **Juventud Técnica**



Aliento místico



Avisora de los afectos



Hija de las márgenes



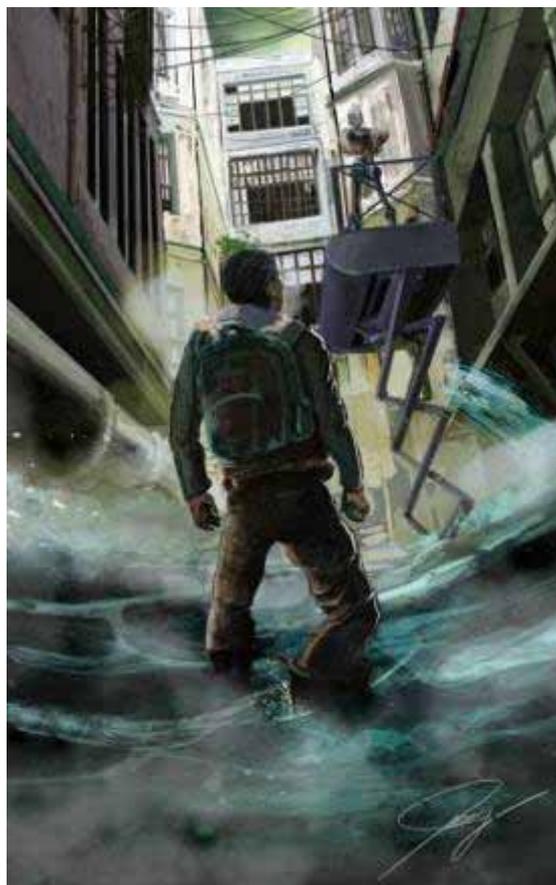
Melodía virginal



Anima Mundi místico

Ascensión

José Luis Carrasco



A través de pozas enfangadas, lisas como platos negros. A través de callejas oscuras, remando al límite de la extenuación. A través de electrodomésticos abollados a la deriva, y de cochambrosas piezas de mobiliario urbano. A tientas con un remo por los céntricos canales de Kafka-por-la-mañana. La humedad poseía sus botas, verdinegra, corrosiva como una peste, en el lodazal espeso, en el agua sucia, la llovizna química y el brote rebelde en el suelo entablado. Los edificios, tiesos y en despliegue diametral como reproducciones bronceínas de la torre de Pisa. A través de plazas de poco fondo, de avenidas de mayor calado, en cuyo pavimento se quebraban socavones de final incierto. Sorteando señales a punto de caer y semáforos abiertos por la mitad, sus cables al aire, guirnaldas inanimadas en el viento. A la caza con el arpón y el bate de béisbol sustraídos de una tienda de deportes abandonada. Durmiendo en sótanos a los que entraba desde portales anegados de fácil acceso, siempre atento a la intemperie y a las ratas hambrientas que se pudieran deslizar desde el entresuelo, atraídas por el olor de la carne fresca o la tostada caliente. Y al día siguiente despertar con la misión de ocupar el estómago y el tiempo, y con el reptar de hongos por las paredes, y las goteras, y las lluvias, y las riadas, y el chapoteo de los remos en el agua.

A la plaza, definida en forma de elipse por cuatro torres simétricas que tapaban las nubes, la diseccionaban cuatro largas avenidas, desconocidas para él. Demasiado lejos ya de los suburbios cartografiados, por cuyas líneas perfectas nunca avistó el coche de lujo a la mula de carga. Sacó la tableta y desplegó un mapa, y donde un poliedro rosado parpadeaba y saltaba arriba y abajo, identificó las cuatro formas. Tocó en cada una de las calles, y en paralelo a su trayectoria se abrieron pequeñas cajas de texto vacías. Ya nunca mostraban palabras. A falta de responsables, él, suscrito a perpetuidad al servicio, había tenido la suerte de estar solo también en esto. Señaló cada una a medida que escribía en las cajas, y enumeraba en voz alta.

—Gogol-Oeste, Bulgakov-Norte, Gogol-Este, Bulgakov-Sur.

Arrió la pequeña caja fuerte de vuelta al bote y enredó en torno a ella el cable metálico que la sujetaba. Se reclinó en la quilla y dejó reposar al corazón y a sus dedos agrietados. Una gaviota perdida de plumaje señorial cruzó solitaria entre

los cuatro edificios y al hallar sus terrazas desprovistas de alimento y tías como carámbanos, prosiguió el vuelo. Muy lejos para alcanzarla con la honda, aquella vez. Como el bote no se afianzaba en el suelo con ningún peso, había virado a su antojo hasta arribar a la fuente central de la plaza, un amorfa secuencia mitológica de rito inescrutable y arramblada. De ella no salían más que costras de óxido cuyos regueros secos borboteaban desde las bocas de los tubos del conjunto estatuario. Sus bordes de piedra detuvieron la embarcación. Vio la superficie a través de unas gafas sucias de lentes rayadas y varillas torcidas. Pocas veces asomaba entre la turbiedad un lucio de ojos de verdes y negros concéntricos o las branquias de una trucha perdida, acechando el légamo en la acera. Al final de Bulgakov-Norte atisbó una construcción ebúrnea y recta como un terrón de azúcar, sostenida sin ayuda en un solar inundado hasta el primer piso. Entre los vericuetos azules del horizonte desfilaban nubes de lluvia, aguijadas por un enjambre eléctrico de rayos.

Chasqueó los dedos. El macizo metálico de proa se estremeció y sus formas rectangulares se deslizaron entre sí, y de sus piñones desgastados brotaron lagunillas de aceite por las juntas. Dos gotas color miel asomaron en unas ampollas cristalinas en el borde superior.

La compacta carcasa emitió un ronroneo mecánico y de su masa principal emergieron cuatro placas de superficie chata, de las que a su vez surgieron otras cuatro, dos de plano serrado, dos de apéndices con terminaciones sensibles y ranuras de conectores universales. Las dos inferiores se desplegaron hasta el suelo de madera y las superiores aletearon sobre su cuerpo. Una esbelta imagen antropomorfa de cabeza cilíndrica que rotaba trescientos sesenta grados con ojos de ciervo curioso.

—Chejov-con-bisturí, acción «remar», sentido norte, por favor.

A su voz, Chejov-con-bisturí asió los remos y braceó, primero sólo con el izquierdo para rotar la embarcación, después con ambos. El bote navegó sereno hacia la torre. A sus pies, Aurelio-en-paz mordisqueaba distraído una bellota.

Una bóveda de árboles a medio caer sombreaba la avenida. Telarañas de cables de la luz y señales de tráfico los abrazaban, trémulos, como si temieran precipitarse al abismo. Juguetes podridos de una tienda devastada flotaban hacia ellos. No llovía, pero el viento trajo un frío horrible que hurgó bajo sus ropas y empujó a Aurelio-en-paz a cobijarse entre sus piernas, en busca del calor de los raídos pantalones de raya diplomática. Rascó detrás de sus orejas y éste se dejó hacer con una inclinación de cabeza. Luego recuperó su bellota, que devolvió a sus dientes. Tres tímidos en la chalupa se fabricaban la suerte.

Las tormentas no habían dañado la construcción, que señalaba acusadora al cielo negro como el dedo de un dios. En ninguno de sus pisos se adivinaban luces artificiales. El camino, antiguamente un majestuoso bulevar, estaba jalonado de comercios de alimentación con letreros en diferentes idiomas. Todos ellos saqueados hasta las últimas existencias. La seguridad en los negocios pequeños era la definición de lo humilde: alarmas y candados que ya no frenaban a nadie. No restaban ni los cascotes de las bombillas ni las cajas de cartón en las que refulgieron vivos colores de frutas y verduras. Para qué inspeccionarlas: saltaba a la vista que los últimos refugiados habían devorado hasta los restos de los cubos de basura y las verdes hojas de los árboles combados a la carretera. A veces los rezagados del éxodo improvisaban barricadas con lo que tuvieran a mano y esperaban a uno más próspero y, con fortuna, indefenso. Acarició el bate, aunque en realidad los pocos con los que se topaba iban como en sueños, ajenos a la compañía. El grueso de la marabunta había huido antes de que él saliera de casa.

Chejov-con-bisturí se impulsaba tenazmente. No convenía utilizarle en exceso. Las baterías duraban sólo unas horas. Recargarlas, bastante más. La torre dejó de ser una figura ominosa de telón de las calles. De cerca su estructura ofrecía más de una ventana rota, y por su fachada subía una plataforma elevadora de tijera dorada como el candelabro de una iglesia. La cabina del operario permanecía sobre el nivel del mar, intacta salvo por unos desconchones en su armazón. Pidió a Chejov-con-bisturí detenerse junto a ella. Desde el asiento parecía en orden; las llaves en el contacto. Giró el manillar y el motor de combustión lanzó petardos de humo que burbujearon a su espalda e hicieron gemir a Aurelio-en-paz.

Volvió a encender al droide para que cargara con el perro en brazos hasta la plataforma. Luego pulsó el botón de ascenso. Los anillos de las articulaciones crujieron y se destensaron hasta alzarse con torpe lentitud. Saltó de la cabina, por encima de la baja portezuela. En dos zancadas bajó al suelo. Droide y perro ganaron la plataforma antes que él. El agua de la calle cubría hasta las rodillas. La plataforma funcionaba muy despacio. Salvó la distancia, se encaramó de pies y manos en las articulaciones de tijera y agarró la barandilla a cuatro metros de altura. Vio a Chejov-con-bisturí y Aurelio-en-paz petrificarse en una esquina del elevador. Notó sus piernas colgar en el vacío. El zarpazo del viento se sentía ahora con claridad, sin los obstáculos de los edificios pequeños, y vapuleaba la plataforma como el sonajero de

un niño. La ropa húmeda, adherida como una segunda piel, le hizo temblar. Con un impulso movió el brazo al otro lado de la barandilla y se dio de bruces en la plataforma.

Abajo, la ciudad pintaba un damero de cuadros irregulares, resplandecientes unos y de puro barro los contrarios. El gran incendio de llamas púrpuras que corroyó su casa no se intuía aún. Forzó la vista más allá de las barriadas de casas apiñadas que inauguraban las afueras, en el límite de la zona de negocios de Bulgakov-Sur. Lo señaló con el dedo, y luego bendijo con su mano las calles de los suburbios desde los que avistó por primera vez el tornado. Con dedo índice y corazón abocetó en el aire el signo de la cruz.

—Turgueniev-entre-llamas.

Se volvió a los suyos. El cambio brusco de planos emborronó los objetos más próximos. Demasiadas horas robadas al sueño en pro del viaje. Se quitó las gafas y frotó sus párpados, pero al abrirlos nada estaba enfocado. Trató de ajustar sus gafas, de recomponer su postura, de permanecer erguido, pero sus manos fallaban. Mirar hacia abajo sólo le produjo una sensación de que el suelo le invitaba. El viento, un grito a sus oídos, hacía sus mejillas arder. Cabeceó sin poder mantener el equilibrio, y tuvo que palpar el suelo metálico hasta sentarse. Se agarró el pecho, clavadas las uñas en el abrigo: estaba boqueando como un pez fuera del mar. Una angina de pecho, comprendió. La consciencia se le iba, y por momentos creyó distinguir cuatro ángeles que impulsaban la plataforma, pausadamente, hasta el cielo.

El pobre Aurelio-en-paz, incapaz de entender el vértigo, se rebulló nervioso en brazos del droide. Su pelaje ralo y húmedo lanzaba destellos de oro. Chejov-con-bisturí observaba enmudecido y aferraba con fuerza al perro. Estaba pendiente de un posible comando, si no, hubiera vuelto a su posición inicial.

Se tumbó y contra unos celajes de plomo vio la bonita circunferencia de la luna. Sus manchas grises eran visibles y giraban para él como hélices de un buque. Se concentró en contar las espirales en voz alta, sin hacer caso de las palpitations sofocantes que bloqueaban su garganta. Cada respiración comprimía sus pulmones, como si la pleura fuera un mecanismo hidráulico que los aplastara. Temió que se fuera a morir. Inconscientemente, tarareó una nana que le cantaban cuando aún dormía en su cuna. Le fascinaba recordar la canción palabra por palabra. Guardaba incluso las sensaciones cálidas de la blusa fina de su madre, de la cerveza fría del padre, del sonido de los discos en el salón. Articular memoria y muerte le producía náuseas con el sabor de la última cena. Pensó que iba a ahogarse en su vómito, y que sería milagroso que antes fallara el corazón. Entonces el aparato se detuvo con lo que les pareció un seco hachazo de inercia y los ocupantes se estremecieron como animales recién nacidos.

Sus labios sabían a sangre y el horizonte aún giraba. Aurelio-en-paz le miraba desconsolado. Se reclinó sobre la barandilla de la plataforma. La calma le frenaba el pecho. Tosió algo negro que recogió en sus manos. Se atrevió a mirar allende las barras metálicas. Veinte pisos. Ya no se movían, y la terraza del edificio quedaba a su nivel. La idea de incorporarse aún era tremenda y su corazón amenazó con sacudirse. Aferró la barandilla y se levantó con cuidado. Chejov-con-bisturí se incorporó y a una señal suya dejó a Aurelio-en-paz en tierra firme. Luego regresó para servirle de apoyo.

Aterrizó en la explanada. Sus pies tocaron tierra, la recorrieron con la vista de izquierda a derecha. Un agujonazo se clavó en su muslo derecho y serpenteó hasta las clavículas, trayendo sorpresa y dolor. De su pierna manaron varios hilos de sangre como serpentina roja. Un calambrazo espantoso le avasalló, y tumbado en la grava descascarillada vio pasar tres fognazos sucesivos de color verde selvático, a pocos centímetros del vientre.

—¡Chejov-con-bisturí, acción «ofensiva y réplica»!

Sonaron los habituales mecanismos, fluidos como un batir de alas, y tres nuevas detonaciones. Gruñó blasfemias que no lanzaría ni en su peor borrachera. Giró sobre sí mismo. Al final de la terraza, frente a él, un mecanismo blanco en forma de cubo se mantenía en un esbelto trípode. Del centro del aparato torpedeaban los rayos. Aurelio-en-paz sollozaba sin consuelo. Le pareció que no sufría heridas.

Otra andanada de disparos entre una espesa humareda, sofocados por el cuerpo de Chejov-con-bisturí. El forcejeo los derribó. El sensor se disponía a otra ráfaga, pero el droide plantó un puñetazo en el centro de la máquina, hundiéndola hasta atravesarla, y esta sólo emitió un pitido quejumbroso. Todo había terminado yapestaba a aceite viejo.

Su cadera era un desastroso conjunto de ropas negras, carne quemada y sangre. Dondequiera que anduviese, un reguero granate iba detrás, manchando el suelo. El androide apareció de la neblina con un anillo de metal chamuscado en su pecho y dispuesto a ayudarlo. Siempre con la ayuda del droide, caminó hasta encontrar un sillón polvoriento, mancillado por la humedad y los animales, en el que pudo sentarse. El lado derecho del asiento chupó su sangre como una esponja, el tono beis se fue ennegreciendo. Chejov-con-bisutí, a sus órdenes, limpió la herida, cortó la tela de los pantalones y aplicó un líquido cicatrizante. Luego deambuló por la azotea. Volvió para ofrecerle una barra metálica

que había arrancado de un tendedero. Él la puso a su lado y sonrió.

Por la cordillera el sol se fue apagando. El gran incendio eterno recuperó sus matices, más vivos con su aureola blanquecina. Reconoció los sitios donde las tormentas sin ojo habían levantado cada lugar de los cimientos. Los cortes de luz en la mayoría de bloques concedieron el señorío a las tinieblas. Tomó la barra. Le ató una zapatilla perdida con cuerda de atar la ropa y una camiseta para cubrirla. Aplaudió ante su muleta improvisada. Se hacía de noche. Antes jugaba a revisar cada puerta de la muralla. Toc, toc. Llamaban las mareas y las inundaciones, las ráfagas salvajes de viento y de tiempo, las llamas y los pobres que nacieron después de que la muralla fuera erigida y no cupiera un alma en la ciudad original. Los que tuvieron mala suerte y peor asistencia. Llamaban, pero nadie respondió. El crepúsculo lo colmó todo y se fue a dormir. Chejov-con-bisturí quedó en pie frente a la oscuridad. Aurelio-en-paz se acurrucó junto a él en busca de algo de calor. Respondió con un largo abrazo que duró lo que dura la noche.

La pierna se curaba despacio. No mostraba señales de infección. A falta de órdenes que lo contradijeran, Chejov-con-bisturí revisaba la herida y cambiaba el vendaje cada doce horas. El resto del tiempo permanecía apagado. Los dientes sólo le permitían comer frutas blandas. Cuando las provisiones se acabaron, cogió la muleta y marchó escaleras abajo. Halló los pisos superiores deshabitados, pero en buen estado. Muchos lucían pancartas de socorro en sus ventanas, escritos con rotuladores sobre gruesos cartones que tapaban la luz del sol en las habitaciones. Algunos parecían haber sido abandonados hacía pocas horas y a la carrera. Quedaban tazas de café en muebles de cocina y maletas abiertas sobre las camas. La comida estaba toda podrida, aunque descubrió una alacena llena de comida en lata. Utilizó una sábana para guardar en un hatillo cuanto pudo cargar.

En un segundo viaje se procuró un bastón y un teléfono móvil estropeado. Habilitó el descansillo que antecedió a la azotea con una cama, una mesa de noche, un par de libros y un pequeño botiquín con gasas, esparadrapo, tijeras y un puñado de medicamentos básicos. Guardó los restos del disparador vigilante en una bolsa de deporte que, orgulloso, colgó de una pared.

Salió fuera a respirar el aire de la aurora. Le gustó ver un bosque de belleza imperial muy a lo lejos, engrandecido por las lluvias. Observó las rutilantes carreteras que le guiaron a los despachos y fiestas de su vida. Los absolvió uno a uno con el gesto del que agita la bandera ante la llegada a la meta de los corredores victoriosos. Una vez libres de pecado los abarcó con la palma de la mano abierta, barrió todos sus males y bautizó a la ciudad.

—Tolstoi-1.

Colocó el sillón raído en el centro exacto de la terraza y se sentó a contemplar el horizonte. Ningún edificio competía con el suyo. Aurelio-en-paz bebía agua de un cuenco, a su diestra. Chejov-con-bisturí flexionaba sus extremidades para situarse cara a cara. Sacó el teléfono del bolsillo de su bata. Presionó el botón del lateral superior. La pantalla titiló por un segundo de azules y blancos, luego volvió al negro. Volvió a pulsar y no pasó nada. Lo masajeó con los pulgares, dulcemente, se lo acercó al corazón y bajo la nariz, para insuflarle su respiración. Lo agitó como hacían los elementos con la plataforma elevadora. El teléfono volvió a su bolsillo. Chasqueó los dedos. El sirviente mecánico se puso en pie con un trino.

—Chejov-con-bisturí, acción: «almacenar» y «protocolo», procedimiento: a todo superviviente que traiga tecnología que aún funcione le será concedido un deseo. Acción: «radiar mensaje de procedimiento» en onda larga, firmado: el magnánimo rey de Tolstoi-1.

Las gotas de miel se congelaron. Las cubrió un sol ambarino que parecía el continente mayor del que se habían escapado y que ahora se derramaba sobre ellas para asimilarlas de nuevo. Amanecía por segunda vez en la mañana. Las nubes, delgadas y negras como teclas de piano se dispersaban por el mazazo del viento. Tanteó bajo capas de ropa. En su camisa aún conservaba, a salvo del agua, la fotografía en papel. Volvió a mirarla como no dejaba de hacer a diario. Unos ojos de caramelo que entrañaban como definiciones de diccionario lo más admirable, lo más notorio y gentil de sus últimos cuarenta años, y, esperaba, de los siguientes también. Sus dedos sostenían el papel sin rozar la silueta bondadosa.

—María, mírame. María, soy el dueño de todo.



José Luis Carrasco (Madrid, 1980) ha publicado en revistas genéricas o de género fantástico de España (Futuroscopias, Sci-Fdi, La bolsa de pipas), Argentina (NM) e Inglaterra (Schlock!). Resultó ganador del certamen de relatos de las bibliotecas públicas de Madrid en 2009, y finalista en 2013 del I premio Micromegas de libro de cuentos de ciencia ficción, entre otros. Desde 2011 mantiene un blog de literatura, **El bosque de Boole**.

Sección humor

KASSAYE

Eduardo del Llano



Había llegado un nuevo cargamento de niños africanos, cosa de trescientos unidades, y desde una semana antes más de mil personas estaban en lista para conseguirlos. Mi esposa y yo hacíamos el trescientos cincuenta, lo que significaba un montón de posibilidades. Mucha gente —en fin, quizás no *mucha* gente, pero algunos— fallaban en presentarse el día de la entrega, porque se arrepentían o tenían un accidente o los atrapaba un embotellamiento, o lo que fuera. Claro que un número como el nuestro no implicaba ninguna garantía, podría ocurrir que aún llevándonos un niño a casa fuera un niño retrasado, o sin un brazo, o simplemente feo. Pero teníamos el trescientos cincuenta, y nos consolaba saber que por detrás de nosotros quedaba mucha gente que iba a joderse.

No hubo suerte. El trescientos veintiocho se llevó el último niño, y se trataba de una criatura que sólo iba a ser feliz en Halloween.

En el parqueo vimos a Rodríguez. Dijo haber hecho el novecientos catorce. Ana le preguntó si no le apetecía venir a casa a tomar algo. La miré con rabia, pero ya estaba dicho, y Rodríguez aceptó encantado.

Ana ha instaurado un sistema según el cual cada semana comemos alguna clase de comida étnica. Ella decide cuál, yo no tengo voto, una vez que traté de rebelarme y comer en la calle encontré a la vuelta que había cambiado la cerradura. No pretende que dicho sistema resulte más sano, ni más económico, ni una manera de acercarse a culturas diferentes; según ella, así introduce un elemento de suspense en nuestras vidas. En eso, desde luego, tiene toda la razón.

Rodríguez trabajó conmigo un tiempo. No es un mal tipo, pero tiene la costumbre de mover la cabeza en negación cuando le hablas, no importa lo que digas.

—Me encanta la comida malgache —dijo, metiéndose en la boca una especie de taco del que sobresalían cosas no del todo muertas— la felicito, señora. Mi mujer siempre fue una pésima cocinera.

Ana murmuró algo ininteligible y me miró de reojo. Probé algo de otro plato, algo que debía ser un dulce. No lo era.

—La familia es una bendición —continuó Rodríguez—, es lo que digo siempre. Pero a esa puta no le entraba en la cabeza.

Ana y Rodríguez siguieron con el tema familiar hasta que, a la altura del café, él preguntó si nunca tuvimos niños.

—Nunca —dijo Ana—, yo estuve embullada un par de veces, pero mi marido le daba largas, hasta que la semana pasada le dije: «¿a qué esperas? ¿No ves que nos estamos poniendo viejos?». Aún así le tomó un par de días decidirse. De reservar en ese momento, hoy no habríamos regresado con las manos vacías.

—Nosotros tuvimos uno —evocó Rodríguez— buen muchacho. Asiático, de uno de esos países chinos, nunca me acuerdo. Si quiere mi opinión, un niño siempre hace falta en una casa. La puta de mi mujer se lo llevó, y creyó que dejándome el ordenador y el coche lo compensaba. Es un ordenador *muy* viejo.

Tocaron a la puerta.

—No esperamos a nadie —dijo Ana—, será un vendedor. Despáchalo, Nick.

Me alegré de tener una oportunidad de alejarme del café, y sobre todo de las pastas con que mi mujer lo acompañaba. Abrí. Dos personas estaban en el umbral: un tipo con una corbata horrenda, y el último niño del lote de la mañana. Al

hombre no lo reconocí, durante la repartición solo vi al trescientos veintiocho de lejos y de espaldas, mas podía estar seguro de que se trataba del mismo niño: era una criatura difícil de olvidar.

—Buenas noches —dijo el hombre— mi nombre es Bolaños. Entiendo que está interesado en algo como esto —y le acarició el cráneo a su diminuto acompañante.

—¿Y qué? —pregunté con cautela.

—¿Puedo pasar?

El niño, que tendría unos tres años, dijo algo en un idioma inextricable. Me hice a un lado para que entraran.

Rodríguez y Ana miraron con curiosidad a los recién llegados. Bolaños, sin ser invitado a hacerlo, se sentó en un sillón y tomó una pasta del servicio de café. Luego profirió un mugido aprobatorio.

—Excelente —insistió—, unas pastas como estas sólo las he comido en Madagascar.

Ana lo miró embobada. El niño, por su parte, nos seguía con la vista, a mi mujer y a mí, y sonreía. O quizás le dolía algo.

—La persona que hace unas pocas horas se llevó a esta adorable criatura —continuó Bolaños— cambió de idea más tarde, y me encomendó que entregara al chico a una familia interesada...

—¿Cómo llegó hasta nosotros?

—Empecé a preguntar, y una cosa llevó a la otra...

—En esencia —interrumpí, porque estaba harto de que me tomaran por imbécil, en mi propia casa y delante de Rodríguez—, usted y su amigo, el honorable trescientos veintiocho, se dedican a revender niños. Y ni siquiera los mejores del lote.

—Nick, por favor —dijo Ana, y añadió en francés— *l'enfant t'écoute...*

—No creo que el chico entienda una palabra —gruñí— en cambio, es posible que el francés sea su lengua materna.

—Yo estoy interesado —dijo Rodríguez, que llevaba un rato moviendo la cabeza—. Si ustedes no se lo quedan, me lo llevo.

—Nos lo quedamos —dijo Ana. Empecé a articular una protesta, pero mi mujer me miró de reojo. Si lo pienso bien, sólo en muy contadas ocasiones Ana me mira de frente.

—Es un chico sano —ponderó Bolaños— tengo el ticket de adquisición, naturalmente. La madre...

—Ahórrenos los detalles sórdidos. ¿Cuánto?

Bolaños dijo una cifra. Resoplé con furia.

—Eso es un robo. Tres veces el precio estándar. Y encima, por un niño más feo que su corbata.

—Nick —dijo Ana—, la criatura viene de un medio hostil, ha sufrido mucho, está subalimentada. Con amor y una buena dieta se pondrá saludable y bello.

—Saludable, pase. Bello... tendríamos que vender la casa para pagarle al cirujano plástico.

Entonces el niño rompió a llorar. Todos nos quedamos congelados, excepto el mercader, que terminó su cuarta pasta y encima se chupó los dedos.

—¿Qué... qué pasa? —preguntó Ana, aterrada— ¿qué se hace en estos casos?

—¿Es normal que llore? —este era yo, mirando alternativamente a Bolaños y Rodríguez— ¿no será un niño defectuoso?

—Ya le he dicho que no ocurre nada malo con el chico. Tendrá hambre, eso es todo. Siente el olor, ve la comida, pero nadie le ha dado permiso para tomar nada.

—Pobrecito —dijo Ana— le preparo un platito, criatura.

Mi mujer fue a la cocina y regresó con un montón de comida en un cuenco.

—¿Está bien que le ponga su platito en el suelo? Imagino que le resultará más cómodo, al angelito. Esta mesa es muy grande...

—En el piso está bien —dijo Bolaños, y miró complacido como el niño se lanzaba a su banquete malgache—. Tienen que comprender que se ha criado con su padre y su madre, eh, biológicos. Está acostumbrado a gente severa que lo regaña si hace algo mal.

—No puedo imaginarme que todavía existan seres humanos de costumbres tan bárbaras —comentó Ana— ¿cómo pueden las mujeres someter su cuerpo a ese... a algo tan monstruoso? He visto fotos viejas de cómo les quedaban el vientre y los senos... algo espeluznante.

—De algún lugar tienen que salir los niños —repuso Bolaños— yo, si le digo la verdad, soy partidario de que a todos los desarrollen *in vitro*, y luego en criaderos, hasta que tengan edad para interesar al cliente.

—Es lo mejor —convine— la gente es muy conservadora, eso es lo que pasa. Y con este gobierno...

—Dejen la política —pidió Rodríguez.

—Lo cierto es —pontificó el mercader— que la opinión pública, en todo el mundo civilizado, insiste en que el sentido histórico de la adopción fue siempre educar a niños abandonados, o con padres tan pobres que no pueden mantenerlos. Para eso están esos países del Tercer Mundo, donde las mujeres siguen... ¿cómo se dice? pariendo.

—No tiene que ser grosero —dijo Ana, estremeciéndose.

—Perdone. Ese solía ser el verbo correcto. No siempre fue algo obsceno.

—Lo interesante es que esos africanos y asiáticos e hispanos saben quiénes son sus padres y sus abuelos biológicos —observó Rodríguez— e incluso sus hermanos. Yo, desde luego, no podría vivir así. Es como... Dios mío, ¿te imaginas mirar a una mujer todos los días sabiendo que viniste al mundo a través de su..? Asqueroso, ya les digo.

Bolaños puso un folleto sobre la mesa.

—Este es el manual de instrucciones, aunque todo y más pueden encontrarlo *online*. El traspaso es muy simple; hasta hace unos años había que pasar pruebas de compatibilidad, pues se suponía que sólo algunas personas eran idóneas para adoptar, pero hoy día quien tiene un niño y un ticket, es padre. Si, como dijo la señora, persisten en la idea de quedarse con el chico...

—Por supuesto —dijo Ana— Nick, págale al hombre.

—Sólo digo que hay niños mejores que este.

—Claro. Y hay hombres mejores que tú, pero me casé contigo.

Mientras Bolaños y yo efectuábamos la transacción, Rodríguez jugaba con el recién llegado a la familia, que ya había vaciado escrupulosamente su plato. Rodríguez lanzó al niño a lo alto un par de veces para atraparlo al vuelo. La tercera vez le vomitó encima.

—Mierda.

Ana miró con repugnancia a Rodríguez, al niño y la mancha en el pavimento.

—Lo siento —dijo Rodríguez, raspándose una porquería malgache del ojo izquierdo— ya me lavo. Y lavo al pequeño cerdo. Y luego limpio todo.

—El baño está al fondo, a la derecha.

Sentí una maligna alegría mientras Rodríguez, arrastrando al niño y negando con más fuerza que nunca, iba a desinfectarse, dejando un rastro verdoso.

—¿El niño tiene nombre? —preguntó Ana, operativa.

—Se llama Kassaye. Pero ese es sólo el nombre que le dieron sus padres biológicos. Pueden llamarlo como quieran. Se acostumbran enseguida.

—Lo llamaré Henry Christophe. O mejor Johann Sebastian.

Bolaños me miró con complicidad y me tendió la mano.

—Ha sido un placer —opinó— que disfruten a su nuevo hijo.

Lo acompañé hasta la puerta.

—Sigue siendo un mocoso feo —dije.

—Se les coge cariño —me alentó él, y se marchó.

Cuando entré, Ana estaba limpiando la mancha de vómito, y rezongando. Me miró de reojo.

—Para haber tenido un hijo, Rodríguez debería saber que a los niños que acaban de cenar no se les tira al aire de ese modo.

—Se lo dices cuando salga —sugerí, cansado.

—Ni loca.

Rodríguez no volvió a salir. Quince minutos después fui al baño y descubrí que se había escapado por la ventana, con Kassaye y el ticket, que debió haber cogido mientras contemplábamos la mancha en el piso. Lo más probable es que Bolaños, trescientos veintiocho y él fueran cómplices, aunque era más probable todavía que no existiera más trescientos veintiocho que Bolaños.

—Llama a la policía —chilló Ana.

—Creo que es mejor dejarlo —repuse, mirando a la pared— hemos gastado muchísimo dinero, pero eso no es nada comparado con lo que cuesta criar a un niño. Esto de ser padres da mucho trabajo. Nadie puede decir que no lo intentamos.

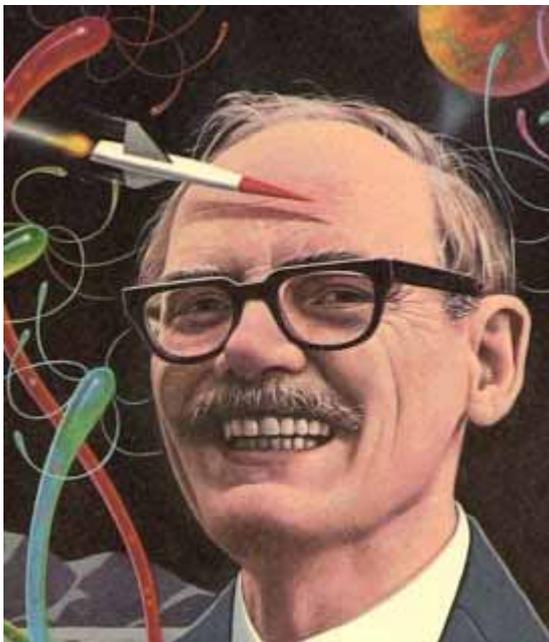
Por una vez, al menos, Ana me hizo caso.



Eduardo del Llano. Actor, narrador, guionista y director. Fundador y director del grupo de creación literaria y teatral NOS-Y-OTROS. Nació en Moscú, en 1962. Licenciado en Historia del Arte en la Universidad de la Habana en 1985, durante la década de 1980 estuvo integrado en el grupo teatral y literario NOS-Y-OTROS. A publicado los libros: **Los doce apóstatas** (1994), **Nostalgia de la babosa** (1993) (poesía), **El elefántico verde** (literatura infantil) (1993), **Criminales** (cuentos) (1994), **La clepsidra di Nicanor** (1997), **Obstáculo** (1997), **Los viajes de Nicanor** (cuentos) (2000), **Tres** (2002), **El beso y el plan** (cuentos). Como cineasta y guionista destaca en numerosos cortos y largometrajes.

CLÁSICOS

La ciencia ficción pierde a uno de sus grandes



Frederik Pohl, autor de obras clásicas como “Mercaderes del espacio”, la saga de “Pórtico” y “Homo Plus”, murió el pasado 2 de septiembre de 2013, a los 93 años. Korad quiere brindar desde sus páginas un modesto homenaje al autor.

Frederik Pohl (26 de noviembre de 1919 - 2 de septiembre de 2013) [1] fue un escritor y editor estadounidense de ciencia ficción. Su carrera dentro del género se extendió durante más de 75 años y abarcó todo tipo de actividades: escritor, editor de libros, revistas y colecciones, agente literario, crítico... pero sobre todo fue reconocido como un destacado aficionado y promotor de la ciencia ficción.

Fuera de este campo destacó también como conferenciante y profesor en el área de la prospectiva. Fue también autoridad sobre el emperador Tiberio en la **Enciclopedia Británica** [2].

Hijo de un comerciante, pasó su infancia viviendo en lugares tan dispares como Texas, California, Nuevo México o la zona del Canal de Panamá. Cuando tenía 7 años su familia finalmente se asentó en el

barrio de Brooklyn, en Nueva York [3]. Allí estudió en el Brooklyn Technical High School, pero abandonó los estudios a los 17 años [4].

En 1936 sus ideas políticas sindicalistas, antiracistas y antifascistas le llevaron a unirse a las Juventudes Comunistas, en las que llegó a presidir una sección local, pero en 1939 las abandonó decepcionado por el pacto nazi-soviético [5]. Durante la II Guerra Mundial sirvió en las fuerzas aéreas entre 1943 y 1945, y fue destinado a Italia [6].

Pohl se casó cinco veces. Su primer matrimonio fue con la también Futuriana Leslie Perri entre 1940 y 1944. En 1948 se casó, por tercera vez, con la también escritora de ciencia ficción Judith Merrill con la que tuvo una hija, Ann. Pohl y Merrill se divorciaron en 1952. Su cuarto matrimonio con Carol M. Ulf Stanton (1953-1983) le proporcionó 3 hijos. Desde 1984 hasta su muerte Pohl estuvo casado con la experta en ciencia ficción Elizabeth Anne Hull. La escritora canadiense Emily Pohl-Weary es nieta de Pohl y Merrill.

En 1984 trasladó su residencia a Palatine, Illinois, cerca de Chicago.

Ya desde tierna edad fue un lector compulsivo de literatura popular, sobre todo de ciencia ficción, y escribió desde los once años en *fanzines* que él mismo organizaba y distribuía por Nueva York. Activo participante en el naciente fandom, entra a formar parte de **Brooklyn Science Fiction League** (BSFL), una sección local de la **Science Fiction League** fundada por Hugo Gernsback en 1934. En ella conoce a Donald A. Wollheim, John Michel y Robert A. W. Lowndes, y juntos los cuatro pasan por sucesivos clubs de ciencia ficción hasta que en 1937 fundan su propio grupo, conocido como los **Futurianos** (*Futurians*). El grupo adquirió gran prominencia entre el fandom, pero la marcada ideología política de muchos de sus miembros les llevó a chocar con otra parte del fandom de Nueva York. Esta situación cristalizó cuando a Pohl y otros **Futurianos** les fue prohibida la entrada en la 1ª *Worldcon*. Con el tiempo el grupo se disolvió, pero las amistades y los contactos permanecieron, y un buen número de sus miembros terminaron convirtiéndose en importantes escritores y editores del género. De ese periodo también viene la amistad de Pohl con Cyril M. Kornbluth, Isaac Asimov [7] o Larry T. Shaw por poner algunos ejemplos.

A los 19 años Pohl ya editaba dos revistas pulp de ciencia ficción: *Astonishing Stories* y *Super Science Stories* [8]. También escribía relatos en estas revistas, pero siempre bajo pseudónimos. Los trabajos escritos junto a Cyril M. Kornbluth aparecen bajo los nombres de S. D. Gottesman o Scott Mariner; otras colaboraciones las firma como Paul



Dennis Lavond y su trabajo en solitario como James MacCreigh (y en una ocasión como Warren F. Howard) [9]. En su autobiografía, Pohl comenta que dejó de editar ambas revistas alrededor de 1941.



Tras la II Guerra Mundial, Pohl empezó a publicar material bajo su propio nombre, mucho de él en colaboración con su amigo Kornbluth. No obstante, siguió usando ocasionalmente pseudónimos como Charles Satterfield, Paul Flehr, Ernst Mason, Jordan Park (dos novelas escritas con Kornbluth) y Edson McCann (una con Lester del Rey) [9]. Es de este periodo la publicación de su clásico junto con Kornbluth **Mercaderes del espacio**.

Su carrera como agente literario se remonta a 1937, pero no es hasta después de la II Guerra Mundial cuando se convierte en un trabajo a tiempo completo. Terminó «representando a más de la mitad de los escritores exitosos de ciencia ficción». Por un corto periodo de tiempo fue el agente literario de Isaac Asimov (de hecho, el único que este autor tuvo). Pese a todo ello, los resultados financieros no acompañaron a su agencia literaria, y tuvo que cerrarla a principios de la década de 1950.

A finales de la década de 1950, Pohl ayudó a un enfermo H.L. Gold en la dirección de las prestigiosas revistas de ciencia ficción *Galaxy Science Fiction* e *if*, [10-12], aunque no sería hasta diciembre de 1961 cuando oficialmente se hiciera cargo de las mismas. Pohl revitalizó ambas revistas y consiguió durante su periodo la participación de los escritores más prestigiosos del momento. Fruto de este trabajo son los tres premios Hugo a la mejor revista profesional que *if* recibió en 1966, 1967 y 1968[13]. También se encargó de dirigir la nueva revista *Worlds of Tomorrow* desde su primer número en 1963 hasta su fusión con *if* en 1967[14]. En 1969 abandonó la dirección de ambas revistas.

En la década de 1970 Pohl reemerge como escritor de novelas, esta vez en solitario. *Homo Plus* le valió el premio Nébula en 1976, y **Pórtico**, el primer volumen de la saga de los Heeche, se alzó con la victoria tanto en los Nébula de 1977 como en los Hugo de 1978. Por otro lado *Jem* (1980) se haría con el prestigioso Premio Nacional del Libro.

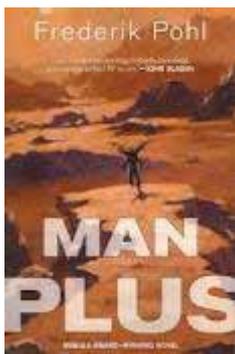
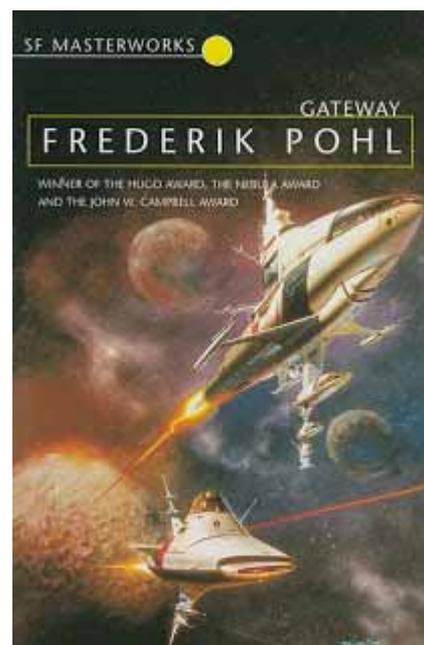
A mediados de la década de 1970 Pohl adquirió y editó novelas para Bantam Books, publicadas bajo el epígrafe «Selecciones Frederik Pohl»; entre ellas destacaron **Dhalgren** de Samuel R. Delany y **El hombre hembra** de Joanna Russ. También editó una serie de antologías de ciencia ficción.

En 1994 recibió el premio Gran Maestro Damon Knight Memorial a toda su carrera [15] y en 1998 fue incluido en el Salón de la Fama de la Ciencia Ficción.

A partir de 1995 formó parte del jurado del premio Theodore Sturgeon Memorial, inicialmente junto a James Gunn y Judith Merril, y desde entonces y hasta su retiro en 2013 con varios otros [16]. Pohl se había asociado con James Gunn desde la década de 1940, en lo que luego se convertiría en el Centro para el Estudio de la Ciencia Ficción en la Universidad de Kansas. En él presentó varias charlas y conferencias y participó en el taller literario de escritura de ciencia ficción.

Pohl recibió el segundo premio anual J. W. Eaton al trabajo de toda una vida en el campo de la ciencia ficción por la Biblioteca de la Universidad de California en Riverside, en el marco de la Conferencia Eaton de Ciencia Ficción: *Extraordinary Voyages: Jules Verne and Beyond* de 2009 [17].

La última novela de Pohl, *All the Lives He Led* salió a la luz el 12 de abril de 2011[18]. Estaba preparando una segunda edición de sus memorias *The way the future was* cuando le sorprendió la muerte en 2013 [19].



Su primera obra maestra fue la novela **Mercaderes del espacio** (1953), una antiutopía satírica de un mundo gobernado por las agencias de publicidad escrita junto a su amigo y colaborador habitual C.M. Kornbluth. Otras novelas destacadas son *Homo Plus* (1976), que narra los esfuerzos por colonizar Marte adaptando el cuerpo humano al ambiente de ese mundo, y la **Saga de los Heechee**, iniciada en 1977 con su novela **Pórtico**, en la que se describen los restos de una civilización desaparecida cuyas vías de comunicación y tecnologías usan torpemente sin entenderlas los humanos. Igualmente destacó como un buen escritor de relatos, en los que se percibe el sesgo satírico contra el consumismo y la publicidad. En otra serie de novelas colaboró con especial asiduidad con Jack Williamson. Las obras más tardías, como la **Saga de los Heechee** destacan por su imaginación y frescura.

Su cuento **El túnel debajo del mundo** fue llevado al cine en 1969 en Italia por Luigi Cozzi (*Il tunnel sotto il mondo*), el ayudante de dirección y guionista de Dario Argento, en una parábola experimental sobre sueños cíclicos que recuerda la hermosa *La Jetée* de Chris Marker del año 1962 que incluye también guiños al Jean-Luc Godard de *Alphaville* y mantiene sólo algunos elementos del cuento original (un accidente en una planta química y el engaño de parte del gobierno, otra vez valiéndose de la publicidad, para minimizar los daños ante la población) y en un capítulo de la serie de televisión *Out of the Unknown* y se tienen noticias de que próximamente tanto **Pórtico** como *Homo Plus* serán llevadas también a la pantalla grande.

Obras

Series

Mercaderes del espacio

1. *Mercaderes del espacio* (*The Space Merchants*, 1952, con Cyril M. Kornbluth).
2. *La guerra de los mercaderes* (*Merchant's war*, 1984).

Bajo el mar, con Jack Williamson

1. *Marinia* (*Undersea Quest*, 1954).
2. *Aventuras bajo el mar* (*Undersea Fleet*, 1956).
3. *¡Ciudad submarina!* (*Undersea City*, 1958).

Marte

1. *Homo plus* (*Man Plus*, 1976).
2. *Mars Plus* (1994, con Thomas T. Thomas)

Saga de los heechee

1. *Pórtico* (*Gateway*, 1977).
2. *Tras el incierto horizonte* (*Beyond the Blue Event Horizon*, 1980).
3. *El encuentro* (*Heechee Rendezvous*, 1984).
4. *Los anales de los heechee* (*Annals of the Heechee*, 1987).
5. *Los exploradores de Pórtico* (*The Gateway Trip*, 1990) (colección de relatos en el universo de Pórtico).
6. *El muchacho que viviría para siempre* (2004) contenida en la antología de relatos de Robert Silverberg *Horizontes lejanos*.

Otras novelas

- *Búsqueda estelar* (*Search the Sky*, 1954, con Cyril M. Kornbluth).
- *Los hombres de Gor* (*Whatever Counts*, 1959).
- *La lucha / La lucha contra las pirámides* (*Wolfbane*, 1959, con Cyril M. Kornbluth).
- *Los inmortales* (*Drunkard's Walk*, 1960).
- *Jem* (*Jem*, 1978).
- *Fuego de estrellas* (*Starburst*, 1982).
- *Los años de la ciudad* (*The Years of the City*, 1984).
- *El día de la estrella negra* (*Black Star Rising*, 1985).
- *La llegada de los gatos cuánticos* (*The Coming of the Quantum Cats*, 1986).
- *Terror* (*Terror*, 1986).
- *Chernobyl* (*Chernobyl*, 1987).
- *El día que llegaron los marcianos* (*The Day The Martians Came*, 1988, actualmente 7 relatos publicados anteriormente más tres nuevos).
- *El final de la Tierra* (*Land's End*, 1988, con Jack Williamson).
- *El mundo al final del tiempo* (*The World at the End of Time*, 1990).
- *Mineros de Oort* (*Mining the Oort*, 1992).
- *El último teorema* (*The Last Theorem*, 2008, con Arthur C. Clarke).

Colecciones de relatos

Corrientes alternas / Siluetas del futuro (*Alternating Currents*, 1956)

- *A través del tiempo* (*The Wonder Effect*, 1962, con Cyril M. Kornbluth).
- *Trilogía del Reverendo Hake* (2003). Incluye las novelas cortas de 1979:
 - *Marte enmascarado* (*Mars Masked*).
 - *Guerra tibia* (*The Cool War*).
 - *Cual plaga de langosta* (*Like Unto the Locust*).

Ensayo

- *La ira de la Tierra* (*Our Angry Earth*, 1991, con Isaac Asimov).

Memorias

- *The way the future was* (1978).

Premios

- Premio Nebula de 1976 a la mejor novela por *Homo Plus*
- Premio Nebula de 1977, Hugo de 1978 y John W. Campbell Memorial de 1978 a la mejor novela por *Pórtico*
- National Book Award[20] por *Jem*
- Premio John W. Campbell Memorial de 1985 por *Los años de la ciudad*

Referencias

1. *Farewell* (2 de septiembre de 2013). Consultado el 3 de septiembre de 2013.
2. Congratulations to Britannica Contributor and 2010 Hugo Award Winner Frederik Pohl, *The Britannica Blog*, 8 September 2010.
3. *Let There Be Fandom, Part 3: A Brooklyn Boyhood*. Thewaythefutureblogs.com (2009-10-02). Consultado el 2012-09-08.
4. *The Way the Future Blogs, an online memoir by science fiction writer Frederik Pohl* » [Blog Archive](#) » [My Life as Book Editor for Popular Science](#)». Thewaythefutureblogs.com (2011-07-28). Consultado el 2012-09-08.
5. *The Way the Future Was*, Frederick Pohl (Ballantine Books, 1978), pp. 93, 113.
6. «Hal Clement: Major Harry Stubbs». The Way the Future Blogs (2011-03-01). Consultado el 2012-09-08.
7. Isaac, *The Way the Future Blogs*, January 25, 2010: "But those friends came and went and were gone, while many of the ones I met through fandom were friends all their lives — Isaac, [Damon Knight](#), Cyril Kornbluth, Dirk Wylie, [Dick Wilson](#). In fact, there are one or two — Jack Robins, [Dave Kyle](#) — whom I still count as friends, seventy-odd years later...."
8. *Frederik Pohl: Chasing Science*. Locus Online (October 2000).
9. [a b Fred's Pen Names](#)». Thewaythefutureblogs.com (2010-05-14). Consultado el 2012-09-08.
10. Ashley, Mike (2000) (en inglés). *The Time Machines: The Story of the Science-Fiction Pulp Magazines from the beginning to 1950*. Liverpool: Liverpool University Press. ISBN 0-85323-865-0.
11. Pohl, Frederik (1979) (en inglés). *The Way the Future Was*. Londres: Gollancz. ISBN 0-575-02672-3.
12. Pohl, Frederik (1976). *Ragged Claws*. En Aldiss, Brian W.; Harrison, Harry (en inglés). *Hell's Cartographers*. Londres: Liverpool University Press. ISBN 0-86007-907-4.
13. *The Hugo Awards by Category*. worldcon.
14. Ashley, Mike, *Transformations: The Story of the Science Fiction Magazines from 1950 to 1970*, Liverpool University Press (2005), ISBN 0-85323-779-4, p. 207.
15. *Damon Knight Memorial Grand Master*. Science Fiction and Fantasy Writers of America (SFWA). Retrieved 2013-09-18.
16. *Sturgeon Award*.
17. *The Eaton Awards*. Eaton Science Fiction Conference. [University of California, Riverside \(ucr.edu\)](#). Retrieved 2013-04-06.
18. *All the Lives He Led*. Macmillan Publishers (2012-07-09). Consultado el 2012-09-08.
19. *Frederik Pohl, Nov. 26, 1919-Sept. 2, 2013*. Thewaythefutureblogs.com (2013-09-04). Consultado el 2013-09-07.
20. National Book Foundation (ed.): *Science Fiction (Hardcover)* (en inglés). *National Book Award Winners: 1950 – 2011 (Alpha By Category)*. Consultado el 26 de julio de 2012.

Tomado de «http://es.wikipedia.org/w/index.php?title=Frederik_Pohl&oldid=69688110»

El túnel por debajo del mundo

Frederik Pohl



*Pellizcarte no es una forma de comprobar si estas soñando.
¿Instrumentos quirúrgicos? Bueno, sí, ¡pero lo mejor es un set de mecánica!*

En la mañana del 15 de junio Guy Buckhardt despertó de un sueño gritando. Era el sueño más real que había tenido en su vida. Aún podía oír la aguda explosión metálica y sentir la violenta sacudida que le arrojó bruscamente de la cama con una abrasadora ola de calor.

Se sentó convulso y miró a su alrededor sin creer en lo que veía: el cuarto tranquilo y la brillante luz del sol que se filtraba por la ventana.

Gruñó: —¿Mary?

Su mujer no estaba en la cama de al lado. Las ropas estaban caídas y en desorden como si se acabara de levantar, y el recuerdo del sueño era aun tan vivo que instintivamente se puso a buscar por el suelo para ver si la explosión la había tirado de la cama. Pero no estaba allí.

«Desde luego que no está», se dijo, contemplando las familiares zapatillas, la ventana intacta y la pared lisa. Sólo había sido un sueño.

—¿Guy? —su mujer, preocupada, le llamó desde las escaleras—. Guy, querido, ¿te encuentras bien?

El contestó débilmente: —Sí.

Luego hubo una pausa y Mary dijo dudosa: —El desayuno está preparado. ¿Te encuentras bien? Me pareció oírte gritar.

Buckhardt contestó ya más tranquilo: —Tuve una pesadilla, querida, ahora mismo voy.

En la ducha, mientras se frotaba con su colonia preferida, reconoció que el sueño había sido muy extraño, aunque en realidad las pesadillas, especialmente las pesadillas de explosiones, eran muy corrientes. En los últimos treinta años de bombas de hidrógeno, ¿quién no soñaba con explosiones?

Incluso Mary las había tenido, ya que cuando empezó a contarle su sueño ella le atajó: —¿De verdad? —su voz parecía asombrada— ¡Qué raro, querido, yo he soñado lo mismo! Bueno, no exactamente lo mismo, yo no oí nada.

Soñé que algo me despertaba y luego como un golpe brusco y algo me hirió en la cabeza. Eso fue todo. ¿Era el tuyo así?

Buckhardt carraspeó: —Bueno, no —dijo.

Mary no era una mujer fuerte como un hombre ni valiente como un tigre. Era innecesario —pensó— desmenuzar los pequeños detalles que ayudaron a que el sueño pareciera tan real. No había necesidad de mencionar las costillas abriéndose, ni la bola de sal en su garganta, ni la convicción de que aquella agonía era la de la muerte.

Dijo: —Puede que efectivamente haya habido una explosión en la ciudad y es posible que el oírlo nos provocara ese sueño.

Mary se inclinó y le acarició la mano distraídamente.

—Puede ser —dijo—. ¿No crees que deberías darte prisa, querido? De lo contrario llegarás tarde a la oficina. Son casi las ocho y media.

Engulló la comida, besó a su mujer y salió corriendo, no tanto para llegar a tiempo como para comprobar si su suposición era cierta. Pero Tylerton tenía el mismo aspecto de siempre. Desde el autobús, Buckhardt miró atentamente por las ventanillas en busca de las huellas de alguna explosión. No había ninguna. Si acaso, Tylerton tenía mejor aspecto que nunca. Era un día claro y fresco, el cielo estaba sin nubes, los edificios limpios y acogedores. Observó que el edificio de Power and Light, el único rascacielos de la ciudad, estaba ennegrecido. Era el inconveniente de tener la principal instalación de productos químicos Contro en las proximidades del centro de la ciudad; el humo de las destilerías dejaba su marca en los edificios de piedra.

Ninguno de los viajeros habituales iba aquel día en el autobús, de modo que Buckhardt no pudo preguntar a nadie sobre la explosión. Y cuando se apeó en la esquina de Fifth and Lehigh y el autobús se hubo alejado con un quejido amortiguado de motor Diesel, estaba plenamente convencido de que todo había sido pura imaginación.

Se detuvo en el estanco de la entrada del edificio, pero Ralph no estaba detrás del mostrador. El hombre que le vendió el paquete de cigarrillos era un desconocido.

—¿Dónde está el señor Stebbins? —preguntó Buckhardt.

El hombre contestó cortésmente: —Está enfermo, señor, pero vendrá mañana. ¿Quiere usted hoy un paquete de Marlins?

—Chesterfield —le corrigió Buckhardt.

—Muy bien, señor —dijo el hombre.

Pero lo que alcanzó del estante y le entregó por encima del mostrador fue un extraño paquete verde y amarillo.

—Pruebe éstos, señor —le propuso—. Contienen un elemento antitós. ¿No ha notado usted que los cigarrillos corrientes le hacen toser a veces?

Buckhardt dijo desconfiado: —Nunca he oído hablar de esta marca.

—Claro que no, son nuevos.

Buckhardt vaciló y el hombre le dijo persuasivo: —Mire, pruébelos bajo mi responsabilidad. Si no le gustan devuélvame el paquete vacío y yo le devolveré el dinero. ¿Le parece bien?

Buckhardt se encogió de hombros.

—No pierdo nada, pero déme también un paquete de Chesterfield.

Abrió el paquete y encendió un cigarrillo mientras esperaba el ascensor. No eran malos, aunque desconfiaba de los cigarrillos elaborados con algún producto químico. Sin embargo, no se preocupó demasiado y pensó que el negocio de cigarrillos en el estanco de Ralph progresaría asombrosamente si aquel hombre procuraba convencer a todos los clientes de la misma manera que a él.

Al abrirse la puerta del ascensor se oyó una música amortiguada. Buckhardt y dos o tres personas más se metieron y él saludó en tanto se cerraban las puertas. El hilillo de música cesó de pronto y la voz del locutor que llegaba del techo de la cabina dio comienzo a sus anuncios habituales.

No, no eran los anuncios habituales. Buckhardt se dio cuenta. Había escuchado tantos anuncios durante tanto tiempo que ya su oído no les prestaba atención, pero aquel día los precedentes del programa grabado en la planta baja de

aquel mismo edificio le chocaron, no sólo por el hecho de serle desconocidas la mayor parte de las marcas, sino también por tener una modalidad distinta.

Se oían repiqueteos con un ritmo insistente y fuerte anunciando bebidas carbónicas que nunca había probado; también una rápida charla entre, al parecer, dos chicos de unos diez años de edad, relativa a unas golosinas, seguida de un autoritario y grave murmullo que decía: «Vaya corriendo y obtenga un delicioso chocolate y cómase ahora mismo su sabroso Chocobite. ¡Esto es Chocobite!» Se oyó después una quejumbrosa voz femenina: «¡Ojalá tuviera un congelador Feckle! ¡Haría cualquier cosa por un congelador Feckle!»

Buckhardt llegó a su planta y abandonó el ascensor a mitad del último anuncio. Le produjeron una impresión desagradable. Los anuncios no eran de marcas conocidas y no le daban la sensación familiar de siempre.

Afortunadamente la oficina era la misma, con la excepción de que faltaba el señor Barth. La señorita Mitkin, que bostezaba en la mesa de recepción, ignoraba el motivo.

—Llamaron de su casa, dicen que vendrá mañana.

—A lo mejor se fue a la instalación. Está muy cerca de su casa.

Ella le miró indiferente.

—Puede ser.

A Buckhardt le asaltó un pensamiento.

—¡Hoy es 15 de junio! Es el día de pago de los impuestos trimestrales. Tenía que haber venido para firmarlos.

La señorita Mitkin se encogió de hombros para indicar que eso era problema de Buckhardt y no suyo. Siguió arreglándose las uñas.

Exasperado Buckhardt se dirigió a su mesa. No era que no pudiera hacerlo tan bien como Barth —pensó con resentimiento—. Lo que ocurría es que aquél no era su trabajo. Era responsabilidad de Barth como encargado de la oficina central de productos químicos Contro.

Por un momento pensó en llamar a Barth a su casa o tratar de localizarlo en la fábrica, pero rápidamente desechó la idea. No le agradaba la gente de la fábrica y cuanto menos trato tuviera con ella mejor. Había ido una vez allí con Barth y fue una experiencia extraña que en cierto modo le asustó, Exceptuando a un grupo del personal administrativo y de ingenieros, en la fábrica no había un alma; mejor dicho —se corrigió Buckhardt recordando las explicaciones de Barth—, ni un ser viviente. Sólo máquinas.

Según Barth, cada máquina estaba controlada por una especie de computador que reproducía en su engranaje electrónico la memoria y el cerebro de un ser humano. Era desagradable pensarlo. Barth, riendo, le aseguró que no se trataba de un negocio a lo Frankenstein, robar cadáveres y trasplantar los cerebros en las máquinas. Era cuestión de trasladar el patrón de los hábitos de un hombre, de las células del cerebro a las células de un conducto vacío. Eso no perjudicaba al hombre y tampoco convertía a la máquina en un monstruo.

Pero a Buckhardt le seguía produciendo la misma sensación molesta.

Apartó de su pensamiento a Barth, la fábrica y todo el resto de pequeñas complicaciones y se enfrentó con el pago de los impuestos. Estuvo comprobando números hasta el mediodía. «Barth podía haberlo hecho de memoria y consultando su libro privado, en diez minutos», recordó con resentimiento.

Los metió en un sobre y se dirigió a la señorita Mitkin: —Como el señor Barth no está será mejor que vayamos a comer por turnos —le dijo—. Vaya usted primero.

—Gracias.

La señorita Mitkin sacó lánguidamente su bolso de un cajón de la mesa y empezó a maquillarse. Buckhardt le tendió el sobre.

—¿Le importaría echar esto en correos? ¡Ah, espere un momento! Me pregunto si debería telefonear al señor Barth para consultarle. ¿Le dijo su mujer si se le podía telefonear?

—No lo dijo —la señorita Mitkin se limpió los labios cuidadosamente con un «kleenex»—. De todos modos, no fue la mujer quien llamó. Fue su hija.

—¿La niña? —Buckhardt frunció el ceño—. Creí que estaba fuera en un colegio.

—Fue ella la que llamó, es todo lo que sé.

Buckhardt volvió a su mesa y contempló con fastidio el correo sin abrir. Le desagradaban las pesadillas. Le estropeaban el día entero. Debía de haberse quedado en la cama como Barth.

De regreso a su casa tuvo un encuentro singular. En la esquina donde usualmente cogía el autobús se había aglomerado la gente. Alguien vociferaba acerca de una nueva marca de congeladores, de modo que anduvo una manzana más allá. Vio acercarse el autobús y echó a correr. Pero a su espalda alguien le llamaba por su nombre. Miró por encima del hombro y vio a un hombrecillo que iba apresuradamente hacia él.

Buckhardt dudó un momento, pero al fin lo localizó. Se trataba de un conocido suyo llamado Swanson. Buckhardt vio contrariado que el autobús se alejaba. Dijo: —¡Hola!

La expresión de Swanson era desesperadamente ansiosa.

—¿Buckhardt? —preguntó con rara intensidad.

Luego se quedó allí de pie, en silencio, mirando la cara de Buckhardt con una avidez expectante que se transformó en una débil esperanza y al final en decepción. «Está buscando algo, esperando algo», pensó Buckhardt. Pero fuera lo que fuese, Buckhardt no sabía cómo complacerle.

Buckhardt tosió y dijo otra vez: —¡Hola, Swanson!

Swanson ni siquiera respondió al saludo. Se limitó a dar un profundo suspiro.

—No hay nada que hacer —murmuró aparentemente para sí mismo.

Saludó distraído a Buckhardt con un movimiento de cabeza y se marchó. Buckhardt vio cómo los hombros hundidos desaparecían por entre la muchedumbre. «Ha sido un día muy extraño», pensó. Un día que no le había gustado. Las cosas no marchaban bien.

Mientras iba en el autobús caviló sobre ello. No es que hubiera ocurrido nada terrible ni desastroso; era simplemente algo que estaba al margen de sus costumbres. Uno vive su vida como cualquier otro y forma un molde de impresiones y reacciones. Se esperan las cosas de antemano. Al abrir el armarito del cuarto de baño se espera que la maquinilla de afeitar esté en el segundo estante; cuando se cierra la puerta de la casa se sabe que hay que dar un tironcito especial para terminar de encajarla.

Las cosas que marchan bien y son perfectas no son las familiares en tu vida. Son las cosas que funcionan algo mal: el último tironcito a la puerta, el interruptor de la luz en el descansillo de la escalera, que hay que apretar un poco más porque tiene el muelle algo flojo; la alfombra que resbala bajo los pies...

No es que las cosas fueran mal en la rutina de Buckhardt. Lo que pasaba era que estas pequeñas cosas que funcionaban mal ese día no funcionaban como siempre. Por ejemplo, Barth, que siempre iba a la oficina, no había ido hoy.

Buckhardt siguió cavilando durante la cena. Caviló a pesar de los esfuerzos de su mujer durante toda la tarde para que se interesara en la partida de bridge con los vecinos. Los vecinos eran gente que le gustaba. Anne y Darley Dennerman. Los conocía desde siempre, pero aquella noche también estaban raros y preocupados, y casi no prestó atención a las quejas de Dennerman por no haber conseguido un buen servicio telefónico, o a los comentarios de su mujer sobre lo molesto que era tanta cantidad de anuncios publicitarios en la televisión en los últimos días.

Buckhardt estaba a punto de conseguir un récord de abstracción permanente cuando de pronto, alrededor de medianoche y con una vertiginosidad que le sorprendió —se dio cuenta de lo que pasaba— dio media vuelta en la cama e instantáneamente se quedó profundamente dormido.

En la mañana del 15 de junio Buckhardt se despertó gritando. Había tenido el sueño más real de su vida. Aún podía oír la explosión y sentir la violenta sacudida que le había incrustado en una pared. No le parecía natural encontrarse sentado en la cama de un cuarto tranquilo.

Se oyó el taconeo de su mujer que subía las escaleras.

—Querido —gritó—, ¿qué te pasa?

El murmuró: —Nada, una pesadilla.

Ella respiró con la mano en el corazón. En tono de reproche empezó a decir: —Me has dado un susto...

Un ruido en el exterior la interrumpió. Se oía el lamento de sirenas y tintineo de campanas. El ruido era fuerte e impresionante.

Los Buckhardt cambiaron una mirada y se abalanzaron asustados a la ventana. No había coches de bomberos en la calle, únicamente una furgoneta que circulaba despacio. Encima llevaba altavoces relucientes de los que surgía el sonido chillón de las sirenas creciendo en intensidad y mezclándose con el ronquido de los pesados camiones y el tintineo de las campanas. Era una grabación perfecta de tanques de bomberos llegando al lugar del siniestro.

Buckhardt dijo estupefacto: —Mary, esto va contra la ley. ¿Te das cuenta de lo que hacen? Emiten grabaciones de un fuego. ¿Qué es lo que pretenden?

—Quizá es una broma —sugirió su mujer.

—¿Una broma? ¿Despertar a todo el vecindario a las seis de la mañana? —movió la cabeza—. La policía estará aquí dentro de diez minutos —dijo—, ya lo verás.

Pero la Policía no llegó ni al cabo de diez minutos ni más tarde. Quien quiera que fuese el que había organizado aquello tenía, al parecer, permiso de la policía para hacerlo.

La furgoneta se situó en medio de la calle y permaneció silenciosa durante unos minutos. Luego se oyó un crujido en el altavoz y un vozarrón cantó: —¡Congeladores Feckle! ¡Congeladores Feckle! ¡Tiene usted que tener un congelador Feckle! Feckle, Feckle, Feckle, Feckle, Feckle, Feckle...

Siguió y siguió. Ya, entonces, había caras en todas las ventanas de las casas. La voz no era solamente fuerte, era casi ensordecedora.

Buckhardt gritó a su mujer por encima del ruido: —¿Qué diablos es un congelador Feckle?

—Alguna clase de congelador, imagino, querido —respondió ella sin cooperar.

Bruscamente el alboroto cesó y la furgoneta guardó silencio.

Era una mañana brumosa; los rayos del sol llegaban horizontalmente a través de los tejados. Era imposible creer que sólo momentos antes el silencioso barrio había estado dominado por los bramidos que anunciaban un congelador.

—Es un estúpido truco de publicidad —dijo amargamente Buckhardt.

Bostezó y se apartó de la ventana.

—Deberíamos vestirnos. Me imagino que éste es el fin de...

El bramido le pilló de espaldas. Fue casi como un golpetazo en sus oídos. Una voz desgarrada y chillona, más potente que la trompeta del Arcángel, aulló: —¿Tiene usted un congelador? Es una porquería. Si no es un congelador Feckle es una porquería. Si es el congelador Feckle del año pasado, es una porquería. Únicamente el modelo Feckle de este año es el bueno. ¿Sabe usted quién posee un congelador Ajax? Los estúpidos tienen congeladores Ajax. ¿Sabe usted quién tiene un congelador Triplecold? Los maleantes tienen congeladores Triplecold. Cualquier congelador excepto el nuevo congelador Feckle es una porquería.

La voz chilló con rabia: —Le estoy previniendo, salga y compre un congelador Feckle ahora mismo. Dese prisa. Apresúrese a comprar un Feckle. Apresúrese a comprar un Feckle, apresúrese, apresúrese, apresúrese. Feckle, Feckle, Feckle, Feckle, Feckle.

Por fin se calló. Buckhardt se humedeció los labios. Empezó a decir a su mujer: —Quizá deberíamos llamar a la policía y...

Los altavoces vomitaron de nuevo. Le cogió desprevenido. Estaba previsto que le cogieran desprevenido. Chillaban: —Feckle, Feckle, Feckle, Feckle, Feckle, Feckle. Los congeladores baratos arruinarán su comida, le harán enfermar y vomitar, le harán enfermar y morir. Compre un Feckle. Compre un Feckle. Compre un Feckle. Compre un Feckle. ¿No ha sacado usted nunca un pedazo de carne de su congelador y ha visto lo blanda y podrida que está? Compre un Feckle. ¿Quiere usted comer aumentos podridos, apuestos? ¿O quiere usted ser razonable y comprar un Feckle, Feckle, Feckle, Feckle?

Esto le decidió. Con dedos temblorosos consiguió al fin marcar el número de la comisaría. Estaban comunicando. Al parecer no era el único a quien se le había ocurrido la idea. Y mientras volvía a marcar, agitado de indignación, el ruido cesó. Miró por la ventana. La furgoneta se había ido.

Buckhardt se aflojó la corbata y pidió otro refresco «Frosty Flip» al camarero. ¡Si no hiciera tanto calor en el café Crystal! Ya era suficiente tener que soportar la nueva decoración de rojos apagados y amarillos cegadores para que encima hubieran cometido el error de creer que se hallaban en enero en lugar de junio y la calefacción tuviera cinco grados más que la temperatura del exterior.

Apuró el refresco en dos sorbos. Tenía un sabor peculiar, pero no era malo. Verdaderamente refrescaba, tal como había dicho el camarero. Pensó comprar una caja de «Frosty Flip» de regreso a su casa. A Mary le gustarían. Las cosas nuevas le interesaban siempre.

Al ver que la chica cruzaba el restaurante hacia él se levantó con torpeza. Era la muchacha más bonita que había visto nunca en Tylerton. Iba erguida, tenía el pelo de la tonalidad de la miel y un cuerpo espléndido. Fácilmente se advertía que lo único que llevaba encima era el ligero vestido. Se notó enrojecer cuando ella le saludó.

—Señor Buckhardt —la voz sonaba como lejanos tantanes—, es muy amable por su parte permitir que le hable después de lo de esta mañana. El se aclaró la garganta y dijo: —Nada de eso. ¿Quiere usted sentarse, señorita...?

—April Horn —murmuró sentándose, no en el sitio que le había señalado enfrente, sino a su lado—. Llámeme April, por favor.

Buckhardt, con la poca claridad de mente que aún le quedaba, notó que ella usaba perfume. No era justo que ella pudiera llevar perfume tan bien como cualquier otra cosa. Intentó entablar conversación cuando se dio cuenta de que el camarero se alejaba ya con un pedido de solomillos para dos. —¡Eh! —objetó.

—Por favor, señor Buckhardt— su hombro estaba junto al suyo, su cara vuelta hacia él, su aliento era tibio, su expresión tierna y solícita—. Esto corre a cuenta de la compañía Feckle. Por favor, déjelo, es lo menos que pueden hacer.

Notó que le introducía algo en el bolsillo. —He metido el dinero de la comida en su bolsillo —susurró con complicidad—. Por favor, hágalo por mí. Pero le agradeceré que sea usted quien pague al camarero porque soy anticuada en según qué cosas. Sonrió melosa y después remedó burlonamente la actitud de una mujer de negocios.

—Debe aceptar el dinero —insistió—, hará usted un favor a Feckle si lo hace. Podría sacarles todo el dinero que quisiera por haberle molestado esta mañana como lo hicieron.

Aturdido, como si acabase de ver que alguien hacía desaparecer un conejo en un sombrero de copa, dijo: —Bueno, realmente no fue para tanto, April, un poquito ruidoso pero...

—¡Oh, señor Buckhardt! —los ojos azules se abrieron admirados—. Sabía que usted lo iba a entender. Es que, verá usted: se trata de un congelador tan maravilloso que algunos de los empleados salieron para hablar de él. Tan pronto como la oficina central se enteró de lo que pasaba mandó representantes a los vecinos del barrio para pedir disculpas. Su mujer nos dijo dónde podríamos telefonarle a usted y estoy tan contenta de que me permita comer juntos para poder disculparme... Porque realmente, señor Buckhardt, es un congelador fantástico. No debería decirle a usted esto, pero... —los ojos azules se bajaron avergonzados—. Yo hago cualquier cosa por los congeladores Feckle. Para mí es algo más que un simple trabajo —levantó la vista. Era encantadora—. Estoy segura de que usted piensa que soy tonta, ¿verdad?

Buckhardt tosió.

—Bueno, yo...

—¡Oh, no se esfuerce en ser amable! —mover la cabeza—. No, no lo haga. Usted cree que es una tontería, pero señor Buckhardt, no lo creería así si conociera más detalles sobre Feckle. Déjeme enseñarle este pequeño catálogo...

Buckhardt volvió a la oficina con una hora de retraso. No sólo fue la muchacha quien le hizo llegar tarde. Había tenido un curioso encuentro con un hombrecillo llamado Swanson, al que apenas conocía y que le paró en la calle con una urgencia desesperada y desapareció después dejándole suspenso.

Pero no había que darle mucha importancia. El señor Barth, por primera vez desde que Buckhardt trabajaba allí, no había ido a la oficina, dejándole el trabajo de firmar los pagos de los impuestos trimestrales.

Lo más importante —pensó— era que sin saber por qué había firmado el pedido de un congelador Feckle de doce pies cúbicos, último modelo, con descongelación automática y por un precio de 625 dólares con el descuento «de cortesía» del diez por ciento «como compensación al desagradable asunto de esta mañana, señor Buckhardt», le aclaró ella.

Lo que no sabía era cómo explicárselo a su mujer.

No tenía por qué haberse preocupado. Al entrar, su mujer le dijo casi inmediatamente: —Me pregunto si podemos permitirnos un nuevo congelador, querido. Vino aquí un hombre para disculparse por el alboroto de esta mañana y... Bueno, empezamos a hablar y...

También había firmado una hoja de pedido.

«Ha sido un día condenado», pensó Buckhardt a la hora de acostarse. Pero el día no había acabado, En las escaleras, el muelle flojo del conmutador se negó a funcionar. De mal humor lo apretó repetidamente y acabó por estropearlo por completo. Los plomos se fundieron y la casa se quedó sin luz.

—Demonio —masculló Guy Buckhardt.

—¿Se ha ido la luz? —preguntó la mujer medio dormida—. Déjalo para mañana, querido.

Buckhardt movió la cabeza.

—Vuelve a la cama, en seguida termino.

No era que tuviese mucho interés en arreglar los plomos, pero estaba demasiado nervioso para irse a dormir. Quitó la llave estropeada con un destornillador y andando a tientas por la cocina encontró la linterna en la oscuridad. Bajó las escaleras del sótano con cuidado. Localizó lo que quedaba del plomo, arrastró un baúl vacío bajo el contador de la luz y subido a él desenroscó la tuerca del plomo viejo.

Cuando puso el nuevo oyó el ruidito que se reiniciaba y el murmullo sordo del refrigerador de la cocina. Retrocedió hasta las escaleras, pero se detuvo.

En el sitio donde había estado el baúl viejo, el suelo del sótano brillaba con extraña intensidad. Bajo la luz de la linterna lo inspeccionó. —¡Por todos los diablos! —exclamó Buckhardt. Movié la cabeza con incredulidad. Se acercó más, pasó un dedo por los bordes de la chapa metálica y se cortó. Los bordes estaban afilados.

El pavimento del sótano era sólo una fina costra de cemento. Encontró un martillo y golpeó en una docena de sitios: por todas partes había metal.

El sótano era completamente una caja de metal. Hasta los ladrillos de las paredes eran tan sólo una capa sobre el metal. Estupefacto atacó a una de las vigas. Al menos ésta era de madera. También el cristal de la ventana era cristal auténtico.

Se chupó el dedo que le sangraba e hizo la prueba en el primer peldaño de las escaleras. Madera de verdad. Tanteó los ladrillos de debajo de la caldera. También eran ladrillos de verdad, pero los que cubrían las paredes y el suelo eran falsos.

Parecía como si alguien hubiese apuntalado la casa con un marco de metal y luego, cuidadosamente, tratado de ocultarlo. La mayor sorpresa fue la lancha vuelta del revés que ocupaba medio fondo del sótano, reliquia de un breve período de trabajos manuales por el que había pasado Buckhardt hacía un par de años. Contemplada del revés parecía completamente normal. En su interior, sin embargo, donde debieran de haber estado los travesaños, los asientos y las gavetas, había un revoltijo de abrazaderas burdas y sin terminar.

—¡Pero si yo mismo la construí! —exclamó Buckhardt olvidado de su dedo.

Mareado se apoyó contra la lancha, tratando de reflexionar sobre el fenómeno. Por alguna causa, ajena a su comprensión, alguien se había llevado su barca y su sótano y quizá su casa entera, y lo había reemplazado con una hábil imitación de los objetos primitivos.

—Esto es una locura —dijo en el sótano vacío. Miró alrededor a la luz de la linterna. Murmuró—: ¿Por qué demonios habrán hecho esto?

La razón se negaba a darle una respuesta: no había ninguna respuesta razonable. Durante largos minutos Buckhardt dudó de su propia cordura. Volvió a mirar el bote con la esperanza de que todo fuese un error producto de su imaginación. Pero el montón de burdas abrazaderas sin terminar seguía allí. Se agachó para ver mejor y tocar incrédulo la madera rugosa. ¡Completamente imposible!

Tras apagar la linterna inició la marcha. No llegó a hacerlo. Entre el instante que decidió marcharse y el que sus piernas empezaron a moverse sintió que una súbita dejadez le invadía.

Cayó en la inconsciencia, no de golpe, sino poco a poco, y un momento después Buckhardt estaba dormido.

En la mañana del 16 de junio Guy Buckhardt se despertó en una postura retorcida bajo el cascarón de su lancha en el sótano, y cuando estuvo arriba, en el piso, descubrió que era el 15 de junio.

Lo primero que había hecho fue inspeccionar rápida y frenéticamente el bote, el falso suelo del sótano y las piedras de imitación. Todas estaban como las recordaba. Completamente increíble.

La cocina se hallaba tan plácida y normal como siempre. Las agujas del reloj eléctrico avanzaban monótonamente alrededor de la esfera. Marcaban casi las seis de la mañana. Su mujer estaría a punto de levantarse.

Buckhardt abrió la puerta principal y miró a la calle tranquila. El periódico de la mañana había sido arrojado con descuido contra las escaleras y al desdoblarlo vio que su fecha era la del 15 de junio.

Pero eso era imposible. «Ayer fue 15 de junio.» No era una fecha de la que uno pudiera olvidarse; era el día del pago de los impuestos trimestrales.

Entró en el hall y cogió el teléfono. Marcó el número de información meteorológica y oyó una voz bien modulada que decía: «... y fresco, algunas precipitaciones. La presión atmosférica, 30.40, subiendo... La oficina meteorológica de los Estados Unidos transmite el 15 de junio. Calor y sol con...» Colgó el auricular. 15 de junio.

—Santo Dios —dijo Buckhardt implorante. Las cosas eran realmente muy extrañas. Oyó el timbre del despertador de su mujer y subió rápidamente las escaleras.

Mary Buckhardt estaba sentada en la cama con la expresión de terror y de incompreensión propias del que acaba de despertar de una pesadilla.

—¡Oh! —gimió al entrar su marido en la habitación—. Querido, acabo de tener un sueño terrible. Era como una explosión...

—¿Otra vez? —preguntó Buckhardt sin mucha cordialidad— Mary, algo marcha mal. Ayer noté algo raro durante todo el día y...

Empezó a contarle que el sótano era una caja de metal y que alguien había hecho una imitación de su lancha. Mary pareció asombrada, luego alarmada, luego trató con susto de aplacarle. Dijo: —Querido, ¿estás seguro? Yo estuve limpiando el baúl viejo la semana pasada y no advertí nada.

—Estoy completamente seguro —dijo Guy Buckhardt—. Lo empujé hasta la pared para subirme y cambiar el plomo cuando se apagaron las luces y... —¿Cuándo qué? —Mary estaba más que alarmada. —Cuando se fundieron los plomos; cuando se rompió la llave de la luz de la escalera. Bajé al sótano y...

Mary se sentó en la cama.

—Guy, la llave no se ha roto nunca. Anoche yo misma apagué las luces.

—Estoy absolutamente seguro de que no lo hiciste. Ven aquí y compruébalo.

La condujo al descansillo de la escalera y teatralmente señaló la llave estropeada que había destornillado y dejado colgando la noche anterior.

Pero no estaba. Estaba como siempre había estado. Incrédulo Buckhardt la pulsó y las luces de la escalera se encendieron.

Mary, pálida y preocupada, le dejó ir a la cocina y dar principio al desayuno. Buckhardt contempló largo rato el conmutador. Su capacidad mental estaba fuera del punto de incredulidad y sorpresa. Simplemente: no funcionaba.

Se afeitó, vistió y desayunó en un estado de introspección abotargada. Mary no le interrumpió. Se mostraba recelosa, pero sosegadora. Le despidió con un beso, sin decir palabra, cuando él se apresuraba a ir hacia el autobús.

La señorita Mitkin le saludó con un bostezo desde la mesa de recepción.

—... días —murmuró medio dormida—. El señor Barth no vendrá hoy.

Buckhardt fue a decir algo pero se dominó. Seguramente ella ignoraba que Barth no había ido el día anterior, puesto que estaba arrancando de su calendario la hoja del 14 de junio para dejar sitio a la hoja del «nuevo» 15 de junio.

Sentado a su mesa miró sin ver el correo de la mañana. Aún no estaba abierto, pero él ya sabía que el sobre de los distribuidores de la fábrica contenía un encargo de veinte mil pies de nuevas tejas acústicas y el de Finebeck and Sons una queja.

Después de un buen rato se impuso la obligación de abrirlos. Tenía razón.

A la hora de comer, arrastrado por un desesperado sentido de urgencia, Buckhardt hizo que la señorita Mitkin fuera a comer la primera —el 15 de junio del día de ayer él había ido el primero—. Se fue ella vagamente preocupada por su singular insistencia, pero esto no cambió el estado de ánimo de Buckhardt. El teléfono sonó y Buckhardt lo cogió distraído.

—Productos químicos. Buckhardt al habla. La voz dijo: —Soy Swanson —y se calló.

Buckhardt esperó expectante, pero eso fue todo. Dijo: —¿Oiga?

Otra pausa. Luego Swanson preguntó con triste resignación: —¿Todavía nada, verdad?

—¿Nada de qué, Swanson? ¿Quiere usted algo? Ayer me vino con la misma cantinela; usted... La voz estalló: — ¡Buckhardt, santo cielo, se acuerda usted! Espéreme allí, estaré con usted en media hora.

—¿Qué significa todo esto?

—No se preocupe —dijo el hombrecillo con voz radiante—. Ya se lo diré cuando le vea. No diga nada por teléfono, alguien puede estar escuchando. Espéreme ahí. Un momento. ¿Estará usted solo en la oficina?

—Bueno, no; probablemente estará la señorita Mitkin...

—¡M...! Oiga, Buckhardt, ¿dónde come usted? ¿Es un sitio ruidoso?

—Me parece que sí. En el café Crystal. Está a una manzana...

—Ya sé dónde está. Lo encontraré allí dentro de media hora.

La comunicación se cortó.

El café *Crystal* ya no estaba pintado de rojo, pero la temperatura seguía siendo muy alta. Habían añadido música interrumpida por anuncios. Se anunciaban *Frosty Flip*, cigarrillos *Marlin* —están purificados, decía el locutor— y una especie de golosinas llamadas *Chocobite*, que Buckhardt no recordaba haber oído nunca; pero en ese rato oyó bastante sobre ellas.

Mientras esperaba a Swanson una chica vestida con falda de celofán de vendedora de cigarrillos de club nocturno cruzó el restaurante con una bandeja llena de golosinas envueltas en papel escarlata.

—*Chocobite* son sabrosos —murmuraba al acercarse a su mesa—. *Chocobite* son más que sabrosos.

Buckhardt, que miraba a ver si descubría al extraño hombrecillo que le había telefoneado, no prestó atención; pero cuando ella alargaba un puñado de golosinas a los ocupantes de la mesa de al lado, con una sonrisa, la vio de refilón y se volvió para mirarla.

—¡Caramba, señorita Horn!

La chica dejó caer la bandeja de golosinas. Buckhardt se inclinó sobresaltado hacia la muchacha.

—¿Qué ha pasado?

Ella se alejó corriendo.

El «maître» del restaurante contempló a Buckhardt con suspicacia. Este volvió a sentarse tratando de disimular. ¡Él no había insultado a la chica! Tal vez ella era una joven muy puritana a pesar de las largas piernas desnudas bajo la falda de celofán y cuando se dirigió a ella imaginó que era un fresco. Ridícula idea. Buckhardt se agitó incómodo y se dedicó a mirar el menú.

—Buckhardt... —fue un susurro penetrante. Buckhardt miró por encima de su menú, sorprendido. En el asiento de enfrente estaba el hombrecillo llamado Swanson, con una calma tensa.

—Buckhardt —volvió a susurrar el hombrecillo—, salgamos de aquí. Ahora van detrás de ti. Si quieres seguir viviendo, vámonos. No había nada que discutir.

Buckhardt dirigió una sonrisa forzada al sorprendido «maître» y siguió a Swanson afuera. El hombrecillo parecía saber adonde iba. En la calle agarró a Buckhardt por el hombro y lo empujó calle abajo.

—¿La vio usted? —preguntó—. A la mujer Horn en la cabina de teléfonos. Hará que vengan dentro de cinco minutos, créame, así que démonos prisa.

Aunque la calle estaba llena de gente y de coches, nadie se fijaba en Buckhardt y Swanson. El aire era fresco, más propio de octubre que de junio —pensó Buckhardt a pesar de lo que había informado el parte meteorológico—. Se sentía un poco ridículo siguiendo a aquel absurdo hombrecillo calle abajo para escapar de ciertos "ellos" hacia... ¿Hacia qué? Pudiera ser que el hombrecillo estuviese loco, pero estaba verdaderamente asustado. Y el miedo es contagioso. —Aquí es —indicó el hombrecillo. Era otro restaurante, más bien un bar, una especie de local de segunda clase que Buckhardt no había visto nunca.

—Entra recto hasta el fondo —susurró Swanson. Y Buckhardt, como un niño obediente, se deslizó a través del grupo de mesas hasta el fondo del restaurante.

Tenía forma de ele con salidas a dos calles que formaban ángulo recto la una con la otra. Salieron por el otro lado después de haber lanzado Swanson una fría mirada al asombrado cajero y cruzaron a la acera de enfrente.

Estaban bajo la marquesina de un cine. La expresión de Swanson empezó a relajarse.

—¡Los despistamos! —exclamó con suavidad—. Casi hemos llegado.

Se acercó a la ventanilla y compró dos entradas. Buckhardt le siguió hasta el interior del cine. Era una función matinal de día corriente y el cine estaba casi vacío. De la pantalla llegaban ruidos de disparos y cascos de caballos. Un solitario acomodador apoyado contra una columna los miró fugazmente y volvió a contemplar con aburrimiento la película, mientras Swanson hacía descender a Buckhardt por unas escaleras de mármol alfombradas.

Llegaron a un vestíbulo que estaba vacío. Había una puerta destinada a señoras y otra a caballeros. En una tercera puerta se indicaba «manager» con letras doradas. Swanson escuchó en aquella puerta, la abrió con suavidad y echó una ojeada al interior.

—Vamos —dijo, haciendo un gesto.

Buckhardt le siguió por el despacho vacío hasta otra puerta, la de un armario probablemente, porque no tenía ninguna indicación.

Pero no era un armario. Swanson la abrió con cautela, miró al interior e hizo señas a Buckhardt de que le siguiera.

Era un túnel con paredes de metal y luz brillante. Vacío, se alargaba indefinidamente a derecha e izquierda.

Buckhardt desorientado miró a su alrededor. De algo estaba seguro, completamente seguro: No existía ningún túnel así debajo de Tylerton.

En el túnel había una habitación con sillas, una mesa de despacho y lo que parecían ser pantallas de televisión.

Swanson se derrumbó en una silla con un suspiro de alivio.

—Aquí estaremos seguros durante un rato —jadeó—. No suelen venir a menudo por aquí. Si lo hacen les oiremos llegar y podremos escondernos.

—¿Quiénes? —preguntó Buckhardt.

El hombrecillo dijo: —Marcianos.

Su voz desfalleció al pronunciar esta palabra y la vida pareció huir de él. En un tono muy débil continuó—: bueno, creo que son marcianos, aunque puede que tú tengas razón. He tenido mucho tiempo para pensar en ellos estas últimas semanas después que se te atraparon y, después de todo, es posible que sean rusos. De cualquier modo...

—Empieza por el principio. ¿Quién se me atrapó y cuándo?

Swanson suspiró.

—De manera que tenemos que empezar otra vez por el principio. De acuerdo. Hace alrededor de dos meses llamaste a mi puerta una noche bastante tarde. Estabas lleno de golpes y muerto de miedo. Me pediste que te ayudara.

—¿Yo?

—Como es natural, no te acuerdas de nada de esto. Escúchame y lo entenderás. Me contaste una historia fantástica: que te habían raptado y amenazado y que habían matado a tu mujer y después vuelto a la vida. Y muchas otras cosas sin sentido. Imaginé que estabas loco. Pero, bueno, siempre te he respetado mucho. Me pediste que te escondiera, y yo tengo una habitación ciega. Solamente puede cerrarse desde el exterior. También yo me metí contigo. Así que fuimos allí sólo para tranquilizarte y hacia las doce de la noche, quince o veinte minutos después, nos morimos.

—¿Nos morimos?

Swanson asintió.

—Los dos. Fue como si nos golpeasen con un saco de arena. ¿No te pasó eso mismo anoche?

—Creo que sí —Buckhardt movió la cabeza, dudoso.

—¡Claro! Y luego, de repente, nos despertamos otra vez y tú me dijiste que me ibas a enseñar algo muy raro. Salimos y compramos un periódico. La fecha era 15 de junio.

—¿Quince de junio? Esa es la fecha de hoy. Quiero decir...

—¡Eso es, amigo, siempre es hoy!

Le costaba trabajo asimilarlo.

Buckhardt dijo con preocupación: —¿Durante cuántas semanas hemos estado escondidos en ese cuarto oscuro?

—¿Cómo voy a saberlo? Cuatro o cinco quizá. He perdido la cuenta. Y siempre lo mismo, siempre quince de junio, siempre mi casera, la señora Keefer, barriendo las escaleras, siempre los mismos titulares en los periódicos de la esquina. Se hace monótono, amigo.

La idea fue de Buckhardt y Swanson la despreció, pero le siguió. Era la clase de persona que siempre sigue.

—Es peligroso —gruñó inquieto—; supón que venga alguien, pueden vernos y...

—¿Qué podemos perder?

Swanson se encogió de hombros.

—Es peligroso —volvió a decir, pero le siguió.

La idea de Buckhardt era muy sencilla. Únicamente estaba seguro de una cosa: el túnel llevaba a algún sitio. Lo que sucedía con Tylerton —marcianos o rusos, complot fantástico o alucinación de locos— tenía que tener una explicación y el lugar donde podía buscarse era el final del túnel.

Echaron a andar. Recorrieron más de una milla antes de empezar a vislumbrar el final. Tuvieron suerte. Por lo menos nadie apareció en el túnel y los descubrió. Pero Swanson había dicho que el túnel parecía ser utilizado sólo a determinadas horas.

Siempre el 15 de junio. ¿Por qué? Buckhardt se lo preguntaba. No importaba el «cómo». Importaba el «¿por qué?»

Al parecer todos se dormían involuntariamente al mismo tiempo. Y nadie se acordaba de nada —Swanson refirió con cuánta ansiedad volvió a ver a Buckhardt la mañana siguiente en que éste se demoró, imprudentemente, cinco minutos más en volver al cuarto oscuro. Cuando Swanson llegó Buckhardt se había ido. Swanson lo encontró en la calle por la tarde, pero Buckhardt no se acordaba de nada.

Swanson había llevado una existencia de ratón durante semanas, escondiéndose en el cuarto oscuro por la noche, saliendo durante el día para buscar a Buckhardt con angustiada esperanza, escurriéndose alrededor del borde de la vida para tratar de evadirse de los ojos muertos de «ellos».

«Ellos». Uno de «ellos» era la chica llamada April Horn. El verla meterse despreocupadamente en una cabina de teléfonos y no verla salir fue la causa por la que Swanson encontró el túnel. Otro de «ellos» era el hombre del estanco en el edificio de las oficinas de Buckhardt. Había más, Swanson conocía o sospechaba por lo menos de una docena.

Resultaban bastante fáciles de descubrir cuando se sabía lo que se buscaba, porque únicamente «ellos» en Tylerton cambiaban de «papel» cada día. Buckhardt estaba en el autobús de las 8,51 cada mañana de cada día 15 de junio sin un pelo ni un ademán distintos. Pero April Horn iba a veces llamativa con una falda de celofán o repartía dulces o cigarrillos. A veces vestía normalmente. A veces Swanson no la veía.

¿Rusos? ¿Marcianos? Fuera lo que fuesen, ¿qué esperaban obtener de aquella loca mascarada?

Buckhardt desconocía la respuesta, pero quizá la encontrasen tras la puerta del final del túnel.

Escucharon con atención y oyeron sonidos distantes que no podían localizar, pero no parecían peligrosos. Se deslizaron adentro.

Después de atravesar una cámara amplia y de subir unos tramos de escaleras se encontraron en una planta que Buckhardt reconoció como la de productos químicos Contro.

No había nadie. Eso de por sí no era muy chocante; en la fábrica automática nunca hubo muchas personas. Pero Buckhardt recordaba de la única visita que había hecho allí el movimiento incesante e infinito de la planta, las válvulas que se abrían y se cerraban, los tanques vaciándose y llenándose automáticamente que al hervir producían un gorgoteo, y por un procedimiento químico ensayaban los líquidos en ebullición que contenían. La planta nunca estaba llena de gente, pero nunca estaba silenciosa. Pero en aquel momento sí que lo estaba. Exceptuando los sonidos lejanos no había aliento de vida en ella. Los cerebros electrónicos cautivos nada ordenaban. Los cables eléctricos estaban inmóviles.

Buckhardt dijo: —Vamos.

Swanson le siguió de mala gana a través de los complicados pasillos entre columnas y tanques de acero inoxidable.

Anduvieron con la impresión de hallarse en presencia de la muerte. En cierto modo lo estaban, porque, ¿qué eran los robots que un día dirigieron la fábrica, sino cadáveres? Las máquinas estaban controladas por computadores que en realidad no lo eran, sino análogos electrónicos de cerebros vivos. Y si los desconectaban, ¿no era como si los matasen? Porque cada uno de ellos había sido una vez un cerebro humano.

Atrape a un químico especializado en petróleo con enorme habilidad para separar aceite crudo en fracciones, sujétele e intente sondear en su cerebro con agujas electrónicas. La máquina examina los modelos de su mente y los traduce en gráficos y en ondas sinuosas. Imprima estas ondas en el computador de un robot y obtendrá un químico. O mil copias del mismo químico si lo desea, con todos sus conocimientos y habilidades y sin ninguna limitación humana. Instale una docena de estas copias en una planta y la dirigirán por entero durante las veinticuatro horas del día siete días a la semana sin cansarse, sin descuidar nada ni olvidarse de nada.

Swanson se acercó a Buckhardt.

—Tengo miedo —dijo.

Habían cruzado la estancia y los ruidos eran más fuertes. No eran ruidos de máquinas, sino de voces. Buckhardt se acercó sigilosamente a una puerta y osó echar un vistazo.

Era una habitación más pequeña llena de pantallas de televisión y en cada una de ellas —una docena o más— un hombre o una mujer sentados delante miraba a la pantalla dictando notas a un magnetófono. Los que miraban cambiaban continuamente de canal. No había dos pantallas que tuvieran la misma imagen.

Las imágenes parecían tener muy poco en común. Una de ellas era la de una chica vestida como April Horn que mostraba congeladores; otra era una serie de modelos de cocina. Buckhardt vio otra de soslayo que parecía ser el estanco del edificio de sus oficinas.

Era asombroso y a Buckhardt le hubiese encantado quedarse allí y mirar, pero el sitio estaba demasiado concurrido y corría el riesgo de que alguien volviese la cabeza o al salir le encontrase.

Descubrieron otra estancia. Estaba vacía. Era una oficina grande y suntuosa. Una de las mesas estaba cubierta de papeles. Buckhardt los miró distraídamente al principio, pero luego las palabras escritas en uno de ellos retuvieron su interés con incrédula fascinación.

Cogió la hoja primera y la examinó y después otra, en tanto Swanson buscaba frenético por los cajones. Buckhardt lanzó un juramento de incredulidad y volvió a dejar los papeles.

Swanson, sin prestar atención, gritó con entusiasmo: —¡Mira! —sacó una pistola del cajón—, y está cargada.

Buckhardt le miró sin verle tratando de asimilar lo que había leído. Al darse cuenta de lo que acababa de decir, sus ojos brillaron.

—Estupendo —exclamó—, nos la llevaremos. Vamos a salir de aquí con la ayuda de esta pistola, Swanson, y no iremos a la Policía, no a los «polis» de Tylerton, pero sí quizá al F. B. I. Mira esto.

La hoja que alargó a Swanson tenía por título: «Informe de los progresistas del test del área. Tema: campaña de cigarrillos Marlin.» Estaba cubierta de números que no tenían sentido para ellos, pero al final del informe se leía: «Aunque el test 47-k 3 arrastró a casi el doble de nuevos clientes que cualquiera de los otros tests ensayados, es probable que no pueda ser empleado en el terreno a causa del cambio local en las ordenanzas de control».

Los tests del grupo 47-k 12 están en segundo lugar y recomendamos que vuelvan a probarse con este estímulo en cada una de las tres mejores campañas sin y con la ayuda de nuestras técnicas.

Otra sugerencia es proceder directamente con el estímulo mayor en las series k 12 si el cliente no desea gastar en los tests adicionales.

Todos estos productos tienen un ochenta por ciento de probabilidades de realizarse dentro del medio uno por ciento de los resultados previstos, y más del noventa y nueve por ciento de probabilidades de éxito dentro del cinco por ciento."

Swanson dirigió la mirada desde el papel a los ojos de Buckhardt.

—No lo entiendo —se quejó.

Buckhardt dijo: —No me choca, es absurdo pero encaja con los hechos, Swanson, encaja con los hechos. No son rusos ni marcianos. ¡Esa gente son personas dedicadas a la publicidad! De algún modo, ¡Dios sabe cómo!, se han apoderado de Tylerton. Nos han atrapado entre sus garras a todos nosotros, a ti y a mí y a veinte o treinta mil más. A lo mejor nos hipnotizan o puede que sea otra cosa, pero lo hagan como lo hagan lo cierto es que no nos dejan vivir más que un día y vuelcan publicidad sobre nosotros durante todo ese condenado día. Al finalizar el día comprueban los resultados. Luego borran de nuestras mentes el día entero y vuelven a empezar el día siguiente con una publicidad distinta.

La boca de Swanson estaba abierta. Consiguió cerrarla y tragó saliva.

—¡Caramba! —dijo débilmente.

Buckhardt movió la cabeza.

—Ya sé que esta explicación parece ilógica, pero todo este asunto es completamente ilógico. ¿Qué otra explicación podríamos encontrar? No puede negarse que la mayoría de la gente de Tylerton vive el mismo día una y otra vez. Tú lo has visto. Y esa es la parte ilógica que tenemos que admitir como cierta, a no ser que los locos seamos nosotros. Una vez admitido que alguien, de alguna manera, puede lograr esto, el resto es absolutamente verosímil. Piénsalo bien Swanson, prueban cada uno de los detalles antes de gastarse un céntimo en publicidad. ¿Tienes idea de lo que eso significa? Dios sabe cuánto dinero está en juego, pero yo sé de buena tinta que algunas compañías se gastan veinte o treinta millones de dólares al año en publicidad. Multiplícalo, digamos por cien compañías. Imagínate que cada una de ellas supiera cómo reducir el gasto de su publicidad en un diez por ciento. Y eso es para cacahuetes, créeme. Si conocen de antemano los resultados, pueden reducir sus gastos en la mitad y tal vez a más de la mitad, no lo sé. Eso significaría ahorrar doscientos o trescientos millones de dólares por año, y si gastan sólo el diez o el veinte por ciento de esa suma en el asunto de Tylerton, sigue siendo asquerosamente barato para ellos, pero supone una fortuna para el que se haya apoderado de Tylerton.

Swanson se humedeció los labios. —¿Quieres decir —sugirió escéptico— que somos..., bueno, una especie de oyentes cautivos?

Buckhardt frunció el ceño.

—No exactamente —quedó pensativo unos segundos—. ¿Sabes cómo comprueba un doctor algo como la penicilina, por ejemplo? Coloca una serie de pequeñas colonias de gérmenes en discos de gelatina y les hace la prueba a unas después de otras, variándolas un poco cada vez. Bueno, nosotros somos los gérmenes, Swanson. Sólo que aquí es más eficiente. No han de ensayar más que en una sola colonia, porque pueden utilizarla una y otra vez.

Era demasiado difícil de entender para Swanson. Únicamente dijo: —¿Y qué podemos hacer?

—Iremos a la policía. No pueden utilizar a seres humanos como a conejillos de Indias.

—¿Y cómo llegaremos hasta la policía?

Buckhardt dudó un momento.

—Creo... —empezó a decir con lentitud—. ¡Ya sé!

Este es el despacho de alguien importante. Tenemos una pistola, esperaremos hasta que venga. Y él nos sacará de aquí.

Era una solución sencilla y directa. Swanson buscó y encontró un sitio donde sentarse contra la pared y fuera del alcance de la puerta. Buckhardt se colocó detrás de la misma puerta.

Y esperaron.

La espera no fue tan larga como podría haber sido. Media hora quizá. Al cabo Buckhardt oyó voces que se aproximaban, pero le dio tiempo a dirigir una breve advertencia a Swanson antes de pegarse contra la pared.

Eran las voces de un hombre y de una chica. El hombre decía: —¿Razón por la cual no podías informarnos por teléfono? ¡Estás estropeando las pruebas del día entero! ¿Qué diablos te pasa Janet?

—Lo siento, señor Dorchin —dijo ella en un tono dulce y claro—. Pensé que era importante.

El hombre gruñó: —¡Importante! ¡Una unidad perdida entre veintitún mil!

—Pero es que de nuevo se trata de Buckhardt, señor Dorchin, y por la manera que tuvo de escabullirse creo que recibió ayuda de alguien.

—Bueno, bueno, no importa, Janet, el programa de Chocobite está fuera de proyecto. Ya que has llegado hasta aquí, ven al despacho y rellena tu hoja de trabajo. Y no te preocupes por el asunto de Buckhardt, probablemente está por ahí dando vueltas sin entender nada. Le cogeremos esta noche y...

Entraron en el despacho y Buckhardt cerró la puerta de una patada, apuntándoles con la pistola.

—¡Eso es lo que usted se imagina! —dijo triunfante.

Valían la pena las horas de terror, la agobiadora sensación de locura, la confusión y el miedo. Era el momento de mayor satisfacción que Buckhardt había tenido en su vida. La expresión del hombre le era conocida a través de las lecturas, pero no la había visto nunca hasta entonces. La boca de Dorchin estaba totalmente abierta, sus ojos se desorbitaron y aunque logró emitir un sonido que podría haber sido una pregunta, no consiguió pronunciar palabra.

La chica estaba casi tan asombrada como él. Buckhardt comprendió al mirarla por qué su voz le había sonado tan familiar. Era la chica que se le había presentado con el nombre de April Horn.

Dorchin se repuso rápidamente.

—¿Es éste? —preguntó con voz aguda.

La chica dijo: —Sí.

Dorchin asintió con la cabeza.

—Me retracto de lo que dije, tenías razón. Usted..., Buckhardt, ¿qué quiere?

Swanson saltó: —Pon cuidado, puede tener otra pistola.

—Regístrale —ordenó Buckhardt—. Le diré lo que quiero, Dorchin. Queremos que venga con nosotros al F. B. I. y que les explique cómo puede salirse con la suya después de haber raptado a veinte mil personas.

—¿Raptado? —inquirió Dorchin—. Eso es ridículo, hombre. Aparte esa pistola de ahí, no puede hacer esto.

Buckhardt asió la pistola ceñudamente.

—Creo que sí puedo.

Dorchin parecía furioso y enfermo; pero, cosa curiosa, no estaba asustado.

—¡Demonio! —empezó a gritar. Luego cerró la boca y tragó saliva—. Escuche —dijo persuasivo—, comete usted un gran error, no he raptado a nadie, créame.

—No le creo —dijo Buckhardt sombríamente—. ¿Por qué iba a creerle?

—Porque es verdad, le doy mi palabra. Buckhardt movió la cabeza.

—El F. B. I. puede creerle si quiere. Ya lo veremos. Ahora, ¿cómo se sale de aquí?

Dorchin abrió la boca para discutir. Buckhardt se exaltó.

—¡No me contradiga! Estoy deseando que me dé motivos para matarle. ¿O es que no lo entiende? He pasado dos días infernales y cada segundo se lo debo a usted. ¿Matarle? Sería un placer y no tengo nada que perder. ¡Sáquenos de aquí!

El semblante de Dorchin se había ensombrecido. Pareció que iba a moverse, pero la chica rubia a la que había llamado Janet se deslizó entre él y la pistola.

—Por favor —imploró a Buckhardt—, usted no lo entiende, no debe disparar.

—Quítese de ahí.

—Pero señor Buckhardt...

No pudo terminar. Dorchin, con gesto inescrutable se dirigió a la puerta. La excitación de Buckhardt había llegado demasiado lejos. Agitó la pistola gritando. La chica le llamó con voz aguda. El rozó el gatillo. Acercándose apenada y con un ruego en sus ojos, ella volvió a interponerse entre el hombre y la pistola.

Instintivamente Buckhardt apuntó bajo para herir y no para matar, pero su puntería no fue acertada.

La bala de la pistola se hundió en la boca del estómago de Janet.

Dorchin había escapado cerrando la puerta tras de sí. El rumor de sus pasos se perdía por el pasillo.

Buckhardt lanzó la pistola al otro lado del cuarto y se abalanzó hacia la chica.

Swanson gemía.

—Con esto se termina todo, Buckhardt. ¿Por qué lo hiciste? Podíamos haber salido, podíamos haber ido a la policía. Prácticamente estábamos fuera de aquí. Nosotros...

Buckhardt no le oía. Se había arrodillado al lado de la chica. Ella estaba caída boca arriba con los brazos desmadejados. No había sangre ni casi huella de la herida, pero su postura ningún ser humano podría haberla adoptado.

Sin embargo, no estaba muerta.

No estaba muerta, y Buckhardt, tembloroso, a su lado, pensó: tampoco está viva.

No tenía pulso, pero latían unas pulsaciones rítmicas en los dedos de una mano.

No respiraba, pero emitía un silbido entrecortado.

Sus ojos abiertos y puestos en Buckhardt no expresaban ni dolor ni miedo. Solamente una compasión más profunda que la compasión.

Ella dijo a través de los labios contraídos: —No se preocupe..., señor Buckhardt, estoy... muy bien.

Buckhardt giró únicamente el busto mirándola con fijeza. Donde debía haber sangre había un corte limpio en una materia que no era carne, y un rizo fino de alambre dorado.

Buckhardt se mojó los labios.

—Usted es un robot —dijo.

La chica trató de asentir con la cabeza. Sus labios contraídos dijeron: —Sí, lo soy. Y usted también.

Swanson, después de un único sonido inarticulado, fue hacia la mesa y se sentó mirando fijamente a la pared. Buckhardt se balanceaba atrás y adelante junto a la muñeca caída en el suelo. Le faltaban palabras.

La chica consiguió decir: —Lamento que haya pasado todo esto.

Los encantadores labios se retorcieron en un rictus burlón que resultaba estremecedor en su cara joven, hasta que consiguió dominarlos.

—Lo siento —volvió a decir— El nervio principal estaba donde me hirió la bala. Ahora es muy difícil controlar este cuerpo.

Buckhardt asintió automáticamente, admitiendo la disculpa. Robots. Era obvio ahora que lo sabía. Por otra parte, era inevitable. Pensó en sus místicas nociones de hipnosis o en los marcianos o en algo aun más extraño. Todo eso era absurdo por la simple razón de que los robots creados encajaban con los hechos mejor y más económicamente.

Había tenido la evidencia delante de sus ojos. La fábrica automática con sus cerebros trasplantados. «¿Y por qué no trasplantar un cerebro en un robot humanizado y dotar a su dueño original de formas y rasgos? ¿Sabría él que era un robot?»

—Todos nosotros —dijo Buckhardt sin darse cuenta de que hablaba en voz alta—, mi mujer y mi secretaria, y tú y los vecinos. Todos nosotros igual.

—No —la voz era un poco más fuerte—, todos nosotros no somos exactamente iguales. Yo lo escogí, yo... —esta vez la convulsión de los labios no era una contorsión desatinada de los nervios—. Yo era una mujer fea, señor Buckhardt, y tenía casi sesenta años. La vida se había terminado para mí. Y cuando el señor Dorchin me ofreció la oportunidad de vivir otra vez como una joven atractiva me agarré a la oportunidad. Créame, me agarré a pesar de los inconvenientes. Mi cuerpo de carne está todavía vivo. Duerme mientras que yo estoy aquí. Podría volver a él, pero nunca lo hago.

—¿Y todos nosotros?

—Diferentes, señor Buckhardt. Yo trabajo aquí. Sigo las órdenes del señor Dorchin. Hago gráficos de los resultados de los tests de publicidad y vigilo cómo usted y los demás viven de la manera que les hace vivir. Yo lo hago porque lo he escogido, pero ustedes no pueden escoger porque están muertos.

—¿Muertos? —exclamó Buckhardt casi en un grito.

Los ojos azules le miraron sin pestañear y Buckhardt comprendió que era cierto. Tragó saliva maravillándose de los complicados mecanismos que le permitían tragar, sudar y comer. Dijo: —¡Oh! ¡La explosión de mi sueño!

—No fue un sueño. Tiene usted razón: la explosión. Fue verdadera y se produjo en este departamento. Los tanques saltaron y lo que no alcanzó la onda expansiva fue eliminado poco después por los vapores. Casi todo el mundo pereció en la explosión. Veintiún mil personas. Usted murió con ellas y esa fue la oportunidad de Dorchin.

—¡Condenado cerdo! —dijo Buckhardt. Los hombros retorcidos se encogieron con una gracia extraña.

—¿Por qué? Estaba muerto, usted y todos los otros. Era lo que Dorchin quería: una ciudad entera, un perfecto pedazo de América. Es fácil transmitir un modelo de un cerebro muerto a uno vivo. Muy fácil; el muerto no puede decir que no. Costó trabajo y dinero, la ciudad estaba íntegramente destruida, pero fue posible reconstruirla por completo, especialmente porque era innecesario reproducir con exactitud todos los detalles. Hubo casas en las que hasta el cerebro fue completamente destruido y esas casas están huecas y no hace falta que los sótanos estén intactos, y hay calles que no tienen interés. De todos modos, esto sólo duró un día, el 15 de junio una y otra vez; y si alguien descubre que algo no va bien, no le da tiempo de propagar el descubrimiento ni de destruir la validez de los tests porque todos los errores se olvidan a medianoche.

La cara trató de sonreír

—Ese es el sueño, señor Buckhardt. El día 15 de junio que en realidad nunca vivió. Es un regalo del señor Dorchin, un sueño que le proporciona y le arrebató al final del día cuando ya tiene los resultados de cómo responden todos ustedes a los diferentes estímulos; y los controladores van por debajo del túnel a través de toda la ciudad borrando el nuevo sueño con sus pequeños limpiadores electrónicos; y luego el sueño vuelve a empezar. El 15 de junio. Siempre el 15 de junio, porque el 14 de junio es el último día que pueden recordar haber vivido. A veces los controladores se olvidan de alguien, como se olvidaron de usted porque estaba debajo de su lancha. Pero no importa. Los que son olvidados se delatan y si no se delatan eso no afecta al test. Pero a nosotros, los que trabajamos para Dorchin, no nos ocurre lo mismo. Nos dormimos cuando desconectan el control lo mismo que a ustedes, mas al despertar recordamos el día anterior —la cara se contorsionó salvajemente—. ¡Ojalá pudiera olvidar!

Buckhardt dijo casi sin poder creerlo: —¡Y todo esto para vender productos! Debe de haber costado millones.

El robot llamado April Horn dijo: —Desde luego, pero también ha producido millones a Dorchin. Y este no es el final. Cuando descubra las palabras claves que hacen actuar a la gente, ¿cree usted que se parará ahí? ¿Cree usted?...

La puerta se abrió interrumpiéndoles. Buckhardt dio un respingo. Al acordarse de la huida de Dorchin fue en busca de la pistola.

—No dispare —ordenó la voz calmada.

No era Dorchin. Era otro robot que no estaba disfrazado con plásticos ni cosméticos y que brillaba. Dijo con voz metálica: —Olvide eso Buckhardt, no conseguirá nada. Déme esa pistola antes de hacer más tonterías. Démela ahora mismo.

Buckhardt gritó enfurecido.

El brillo del torso del robot era de acero. Buckhardt no estaba seguro de que sus balas pudieran atravesarlo o hacerle daño alguno si lo atravesaban. Tendría que probarlo.

A sus espaldas se levantó un torbellino plañidero y chillón. Era Swanson histérico de miedo. Empujó a Buckhardt y le hizo caer al tiempo que la pistola saltaba por los aires.

—Por favor —suplicó Swanson incoherentemente postrado delante del robot de acero—, le habría herido. Por favor, no me haga daño. Déjeme trabajar para usted como esa chica. Haré cualquier cosa, cualquier cosa que usted me diga.

La voz del robot dijo: —No necesito su ayuda —dio dos pasos precisos y se paró delante de la pistola. La apartó de una patada y la dejó en el suelo.

El robot rubio y contorsionado dijo sin entonación: —Me parece que no podrá aguantar mucho, señor Dorchin.

—Desconéctese, si lo necesita —aconsejó el robot de acero.

Buckhardt parpadeó.

—¡Pero si usted no es Dorchin!

El robot de acero dirigió hacia él sus profundos ojos.

—Sí que lo soy —dijo—. No en carne, pero éste es el cuerpo que utilizo en este momento. Es imposible que usted pueda hacer daño a este cuerpo con una pistola. El otro cuerpo de robot era más vulnerable. Ahora, ¿quiere usted ser razonable? Me disgustaría verme obligado a hacerle daño. Me resulta demasiado caro. ¿Va usted a sentarse y permitir que los controladores le compongan?

Swanson balbució: —¿No va a castigarnos?

El robot de acero no tenía expresión, pero su voz sonó casi escandalizada: —¿Castigarles? —repitió con una nota aguda—. ¡Cómo!

Swanson se encogió como si la palabra hubiera sido un latigazo. Pero Buckhardt saltó: —¡Compóngale a él, si se deja, pero a mí no! Tendrá que hacerme daño, Dorchin. No me importa lo que le cueste ni lo que suponga para usted tener que volverme a arreglar. Voy a salir ahora mismo por esa puerta. Si quiere detenerme tendrá que matarme. De ningún otro modo conseguirá que me pare.

El robot de acero avanzó medio paso hacia él y Buckhardt, involuntariamente, se cubrió con un brazo. Quedó quieto, calmado, pero temblando, dispuesto a morir, dispuesto a atacar, dispuesto a cualquier cosa que surgiera. Dispuesto para todo excepto para lo que pasó. Porque el cuerpo de acero de Dorchin se apartó situándose entre la pistola y Buckhardt y dejó la puerta libre.

—Váyase —invitó el robot—, nadie va a detenerle.

Una vez al otro lado de la puerta, Buckhardt, sorprendido, pensó que era una locura por parte de Dorchin dejarle marchar. Fuese un robot o un ser humano, una víctima o un beneficiado, no existía nada capaz de impedirle ir al F. B. I. o a cualquier otro cuerpo legal al margen del imperio sintético de Dorchin y referir la historia. Seguramente las corporaciones que pagaban a Dorchin por el resultado de los tests ignoraban la infame técnica que éste utilizaba. Dorchin se veía obligado a esconderle porque de saberse en alguna parte lo que pasaba tendría que interrumpirlo todo inmediatamente.

Salir afuera quizá significaba morir, pero en este momento de su pseudo vida la muerte no asustaba a Buckhardt.

El pasillo estaba solitario. Vio una ventana y miró por ella. Allí estaba Tylerton, una ciudad fantástica, pero que a Buckhardt le resultaba tan real y tan familiar que casi estuvo a punto de creer que todo el episodio había sido un sueño. Sin embargo, no era un sueño. Tenía la seguridad y estaba igualmente seguro de que nada ni nadie en Tylerton podía ayudarle.

Necesitaba tomar otra dirección.

Tardó un cuarto de hora en encontrar un camino, pero lo encontró escurriéndose a través de los pasillos, sobresaltado con el rumor de sus propios pasos; con la certeza de que se escondía en vano, puesto que, sin duda, Dorchin estaba al tanto de cada uno de sus movimientos. Pero nadie le detuvo y encontró otra puerta.

Por fuera era una puerta bastante corriente, pero al abrirla y entrar en el interior se encontró con algo distinto a cuanto había visto hasta entonces.

Lo primero que vio fue una luz, una luz deslumbrante, increíble y cegadora. Buckhardt parpadeó asustado y sorprendido.

El estaba sobre una capa de metal suave y pulido. A una docena de metros, a sus pies, terminaba bruscamente. No se atrevía a acercarse al borde, pero desde donde se hallaba podía ver que no existía un final en el precipicio que se extendía delante de él. Y el abismo se prolongaba en el infinito por ambos lados.

¡Ahora ya sabía por qué Dorchin le concedió la libertad tan fácilmente! Desde la fábrica no se podía ir a ninguna otra parte. Pero, ¡qué increíble era este fantástico abismo! ¡Qué inconcebibles los cien soles blancos y esplendorosos que pendían de arriba!

Una voz a su lado preguntó: —¿Buckhardt?

Y el nombre resonó estruendoso a uno y a otro lado del abismo.

Buckhardt se humedeció los labios.

—S-s-s-sí... —murmuró.

—Soy Dorchin. Esta vez no soy un robot, sino Dorchin en carne y hueso, que te habla desde un micrófono. Ahora ya has visto, Buckhardt. ¿Serás razonable y permitirás que los controladores hagan su trabajo?

Buckhardt se quedó paralizado. Una de las montañas movibles formadas por el reflejo cegador avanzaba hacia él. Se levantó a centenas de pies sobre su cabeza.

Buckhardt miró hacia la cima biqueando, impotente bajo la luz.

Parecía...

«¡Imposible!» La voz que llegaba del altavoz de la puerta dijo: —¿Buckhardt?

Pero él fue incapaz de responder.

Se oyó retumbar un suspiro.

—Ya veo —dijo la voz— que por fin comprendes. No hay ningún sitio adonde ir. Ahora ya lo sabes. Pude habértelo dicho, pero no me habrías creído y por eso es mejor que lo hayas visto por ti mismo. Después de todo, Buckhardt, ¿por qué iba yo a reconstruir una ciudad como estaba antes? Soy un hombre de negocios y tengo en cuenta el dinero. Si algo ha de hacerse en gran escala, así lo hago, pero aquí no era necesario.

De la montaña que se alzaba ante él, Buckhardt, desamparado, vio una garra que descendía lentamente hacia su persona. Era larga y oscura y en su principio tenía algo blanco. Cinco uñas blancas.

—Pobre pequeño Buckhardt —tronó el altavoz mientras el eco retumbaba en el enorme espacio que en realidad era tan sólo un taller—. Debe de haber sido un choque muy fuerte para ti darte cuenta de que estabas viviendo en una ciudad construida sobre la superficie de una mesa.

En la mañana del 15 de junio, Guy Buckhardt se despertó de un sueño gritando.

Había tenido un sueño monstruoso e incomprensible, con explosiones y figuras fantasmagóricas que no eran hombres, y había sentido un terror inexpresable.

Se desentumeció y abrió los ojos.

En la ventana una voz potente y amplificadora bramaba anuncios. Buckhardt se acercó y miró afuera. Hacía un frío impropio de la estación. Más bien de octubre que de junio, pero cuanto vio era normal excepto la furgoneta con altavoces que recorría el barrio.

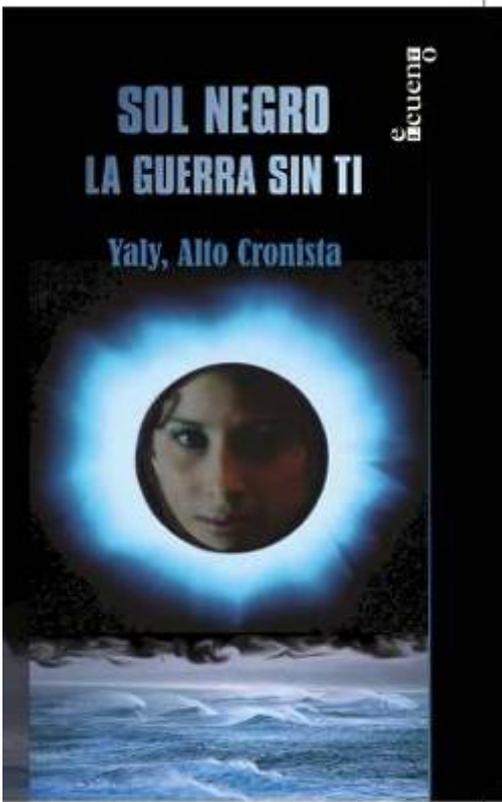
El locutor rugía: «¿Eres un cobarde? ¿Eres un loco? ¿Vas a dejar que políticos ineptos te roben el país? NO. ¿Vas a soportar durante cuatro años más los robos y los crímenes? NO. ¿Vas a votar directamente al partido federal en todas las elecciones? SI. ¡Apuesto lo que sea a que lo vas a hacer!»

A veces chilla, a veces halaga, amenaza, suplica, lisonjea... Pero su voz se sigue oyendo un 15 de junio tras otro.

Reseñas

Sol Negro II: La guerra sin ti de Michel Encinosa Fú

Por Carlos A. Duarte



Durante trece largos años esperamos pacientemente a que Yaly, Alto cronista de Sotreun se decidiera a poner en tinta y pergamino nuevas crónicas de su subyugante universo. Finalmente Letras Cubanas logró llegar hasta su madriguera y arrebatarle este volumen formado por otras ocho historias de **SOTREUN** que vienen a pagar en parte la deuda contraída con sus lectores. Y es que Yaly-Michel nos hechizó de tal forma con sus textos que lo único que lamentamos durante estos años fue la relativa brevedad del volumen anterior y la ausencia de otras obras que profundizaran en el mundo del Sol Negro.

Trece años después, con unos cuantos libros publicados y premios alcanzados, Michel-Yali nos regala **Sol Negro II: La guerra sin ti**.

Con el transcurrir de los años y su peregrinar por esas tierras allende a la Puerta del Pastor la prosa de Yaly se ha vuelto más madura, quizás más tranquila y sobria, pero en estos ocho textos nos vuelve a maravillar su capacidad para sorprendernos con su fantasía épica diferente, capaz de eludir muchos de los cánones del género para urdir personajes atípicos, que, a pesar de espadas y armaduras medievales se siguen percibiendo muy humanos y muy **NUESTROS**.

Porque es en la humanidad de sus personajes (incluso los no humanos), en la elaborada imperfección de sus conductas, y en los símbolos que siembra en sus relatos, donde ha marcado Yali la diferencia con otros cronistas afines.

Un poderoso mago de la corte que vacila, inseguro, ante la presencia de una mujer extranjera desnuda; guerreras y brujas otrora poderosas que han visto pasar sus mejores años y se reúnen para reabrir u olvidar viejas rencillas; un soldado que, como el personaje de Stephen Crane, sucumbe ante el miedo en su primera batalla para luego devenir en anónimo héroe salvador de su raza; la relación entre un loco campesino y su deidad protectora; la magia incomprensible de la música de un lalanio; la obsesión de un guerrero por poseer una armadura mágica; la correspondencia entre dos amantes separados por la guerra en una ciudad sitiada; la amistad entre una niña de ojos rojos con un grifo narrador de historias, son algunas de los relatos que nos muestra Yali en este volumen que culmina en una era de Caos para Sotreun. Hasta el mismísimo Alto Cronista ha accedido a presentarse esta vez como un personaje más en uno de los cuentos y tuvo además la gentileza de acompañar el libro con un mapa para los amantes de la geografía fantástica.

Los invito a leer Sol Negro II y disfrutar de estas nuevas leyendas de un mundo singular, narradas por un cronista que se sigue esforzando en eludir los arquetipos y mostrarnos historias que son a un tiempo escuálidas y descarnadas; poéticas y violentas; ajenas y nuestras; y tan contradictorias como la propia luz del Sol Negro; como la misma vida.

CONCURSOS



CONCURSO CIENCIA FICCIÓN JUVENTUD TÉCNICA 2013

BASES:

Los interesados deberán enviar sus textos firmados con seudónimo. En sobre aparte se consignarán los datos del autor, carné de identidad, dirección personal y correo electrónico, si posee.

Los materiales, en original y dos copias, deben tener una extensión de tres cuartillas, mecanografiadas o tecleadas en Microsoft Word, en el tipo de página A4, utilizando la letra Times New Roman a 12 puntos, con interlineado sencillo.

El incumplimiento de las bases descalifica la obra. Los ganadores de los premios no podrán presentarse a la siguiente convocatoria.

Dirija su texto a Casa Editora Abril, Prado 553 e/ Dragones y Tte. Rey, La Habana Vieja, La Habana. CP 10200

PREMIOS:

PRIMERO \$ 500.00

SEGUNDO \$ 300.00

TERCERO \$ 200.00

Además, publicación de la obra en JT y diploma.

FECHA DE CIERRE:

31 DE DICIEMBRE DEL 2013

CONCURSO DE CUENTOS «LA CASA TOMADA» 2013

La filial de Literatura de la UNEAC en Ciego de Ávila convoca a todos los escritores del país al concurso de cuentos «La casa tomada» 2013, que se registrará por las siguientes bases:

1. El tema de las obras girará en torno a lo sobrenatural y lo extraordinario.
2. Los concursantes participarán con un cuento que no exceda las diez cuartillas, en original y dos copias, con seudónimo y plica, que ha de consignar nombre completo, número de identidad, dirección, teléfono y correo electrónico —si tiene—.
3. Los trabajos se remitirán a la Casa de la UNEAC en Ciego de Ávila, sita en calle Libertad no. 105 entre Honorato Castillo y Maceo. C.P. 65100. Teléfonos: 20-4511 y 22-7417.
4. El escritor premiado participará de la jornada «La casa tomada», en la que se efectúan lecturas, conferencias, visitas a centros de interés, durante dos días.
5. El jurado estará integrado por escritores cubanos cultivadores del género, quienes estarán presentes en las jornadas de trabajo.
6. El Centro de promoción Literaria «Raúl Doblado del Rosario» otorgará un premio a la mejor obra de un escritor avileño.
 7. La AHS en Ciego de Ávila otorgará un premio a un autor menor de 35 años sea o no miembro de la AHS.
 8. Las obras se recibirán hasta el viernes 26 de octubre a las 5 de la tarde.
 9. El evento habrá de celebrarse entre los días 28 al 30 de noviembre.
 10. El premio consiste en la remuneración de lecturas por parte del premiado.

11. La participación en este concurso está sujeta al cumplimiento de estas bases.

Filial de Literatura

UNEAC. Ciego de Ávila

Quinto Concurso de Relatos de La Cueva del Lobo

[http://lh6.ggpht.com/-JUb-CclXgdM/Ua9B_i7k7PI/AAAAAAAAoXA/AnpxIZk7_FU/s1600-h/ku-
xlarge%25255B1%25255D.jpg](http://lh6.ggpht.com/-JUb-CclXgdM/Ua9B_i7k7PI/AAAAAAAAoXA/AnpxIZk7_FU/s1600-h/ku-
xlarge%25255B1%25255D.jpg)

Tres meses más tarde que el año pasado, pero al final llegamos.

Nuevamente, por quinto año consecutivo, arranca el Concurso de Relatos de La Cueva del Lobo.

Como siempre muchas **gracias a todos** quienes nos han apoyado a través de los años con este concurso, principalmente a los Lectores, para quienes organizamos este concurso y cuyas visitas nos permiten a través de la publicidad, acumular los fondos necesarios para el premio. A los escritores que año tras año nos apoyan con sus historias, cada año mejores, cada año más maravillosas. A los jueces quienes tienen la dura tarea de evaluar todas estas historias.

A todos ustedes, muchas gracias.

[http://lh5.ggpht.com/-yLFDrMXD6Rs/Ua56NJVKPZI/AAAAAAAAoXM/58NwoP7ke5k/s1600-
h/image%25255B2%25255D.png](http://lh5.ggpht.com/-yLFDrMXD6Rs/Ua56NJVKPZI/AAAAAAAAoXM/58NwoP7ke5k/s1600-
h/image%25255B2%25255D.png)

Este año vamos a **actualizar un poco el reglamento**, escuchando las ideas de todos ustedes. Lo primero es que como siempre se extiende el límite de palabras por relato, pasamos de un máximo de 7.000 a 10.000 palabras. Como sigamos así, ya el año que viene nos tocará pasar a organizar concurso de novela corta...

Lo segundo es que ya el concurso no será exclusivo de la Ciencia Ficción, abrimos nuevamente el concurso a toda la gama de lo «**Fantástico**», léase alta fantasía, steampunk, fantasía urbana, y todas las mezclas que se han hecho tan populares estos últimos años, etc.

En tercer lugar, a partir de este año nos ponemos más estrictos con la **ortografía** y la gramática, el año pasado fueron muchos los relatos que me enviaron llenos de errores, y se publicaron para darles una oportunidad, pero es injusto con los otros escritores, con los lectores con los jueces, y por supuesto es injusto con este su editor.

En cuarto lugar, la regla de un solo relato por autor continúa en pie, pero ahora hay una forma de darle la vuelta con las reglas de «El Desafío del Nexus» que es nuestro concurso de relatos mensual; los autores que participen allí, tendrán la opción de escoger uno de los relatos que han escrito para el Desafío, y ponerlo a participar también en este concurso anual. Pueden leer las **reglas del Desafío del Nexus** para mayores aclaratorias. En quinto lugar los relatos ahora tendrán que traer una «**Logline**» o línea de enganche, es decir unas pocas líneas para enganchar a los lectores, unas pocas palabras que le expliquen al lector de qué se trata la historia y lo entusiasmen a leerla.

Todas estas modificaciones anteriores no agarrarán por sorpresa a los escritores que están participando regularmente en El Desafío del Nexus, pues son muy similares a lo que ya vienen trabajando, pero la siguiente quizá sí los sorprenda, así que atención:

El período de recepción de relatos arranca desde hoy, y terminará el **30 de Octubre de 2013**. ¿Por qué? Eso son menos de cinco meses de concurso, muy poco si lo comparamos con el año anterior ¿qué pasó? Pues muy sencillo, que los jueces necesitan su tiempo para leer todos los cuentos con calma, y con la cantidad de cuentos que recibimos el año pasado, resulta un tanto difícil juzgarlos todos en un solo mes. Así que de este modo al menos tendrán dos meses para poder juzgar con mayor tranquilidad. O al menos tengo esa esperanza...

Por lo tanto las reglas quedan como sigue a continuación:

Reglas del Quinto Concurso de Relatos de La Cueva del Lobo

1. Pueden participar todos los escritores independientemente de su nacionalidad, o edad. Cada participante presentará un **único cuento, original** que no haya sido publicado antes. Los autores que hayan participado en el Desafío del Nexus, podrán escoger cualquiera de los relatos que hayan escrito para el Desafío y optar para este concurso anual.
2. Los relatos no excederán las **10.000 palabras**, pertenecerán a cualquiera de los géneros fantásticos, Ciencia Ficción, Alta Fantasía, *Steam Punk*, Romance Planetario, Fantasía Urbana, *Space Opera*, Etc. y estarán en **español**.
3. Los relatos se enviarán en formato RTF al correo vladimir.vasquez@gmail.com incluyendo los **datos completos** del participante, incluyendo nombre, apellido, lugar de origen, etc. (adicionalmente recomiendo incluir un perfil de facebook o de twitter y si se trata de un sitio web o blog tanto mejor).
4. **Todos los relatos participantes aparecerán en el blog La Cueva del Lobo** como un post individual a

medida que vayan llegando.

5. La Fecha de recepción de relatos **comienza el 4 de Junio de 2013 y termina el 30 de Octubre de 2013.**
6. Todos los cuentos vendrán acompañados por una **línea de enganche** (logline) de **máximo 300 palabras**, que se utilizará en el blog como abre boca del cuento y para publicarlo en las redes sociales.
7. El mejor relato será determinado por un **jurado**.
8. Los **Jueces**, no podrán participar como **autores**.
9. El pago del premio se realizará preferiblemente a través de **PayPal**. Pero es negociable (así que si no tienes Paypal no te asustes).
10. El Valor del premio será determinado por las ganancias que genere el blog en publicidad (comenzando con 10 dólares) y adicionalmente podría agregarse lo obtenido a través de donaciones.

Descalificaciones automáticas: Relatos sin datos del autor, relatos sin línea de enganche, **relatos con más de 10 errores ortográficos o gramaticales**, relatos que no se encuadren dentro de la temática de lo fantástico, relatos que se me envíen a través de otros medios diferentes al correo electrónico arriba señalado.

Nuevamente muchas gracias a todos ustedes, sé que este año tendremos otro gran Concurso.

CONVOCATORIA A LOS LECTORES, DE DAÍNA CHAVIANO

Próximamente el sitio Web de la escritora Daína Chaviano (www.dainachaviano.com) contará con nuevas páginas. Entre ellas estará la Galería de Lectores, donde se incluirán las fotos que han enviado muchos de ellos junto a ejemplares de sus libros. Si deseas participar, estos son los requisitos:

1-Envía una foto donde aparezca uno de los libros de la autora, publicados dentro o fuera de Cuba. Puede mostrarse abierto o cerrado, pero la portada deberá ser visible.

2- Aunque se prefieren aquellas imágenes donde aparezca el lector con el libro, no hay límites para la creatividad. El libro puede hallarse en un lugar poco común; acompañar al lector en algún viaje o excursión por agua, tierra o aire; aparecer junto a objetos, animales o señales de cualquier tipo; hallarse junto a esculturas, comidas, adornos u otros objetos inspirados en la obra de la escritora; o cualquier otra situación fantástica, delirante o poética.

3-Deberá incluirse el nombre de quien envía la foto, su ciudad/país de residencia y el lugar o circunstancia donde se tomó.

4-No hay fecha límite para la recepción de fotos. Se seguirán recibiendo e incorporando a la Galería incluso cuando ya se haya inaugurado el nuevo portal.

5-Los envíos se harán a: lectores@dainachaviano.com

Avisa a tus amigos para que participen.

